

DA-2-406

R 41.438

URBANO MANINI, EDITOR, MADRID.



LOS HIJOS

DE

SATANÁS

NOVELA DE COSTUMBRES

ORIGINAL DE

D. Ramon Ortega y Frias.

Handwritten:
407



ADMINISTRACION,

CALLE DE RECOLETOS NÚM. 7.
MADRID

Esta obra es propiedad de
D. Urbano Manini, y nadie sin
su consentimiento podrá reim-
primirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CAPITULO I

Un modelo de madres.

El análisis de la comedia humana no tiene fin, y he ahí por qué despues de lo mucho que se ha escrito sobre costumbres, corazon humano, y vicios sociales, queda mucho que decir. El asunto es inagotable, porque es infinita la variacion de caractéres como la de fisionomías, y son infinitas tambien las consecuencias, modificadas en tal ó cual sentido, que pueden producir las pasiones humanas.

Al decir comedia social, lo decimos todo.

No hay quien pueda envanecerse de no ser actor más ó ménos hábil ó de mayor ó menor importancia en este gran escenario que se llama mundo.

Perdónesenos el atrevimiento, pero no pode-

mos resistir á la tentacion de decir que la farsa y la mentira son los rasgos característicos de la moderna sociedad.

Hay criminales para los que no han encontrado castigo las leyes, pero que en cambio tienen que sufrir el desprecio y hasta el ódio del mundo, por que éste es un gran jurado que puede fallar por sus condiciones morales, y contra este fallo no hay apelacion.

Hay otros contra los que las leyes nada dicen, y que tienen que ser absueltos tambien por la sociedad, porque en apariencia son modelo de virtud, porque practican todas las virtudes, porque ningun crimen han cometido, porque ni la más leve mancha ha empañado su honra, ni hay motivo para rebajar en un solo grado su envidiable reputacion.

Y sin embargo, son unos miserables, porque si no cometen la infamia, si no cometen el crimen, con el producto del crimen y de la infamia viven y se proporcionan goces, consiguiendo una dicha que no pueden alcanzar los verdaderamente honrados.

De esto precisamente nos ocuparemos en el libro que aquí principiamos.

El asunto es espinoso, no se nos oculta; pero el que escribe para el público tiene la obligacion de escribir con algun provecho moral, aunque le sea preciso luchar con muchos inconvenientes.

Lo que nada cuesta, nada vale, no tiene mérito alguno.

Si no somos felices en el desempeño de la obra, nos consuela la seguridad de que no es posible poner en duda nuestra buena intención.

Quisiéramos dar á conocer todos los tipos de los explotadores de la infamia; pero no es posible en los límites de este libro, y tendremos que contentarnos con alguno, dejando para otra ocasión los que queden.

Principiaremos por dos mujeres que en esta historia tienen reservado un papel de grandísima importancia.

Ante todo seremos retratistas, presentaremos la persona como pudiera presentarla un pintor.

Dña Juana de Monteagudo tenía cuarenta años, era de regular estatura, bien formada, y conservaba todavía una parte de la frescura de mejores tiempos, es decir, que se encontraba en lo que puede llamarse la segunda juventud de la mujer, en esa época que tiene también sus encantos, quizá irresistibles en ciertas situaciones y en ciertas circunstancias.

Sin embargo, no abusaba, ni siquiera usaba del privilegio que le había concedido la naturaleza, y no solamente era un modelo de virtudes, sino que se horrorizaba á la sola idea de que una mujer faltara á cierta clase de deberes im-

puestos por las severas leyes de la virtud y de la honestidad.

Sus costumbres eran modestas, sencillo su trato, y hubiera pasado la vida entre su casa y el templo, ocupándose de la eternidad, á no tener que cumplir la obligacion de pensar en la suerte de su hija.

Tenia ésta diez y ocho años, y era uno de esos prodigios de belleza que apenas se conciben.

Su exterior angelical parecia estar en armonía con sus sentimientos nobles, delicados, sublimes.

Empero, criatura al fin, tenia sus defectos, y llevaba su más terrible enemigo en su propia organizacion.

La jóven, que se llamaba Eloisa, era excesivamente impresionable, y estaba dotada de una imaginacion demasiado ardiente, fecunda y soñadora.

De esto resultaba que en todas las situaciones graves de la vida, se colocase en el terreno de las exajeraciones.

Si se trataba de dar pruebas de valor, el de Eloisa rayaba en la temeridad, y si se creia que la resignacion era un deber, mostrábase dispuesta á aceptar el martirio sin exhalar una queja, con la sonrisa en los labios, y diciendo que era dichosa.

Indudablemente Eloisa hubiera podido hacer

feliz á un hombre que tuviese bastante talento para comprenderla, así como habia de ser la más desdichada de las criaturas con un esposo de espíritu vulgar.

Figuraos un talle esbelto, una cabeza admirablemente modelada, unos ojos grandes, rasgados, negros, expresivos, de mirada de fuego unas veces, y otras profundamente melancólica ó triste; unas facciones de atrevido perfil, y unos labios que tenian, no la tentacion del estudio, del coquetismo, sino la tentacion de la inocencia, que es la más irresistible de todas las tentaciones.

A pesar de lo que acabamos de decir, no puede saber el lector si Eloisa era buena ó mala.

Nosotros tampoco lo sabemos, y por consiguiente nos concretaremos á decir que buena ó mala debia ser la jóven lo que el mundo que la rodease, y si sobre este punto no nos equivocamos, hay sobrado motivo para compadecerla.

Por fortuna habia pasado su niñez y pasaba los primeros años de su juventud al lado de su honradísima madre, y no habia tenido que luchar con ciertas desgracias, que ni siquiera comprendia.

Lo diremos de una vez: Eloisa era uno de esos grandes y delicadísimos corazones que atraviesan el espinoso camino de esta vida, y desaparecen sin que el mundo los haya comprendido.

No olvidemos lo que acabamos de decir; cuando Eloisa creía cumplir un deber, iba hasta la exajeracion.

¿Cuál era la posicion social de estas dos mujeres.

Una de esas posiciones casi indefinibles.

Pertenecian á esa desdichada clase que tiene todas las obligaciones y ningun derecho, ningun recurso, esa clase que tiene que vivir con decoro, casi con lujo, y apenas cuenta con lo más absolutamente preciso para comer.

Eloisa no tenia padre.

Hacia más de diez y siete años que lo habia perdido, y aunque debió ser heredera de una respetable fortuna, apenas le quedaron recursos para vivir con cierto decoro.

Sobre este punto daremos explicaciones oportunamente, pues ahora no debemos decir más, sino que los azares de la caprichosa fortuna habian hecho sufrir horriblemente á doña Juana, y que los sufrimientos acabaron por quebrantar su salud.

Al verla, casi hermosa, segun ya hemos dicho, no hubiera sospechado nadie que aquella mujer estaba enferma.

¿Y en qué consistia su enfermedad?

Los médicos no habian podido decirlo.

Ella se quejaba á todas horas, apenas comia, y muy difícilmente podia conciliar el sueño.

La ciencia no tiene recursos para combatir estas enfermedades indefinibles, y aunque los médicos recetaban, la viuda se encontraba siempre lo mismo.

Por una série de circunstancias que daremos á conocer, la ya escasísima fortuna de las dos mujeres habia disminuido bastante, y llegó un dia en que temieron muy fundadamente que se les echase encima la miseria con todos sus horrores.

La miseria no le espantaba á Eloisa, y la miraba frente á frente con valor heróico; pero sentíase anonadada á la sola idea de lo que pudiese sufrir su madre.

No podia ésta vivir sin cierta clase de cuidados, y ya se habia visto que los sufrimientos morales multiplicaban su trastorno físico.

¿Qué seria de ella cuando las circunstancias la obligasen á cambiar de situacion y á sufrir cierta clase de privaciones?

No podria soportar su desgracia, y sucumbiria con el alma llena de amargura

¿Les quedaba algun medio para hacer frente á la adversidad?

Ninguno.

Habian agotado sus recursos todos, y así habian podido cubrir las apariencias; pero como en esta vida no hay nada que no tenga límites, que no tenga fin, debia llegar un momento en

que fuese absolutamente preciso aceptar la nueva situación.

Las dos mujeres que nos ocupan habían principiado por hacer economías en el interior de su casa.

Esto fué bastante por algun tiempo.

Luego economizaron tambien hasta cierto punto en las exterioridades, pero no era suficiente, y ya se veían obligadas á tener que cambiar de sistema, confesando clara y públicamente su espantosa ruina.

¿No debía influir esto en la suerte de la jóven?

Sí, porque si su belleza había deslucrado á muchos hombres de elevada posición, había de ser mirada con desden profundo.

No es extraño que todo esto fuese poco á poco elaborando hiel en el alma de la viuda, y que la hiel se escapase con sus palabras cuando el mundo no la oía.

Con frecuencia quedaba meditabunda, y tan absorta en sus tristes ideas, que no se apercibía de lo que á su alrededor pasaba.

Entonces Eloisa, con las palabras más dulces y cariñosas, hacía por distraerla; pero doña Juana, exhalando un penoso suspiro, desplegaba una sonrisa amarga, y decía:

—Dichosa tú que no conoces el mundo, y dichosa serías siempre, si yo no hubiese de morir antes que tú.

—Me parece una locura pensar en la muerte á la edad de usted,—respondia la jóven.

—Hay algo que más, mucho más que la muerte me espanta, y no me espanta por mí, sino por tí.

—No comprendo...

—Los desengaños, hija mía.

—Si no me aparto de la senda de la virtud por donde usted me ha conducido...

—¡La virtud!—murmuraba la viuda con acento desgarrador.

Y otra vez sonreía con una expresion que hacía temblar á la jóven.

Entonces esta guardaba silencio.

Lo que sentia, no puede explicarse.

Empeñábase en penetrar otra vez los misterios de la humanidad, y no encontraba más que negras tinieblas.

Aunque leve, levantábase en su alma la duda para luchar con la fé.

La lucha se entablaba.

¡Pobre Eloisa!

Doña Juana, como si hablase para sí, hacia los comentarios más desconsoladores sobre el premio que en este mundo alcanza la virtud, y presentaba las realidades con una desnudez espantosa.

Sus palabras eran como gotas de hiel que iban cayendo lentamente en el alma de Eloisa.

No debemos hablar de los efectos que debían producir estas escenas.

Doña Juana concluía siempre por analizar su triste situación, y la más triste que le esperaba enferma y á las puertas de la vejez:

Luego, para probar que su afán único era la dicha de su hija, buscaba medios de que ésta se distrajese, y la animaba diciendo:

—Hija mía, perdona mi debilidad: no tengo más que cuarenta años; pero ya soy vieja.

—Madre mía...

—A despecho de mi voluntad se escapan de mis labios palabras que te hacen sufrir mucho.

—No, no.

—Eres jóven, vives en el mundo de las ilusiones, todo te sonríe...

—Sufre usted, y no puedo ser dichosa.

—Olvida mis palabras...

—No puedo olvidar lo que veo, lo que me rodea, lo que siento, lo que me hace sufrir.

—Yo haré que lo olvides,—decía la viuda.

Y para conseguirlo así, llevaba á su hija al teatro, al paseo, ó á las reuniones.

Más de un año hacía que la vida de las dos mujeres era la que acabamos de pintar.

Con lo que hemos dicho basta para que el lector comprenda la situación hasta donde debe comprenderla, y por consiguiente ya podemos ocuparnos de algunos sucesos muy trascenden-

tales, por más que en apariencia no tuviesen importancia.

Y aquí es donde verdaderamente da principio esta dramática historia.

Era una de esas hermosas tardes de otoño, estación que es en realidad la primavera de Madrid.

Empezaba á ocultarse el sol.

Eran muchas las personas de todas las clases de la sociedad que desde el Prado y el paseo de Recoletos subían por la calle de Atocha, la de Alcalá y la Carrera de San Gerónimo.

En éste último sitio fijaremos nuestra atención.

Doña Juana y su hija acababan de salir del Prado.

Subían por la acera de la izquierda.

Apoyábase la madre en un brazo de la hija, y de vez en cuando suspiraba penosamente como si experimentase un continuo malestar.

Su aspecto era triste y no estaba en armonía con sus años; pero su languidez hacía doblemente interesante su belleza.

No debe olvidarse que doña Juana tenía cuarenta años y conservaba todavía alguna frescura de la juventud.

Cuando llegaban muy cerca de la calle del Prado, la viuda se detuvo y murmuró:

—Me fatigo demasiado.

Empero mientras esto decia, miró hacia la derecha y añadió:

—Nos saludan.

Eloisa volvió maquinalmente la cabeza, viéndose á un hombre que bajaba por uno de los senderos del pequeño jardin en cuyo centro se levanta la estatua de Cervantes.

El nuevo personaje parecia frisar en los cincuenta y cinco, si bien era posible que tuviese sesenta años.

Era de regular estatura, enjuto de carnes, rostro aguileño, pómulos salientes y ojos hundidos, pequeños y redondos, que brillaban con el fuego de la edad viril.

A pesar de esta circunstancia no podia disimular su edad, pues sus ademanes no eran ya tan rápidos ni tan enérgicos como debieron serlo en su juventud.

Pequeñas patillas grises adornaban su rostro. Vestia con esmero y elegancia.

Bastaba el primer golpe de vista para comprender que pertenecia á una clase muy distinguida de la sociedad.

Tambien se revelaba en su rostro la inteligencia, y sobre todo la astucia.

Habíase detenido, colocando sobre su nariz unos lentes con engaste de oro.

Sus delgados labios se entreabrieron para sonreir con dulcísima expresion.

No puede imaginarse un viejo más simpático en todos sentidos.

Eloisa correspondió al saludo con un movimiento de cabeza; pero su rostro palideció.

—¿No es el señor de Morlan?—dijo la viuda con tono de sencillez.

—Sí,—contestó la jóven.

—Así me habia parecido, pero como mi vista flaquea...

—Vamos,—interrumpió Eloisa.

Las dos mujeres avanzaron en la inmediata calle, perdiendo de vista al viejo de la simpática figura.

Algunos minutos despues dijo sencillamente doña Juana:

—No acabo de comprender porqué nuestro amigo Morlan no se ha casado.

Eloisa guardó silencio como si no hubiese oído lo que su madre decia.

Llegaron á la calle del Leon.

Entonces dijo doña Juana:

—Los hombres como Morlan, pasan su juventud buscando una mujer inverosímil, un tipo de perfecciones que es imposible en la humanidad, y luego en la vejez se casan con la que más defectos tiene, con la que de cualquier modo excita esa ternura de la vejez, que no es otra cosa que la debilidad.

—Ciertamente,—dijo la jóven, por decir algo.

—Hoy es el señor de Morlan un gran negocio.

—Eso aseguran.

—Como que disfruta una renta que no bajará de treinta ó cuarenta mil duros, y han muerto hasta sus parientes más lejanos.

—Son circunstancias muy recomendables para las mujeres que quieran traficar con su corazón.

—¡Pobre hija mia!—murmuró la viuda con tono compasivo.

—¿Me mira usted con lástima?

—Eres feliz con tus ilusiones; pero como han de llegar los días del desengaño, me horroriza la sola idea de lo que has de sufrir.

—No comprendo...

—Si conocieses el mundo me comprenderías.

—Confieso mi ignorancia.

—La que se case con el señor de Morlan, representará un brillante papel, tendrá goces sin fin, apesar de haber traficado con su corazón, mientras que las que se detengan ante ciertos escrúpulos y consideraciones, sufrirán horriblemente y morirán olvidadas y hasta despreciadas por el mundo. Ya sabes que no puedo decir nada consolador.

—Madre mia...

—No lo dudes, la esposa, la despreciable querida de ese hombre, será más respetada por

el mundo que la pobre mártir que exhala en una boardilla su postrer aliento despues de haber soportado todas las privaciones.

—¿Acaso no hay otra vida?

—Sí; pero como no podemos desentendernos de esta...

—Madre mia,—interrumpió enérgicamente la jóven,—me siento con valor sobrado para despreciar al mundo.

—Quiera Dios que ese valor no te falte cuando tengas que luchar con el implacable tirano de las circunseancias.

—Descuide usted.

—Tus nobles instintos son para mí el más dulce de los consuelos.

—No tema usted que mi virtud se debilite.

—Bien, hija mia, muy bien,—repuso la viuda con entusiasmo.

Así dieron fin á la conversacion.

Entraron en la calle de Cervantes, y en una casa de regular apariencia, subiendo hasta el cuarto principal.

Allí tenían su habitacion.

Ya hemos dicho que se habian visto obligadas á reducir sus gastos, y que habian concluido por vivir modestamente, si bien procurando cubrir las apariencias.

Su servidumbre habia quedado reducida á una sola criada.

Y apesar de todas estas economías, su existencia era una série no interrumpida de apuros.

¿En qué consistia la fortuna de las dos mujeres.

En lo que la hija habia heredado de su padre, pero la herencia habia quedado reducida á la propiedad de aquella casa y á una cantidad en títulos de la deuda del Estado.

Es muy difícil y muy penoso descender.

Cuando la escasa renta de las dos mujeres no fué bastante para cubrir todas sus obligaciones, antes que privarse de ciertas comodidades, prefirieron acudir á la usura y tomaron algunas cantidades sobre la casa.

No pudieron pagar y se encontraron en mayores apuros.

Entonces buscaron más dinero con la garantía de los títulos de la deuda, y como el valor de esta bajaba y era inseguro el cobro de los intereses, llegó un dia en que les fué absolutamente imposible sostener la situacion.

Eran distintas completamente las opiniones de la madre y de la hija, pues esta hubiera desde luego preferido reducir los gastos; pero la madre triunfaba, haciéndose siempre lo que disponia.

Nunca Eloisa se atrevió á acusar á su madre de las muchas torpezas que se habian cometido.

—Nos arruinaremos,—decía para sí la joven;—pero mientras sea posible no quiero que mi madre se vea privada de ciertas comodidades, ni mucho ménos que tenga que sufrir ninguna humillacion.

Indudablemente era muy horrible una vida modesta para quien tenia la costumbre de vivir con toda clase de comodidades, con lujo y ostentacion.

Además, la viuda necesitaba constantemente un médico que si no le devolvía la salud, ponía muchas recetas que eran un consuelo.

No se contentaba el médico con recetar, sino que tambien detallaba un sistema de vida que era muy costoso, y para observarlo con exactitud no podia doña Juana tomar más que cierta clase de alimentos, todos muy caros, habia de emprender viajes en determinadas épocas del año, y sobre todo era preciso evitar que experimentase desagradables emociones porque esto era lo que más daño le hacia.

Eloisa, de quien ya hemos dicho que todo lo llevaba hasta la exageracion, habíase propuesto aceptar los más duros sacrificios para que no faltase nada de lo que podia endulzar la triste existencia de su madre.

En todo pensó la jóven.

Poco á poco y con disimulo fué haciéndose cargo de los negocios de la casa, y llegó un dia

en que la viuda no hubiera podido decir con seguridad si era apurada su situación.

Cuando se presentaba un acreedor, la joven lo recibía, le proponía transacciones, llevaba á cabo un arreglo cualquiera con tanto disimulo y tanta habilidad, que su madre ni siquiera se apercibía.

Algunas veces la viuda decía tristemente:

—Nuestra situación debe ser muy apurada.

—No,—contestaba Eloisa.

—Tenemos deudas...

—Pagamos los intereses y así queda todo arreglado.

—Sí; pero...

—Madre mia, no se ocupe usted de estos asuntos.

—¿Puedo olvidarlos?

—Nada se consigue con que se mortifique usted.

—Te empeñas en ocultarme lo que pasa.

—Necesita usted tranquilidad de espíritu.

—Lo que necesito es convencerme de que tú eres dichosa.

—Lo soy,

—No, Eloisa, no.

—Soy joven, tengo vigor y fuerzas para soportarlo todo, y mi única felicidad consiste en hacerla á usted feliz.

—¡Pobre hija mía!

—Aunque modestamente, podemos cubrir todas nuestras necesidades.

—Pero llegará un día...

—Aún no ha llegado.

Doña Juana se daba por vencida en esta clase de discusiones, y Eloisa continuaba su sistema.

¿Puede pedirse más abnegación á una criatura?

A pesar de cuanto llevamos dicho, no es posible que conozcamos á doña Juana.

¿Era lo que parecía?

No había motivo alguno para ponerlo en duda.

Toda criatura se propone un fin, porque la vida no es soportable sino tiene objeto.

¿Cual era el fin que impulsaba á doña Juana?

No es posible adivinarlo.

Las apariencias hacían creer que era una madre tierna y cariñosa; pero ciertos detalles podían infundir sospechas sobre este punto.

¿Y qué importancia tenía la breve y sencilla escena que acabamos de referir cuando las dos mujeres encontraron al señor de Morlan?

¿Por qué había palidecido el rostro de Eloisa?

¿Por qué la viuda había intentado pintar con los más vivos colores amargas realidades?

Muy pronto lo sabremos.

Sirva este capítulo como de introducción para comprender los sucesos interesantes en todos sentidos que vamos á referir.

CAPITULO II

Un trabajo de zapa.

Aquella noche la pasó muy mal la viuda, y á la mañana siguiente se quejaba de fuertes dolores en la cabeza y en un costado.

Su hija dispuso que inmediatamente fuesen en busca del médico, y este acudió y recetó, asegurando que la novedad no era grave, y que la enferma se encontraba poco más ó menos lo mismo que siempre.

A las once y media se levantó doña Juana. Sintióse mejor.

No era la mejoría producida por los medicamentos, sino por la satisfacción de los cuidados que le prodigaba Eloisa.

Así lo comprendía esta; pero por la misma razón le horrorizaba la idea de que á su madre

pudieran faltarle las mil y una pequeñeces que constituían su bienestar único, toda su felicidad.

Veíanse en aquella casa los vestigios de una situación más desahogada, y la viuda podía disfrutar de ciertas comodidades que desaparecerían, si nuevas desgracias exigiesen otro cambio en su sistema de vida.

Grandes habían sido las pérdidas experimentadas por las dos mujeres; pero á la jóven la consolaba la idea de que ya no podían perder más de lo que habían perdido, teniendo la seguridad de que conservarían por lo ménos los recursos con que entonces contaban.

Meditabunda y silenciosa permaneció doña Juana, dirigiendo de vez en cuando miradas á su alrededor.

Con amargura desgarradora contemplaba uno por uno los muebles y adornos que constituían su felicidad.

No podemos seguir el curso de sus ideas; pero sí decir que pensaba en lo muy horrible que sería su situación si en un instante desapareciera lo que entonces la hacía dichosa.

Con atencion profunda observaba Eloisa á su madre, adivinando los pensamientos de esta.

Sentía la jóven destrozada el alma por un presentimiento horrible.

¿Qué tenía?

Ella misma no hubiera podido decirlo.

Suspiros penosos se escaparon de su pecho.

La infeliz jóven fué á su gabinete, se dejó caer de rodillas y exclamó.

—¡Dios misericordioso!...

No pudo decir más.

Un raudal de lágrimas corrió por sus mejillas.

Desde aquel momento pasaron las horas tranquila y silenciosamente.

Empero aquella tranquilidad era precursora de grandes borrascas.

Pensaba Eloísa en la miseria, en todos los sufrimientos ménos en el que más de cerca la amenazaba.

¿Cómo había de sospechar que aquel día y en algunos minutos iba á cambiar su situación y tal vez á decidirse su porvenir?

Debia suceder lo que á la jóven le parecia no solamente difícil, sino inverosímil.

Una campanilla resonó.

—¿Quién se acuerda de nosotras?—murmuró la viuda.

Pocos momentos despues se presentó la criada diciendo:

—El señor don Pedro de Morlan.

—¡Morlan!—exclamaron con acento de profunda sorpresa la madre y la hija.

Nunca la había visitado.

—Que pase,—dijo la viuda despues de algunos momentos.

Y mientras se alejaba la sirviente, levantóse Eloisa, dió algunos pasos y salió del aposento.

Era indudable que el señor de Morlan hacia experimentar un terror instintivo á la encantadora jóven.

Doña Juana cambió de postura y fijó la mirada en la puerta.

Levantóse la cortina y apareció el viejo elegante, el hombre de quien pudiéramos decir que era un anciano jóven.

La mismo que siempre, estaba vestido con tanto lujo como esmero.

Entreabríanse sus labios para sonreir dulcísamente.

—Señora,—dijo al entrar,—es usted demasiado bondadosa y me perdonará la libertad que me tomo.

La viuda se esforzó para sonreir y contestó:

—Caballero, nunca ha honrado usted nuestra pobre casa; pero somos amigos hace mucho tiempo.

—Gracias, señora.

Cruzáronse algunas frases más de pura cortesía.

El señor de Morlan se sentó frente á la viuda

en tanto que dirigia á su alrededor una mirada investigadora.

¿Qué significaba aquella visita?

No era fácil, ó más bien no era posible adivinarlo.

Preguntó el anciano por Eloisa.

—Está en su gabinete,—contestó doña Juana,—y ahora voy á mandar que le avisen.

—Despues, señora, despues.

—Sí la visita es solamente para mí...

—Principalmente para usted, porque tenemos que tratar de un asunto de muchísima importancia,—dijo sencillamente don Pedro.

—Pues entonces estoy dispuesta á escuchar,—repuso la viuda sin inquietarse, porque no habia comprendido que aquella visita significaba una desgracia horrenda.

El anciano mientras se entretenia dando vueltas entre sus dedos á los lentes, dijo con la más fria calma:

—Hace mucho tiempo, mucho, que la conozco á usted, y si yo recordara ciertos antecedentes, tambien usted confesaria que hace mucho tiempo que me conoce.

—No comprendo,—respondió la viuda con tono de profunda extrañeza.

—Hago esta advertencia para que se convenza usted de que es preciso que hablemos con toda claridad, pues ahora que el mundo no nos

escucha, nos conviene olvidar cierta clase de fórmulas.

Aunque ligeramente, se arrugó el entrecejo de doña Juana.

¿Era verdad que aquel hombre la conocía desde antiguo?

Sobrado motivo era este para infundir á la viuda cierta clase de temores.

Creyó que le convenia callar, porque así evitaba comprometerse.

Su semblante empezó á cambiar de expresion.

El señor de Morlan, con la misma sencillez que ántes, prosiguió diciendo:

—Excuso hablarle á usted de los primeros años de su vida, y me concretaré á recordar que en lo más florido de su juventud y por una série de circunstancias que no son del caso, se vió usted precisada á ser débil.

Nerviosa palidez cubrió el rostro de doña Juana.

No habia para ella nada tan espantoso como que alguien hubiese penetrado el misterio de su historia.

¿La conocía aquel hombre?

Así parecia.

¿Cómo habia conseguido don Pedro de Morlan averiguar ciertos secretos?

Esto parecia imposible.

Otra vez desplegó la más dulce sonrisa el anciano.

Cambio de postura, y en tanto que continuaba dando vueltas á sus lentes, añadió:

—Una niña fué el fruto de aquella debilidad.

—Caballero...

—Y el hombre á quien usted llamaba su seductor, era rico y ocupaba un elevado puesto en la sociedad. Su nombre...

—Basta,—interrumpió la viuda sin poder contenerse.

—¿Porqué no hemos de decirlo todo?

—Caballero, ha venido usted para calumniarme, para ultrajarme...

—No.

—Hemos concluido.

—Apenas hemos principiado,—repuso el señor de Morlan con su calma inalterable.

Es imposible que se comprenda lo que doña Juana sufría en aquellos momentos.

Hubiera querido poner término á la conversacion; pero convencida de que sus secretos eran conocidos por el anciano, no se atrevió á prohibirle terminantemente que hablara.

La situacion era más crítica de lo que parecia.

—Tengo todas las pruebas,—dijo don Pedro,—y además, si usted se niega á escucharme,

haré uso de los derechos que me conceden las leyes.

—¡Derechos!...

—Sí.

—Eso es inconcebible.

—Señora, permítame usted continuar.

Acrescentaba por instantes la agitación de doña Juana.

—Espere usted,—dijo.

Y á pesar de sus dolores y de su debilidad, púsose en pié y con paso firme llegó á la puerta, levantando la cortina, miró al inmediato aposento y se convenció de que nadie escuchaba ni se encontraba cerca de allí.

Volvió á sentarse.

Entonces preguntó el señor de Morlan:

—¿Está usted ya decidida á qué hablemos con franqueza, con toda claridad?

Inclinó doña Juana la cabeza sobre el pecho, reflexionó y respondió despues de algunos segundos:

—Sí.

—Da usted una prueba más de su talento.

—¿Qué se propone usted?

—Lo diré muy pronto.

—Agradecería que fuese usted breve, y sobre todo, que no se tomase la molestia de evocar cierta clase de recuerdos.

—Es absolutamente preciso.

—Me resignaré.

—Lo único que puedo hacer en obsequio de usted es omitir los detalles.

—Gracias,—murmuró con ligera ironía la viuda.

—Por aquellos tiempos á que antes me he referido, vivía usted muy pobremente, y eran tan escasos sus recursos, que tomó á su cargo criar otra niña, cuyos padres nunca conoció usted.

—¿Y bien?

—De la segunda niña no tenemos para que ocuparnos.

—Murió,—dijo sordamente la viuda.

—Y el hombre que la había deshonrado á usted, cayó gravemente enfermo.

—Es verdad.

—Despertó su conciencia cuando se vió á los bordes del sepulcro, y decidió legitimar á la hija de su extravío.

—Así cumplió un deber sagrado.

—Supongo que usted creyó que había llegado el día de la felicidad suprema, y sin embargo, aquel día fué el primero de la más espantosa desdicha.

Instantáneamente se tornó sombría la mirada de la viuda.

Hízose mucho más densa la palidez de su rostro, que se contrajo violentamente.

Borrasca espantosa agitaba su espíritu.

Aquellos recuerdos tenían para ella una importancia que no puede comprenderse sin conocer su negra historia.

—Prosiga usted,—dijo maquinalmente.

—Se casó usted, y su esposo recobró la salud; pero salió de Madrid, porque necesitaba respirar otra atmósfera, y pasar algún tiempo en un clima benigno. La situación de usted cambió, pasando de la pobreza, de la miseria más espantosa, al bienestar, á las comodidades, casi al lujo, porque era un hombre decente y delicado, era todo un caballero su esposo de usted, y le señaló una pensión con la que podía usted vivir muy desahogadamente.

—A pesar de toda su decencia...

—Tenia buenos y malos negocios, esa es la verdad, y como la fortuna es variable, quiso volverle la espalda. Había salvado la existencia, pero esta dicha era preciso que se compensase con el quebranto de los demás intereses. Tres años pasaron, durante los cuales, usted no aspiró á otra cosa que á reunirse con su esposo para presentarse al mundo y ver satisfecha su vanidad.

—Esas suposiciones...

—¿Acaso me equivoco?

—No lo sé.

—Es igual.

—Otra vez cayó enfermo su esposo de usted, y entonces fueron inútiles todos los recursos de

la ciencia, porque murió, otorgando testamento en favor de su hija.

—Sí, en vez de una gran fortuna, le dejó muchos pleitos.

—Los acreedores se presentaron, entablaron la lucha enérgicamente y fueron vendidos los bienes que había dejado su esposo de usted. Esto era una desgracia; pero tuvo usted el consuelo de que para vivir le quedasen los productos de esta casa y una cantidad en deuda del Estado.

—Aun no adivino á donde va usted á parar.

—Señora,—repuso don Pedro con su frialdad horrible.—Segun nuestras leyes, el derecho del acreedor no prescribe y puede buscar siempre los bienes del deudor aunque se encuentren en manos de los herederos.

—Todos los acreedores de mi esposo fueron pagados.

—Méenos uno.

—Se equivoca usted.

—No me equivoco, y aun hay quien tiene derecho á poner la mano sobre la herencia.

—Pero...

—Hemos llegado al punto más interesante de la conversacion.

Efectivamente, el señor de Morlan había llegado al punto interesante, pues ya era preciso que diese explicaciones en cuanto á sus propósitos.

La viuda tembló.

Empezaba á entreveer algo muy horrible, lo más horrible para ella, la completa ruina.

Se habia criado modestamente, casi en la pobreza, pero nunca se resignó con su suerte, y desde su niñez despertaron en su alma aspiraciones que debian considerarse como delirios.

Para realizar sus ambiciones lo habia sacrificado todo aquella mujer; todo, hasta su honra; pero no consiguió hacer fortuna.

Una vez dado el primer paso, no debia detenerse, y vendió sus caricias á un segundo amante.

Bien pronto se vió abandonada, con una hija, y en la miseria más espantosa.

Forzoso le fué convencerse de que por aquel camino no hacia fortuna, y aún cuando no se convenciese, el resultado habia de ser el mismo, puesto que una gravísima enfermedad habia robado á su belleza el atractivo con que antes fascinaba.

Devoró silenciosamente su amargura, y esperó.

Segun acabamos de saber por don Pedro Morlan, doña Juana consiguió repentinamente cambiar de situacion en todos sentidos, y pudo ya presentarse al mundo, no solamente rica, sino honrada.

Aunque sufriendo mucho, las desgracias las aceptó mientras le quedaba para vivir con cier-

to decoro, con apariencias de lujo, y sobre todo, rodeada de comodidades, porque la viuda era de esas criaturas que no son felices con la tranquilidad del espíritu y con las satisfacciones de una conciencia pura, sino con los goces de una vida regalada, con esa multitud de detalles que proporcionan al cuerpo la mayor suma de felicidad posible.

Si aquella mujer habia sacrificado su honra á la edad en que el sentimiento del pudor tiene más fuerza, ¿qué sería capaz de hacer cuando el frio cálculo la dominaba, cuando habia llegado al último punto de la depravacion?

De todos los crímenes sería capaz siempre que pudiera cometerlos sin perder su reputacion de criatura honrada hasta el último grado de la honradez, porque la viuda era más ávida de su envidiable reputacion, por lo mismo que en otro tiempo se habia visto mirada con desprecio profundo por la sociedad.

Nadie más que ella podia comprender lo que habia sufrido al ver con tanta envidia como despecho que el mundo respetaba á los que eran honrados ó siquiera lo parecian.

Consiguió engañar al mundo, era objeto de toda clase de consideraciones, y hubiera preferido morir antes que se rebajase en un solo punto aquella reputacion de honradez y nobleza de alma.

No hay que decir que la viuda estaba dotada de inteligencia nada comun, pues de otro modo no hubiera podido representar la farsa tan hábilmente, que ni siquiera su hija llegó á conocerla.

Debemos suponer que el señor de Morlan la conocia perfectamente.

Nos hemos permitido esta digresion, porque solo así podrá apreciarse con exactitud lo que vamos á referir.

Tembló doña Juana, ya lo hemos dicho, y aunque para disimular hizo grandes esfuerzos, no pudo evitar que su rostro empezara á pintarse el pavor que le hacian experimentar las últimas palabras del caballero.

¡Otro acreedor!

¡Todavía otra mano que tenia derecho á ponerse sobre los restos de la herencia!

Esto era espantoso.

¿Con qué recursos contaba la viuda para seguir sosteniendo su decorosa posicion y proporcionarse las comodidades que la hacian feliz?

Ningun recurso le quedaria cuando la hubiesen despojado de la pequeña fortuna que le quedaba.

¿Era el señor de Morlan el acreedor?

Por algunos momentos lo supuso así la viuda, pues de otra manera no se comprendia que el caballero se ocupase de semejante asunto.

Algunos minutos pasaron sin que pronunciase una palabra.

Por fin la viuda rompió el silencio para decir:

—Caballero; sigo escuchando con la atención que merece tan grave asunto.

—Pueden ustedes considerarse arruinadas, hasta el punto de que antes de ocho días no tendrán ni para atender á las primeras necesidades de la vida.

—¡Dios mío!... parece que se complace usted al anunciarnos tan horrenda desgracia.

—Muy pronto le daré á usted una prueba de lo contrario.

—Aunque no me parece probable, es posible que hayan quedado sin pagar algunos de los créditos contra mi esposo, á quien Dios haya dado gloria.

—¿Y no tiene usted miedo á lo posible?

—Sí.

—Entonces...

—Me queda un refugio, el de la religion, la fe en la misericordia y la resignacion, que para mí es un consuelo.

Al pronunciar estas palabras la viuda, exhaló un suspiro penoso.

Otra vez empezó á cambiar de expresion su semblante.

Habia comprendido que debia representar el papel de víctima.

No revelaba más que una tristeza dolorosa y profunda.

Cruzó las manos.

Levantó la cabeza, elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora, y exclamó con voz ahogada:

—¡Mi hija, mi pobre hija!

Como si sus fuerzas se hubiesen agotado, inclinó la frente y volvió á suspirar.

Dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

El señor de Morlan continuaba indiferente y frío.

Colocó sobre su nariz los lentes, miró á la viuda y desplegó una sonrisa irónica.

Ya no podía dudarse de que la conocía perfectamente, hasta lo más recóndito del alma, así como también era preciso que conociese hasta los menores detalles de la historia, negra por cierto, de aquella mujer que había sabido conquistar una reputación tan honrosa.

Aun cuando la viuda comprendía todo esto, no dejaría de representar su papel con la habilidad que siempre lo hacía.

¿Qué importaba que hubiese quien pudiese echarle en cara sus antiguos extravíos?

Siempre le quedaba á doña Juana el recurso de hablar de su arrepentimiento, sin temor de que nadie le presentara pruebas en contrario.

—Señora,—dijo don Pedro,—la aflicción de usted no me sorprende, porque es muy duro, es verdaderamente horrible pasar en pocas horas de una situación buena á otra muy mala. La miseria es siempre espantosa, y mucho más cuando la criatura está acostumbrada á vivir con decoro, á disfrutar cierta clase de comodidades y á verse respetada como son respetados los que tienen dinero.

—Nada me arredra por mí.

—Debo creerlo.

—¿Olvida usted que soy madre?—replicó severamente la viuda.—¿Ha puesto usted en duda mis maternos sentimientos?

—No.

—Entonces...

—Su hija de usted es jóven, está dotada de una belleza sin igual, y por consiguiente, debemos creer que le espera un porvenir de dicha.

—Conoce usted bien el mundo, caballero, y no ignora que una mujer pobre, aunque esté adornada de todas las virtudes imaginables, no encuentra fácilmente un esposo.

—Pero la belleza personal...

—Es un peligro, tal vez la mayor desgracia para la mujer que no es rica.

—¡Un peligro!...

—Sí, el mayor enemigo de la honra, y co-

mo para mí la honra tiene mucho más valor que la vida...

—Perdone usted,—interrumpió el señor de Morlán con tono ligeramente sarcástico.

—Caballero, he sido débil en mi primera juventud, y no por culpa mía, sino de la educación que recibí, de las circunstancias que me rodeaban, pero llegó un día en que pude apreciar todo lo horrible de mis extravíos y de mi situación...

—Comprendo: despertó la conciencia y el arrepentimiento hizo esos milagros de que se burlan los descreídos y los que se empeñan en sostener la teoría de que cada criatura responde con su conducta á las condiciones de su organización. Si usted fué débil una y otra vez, por espacio de algunos años, y sacrificó su honra para realizar ambiciones desmedidas, debió creer el mundo que era usted eso que se llama materia dispuesta para todo lo malo; pero el mundo, que siempre juzga con ligereza, no pensó que el pecador más endurecido se arrepiente en un solo instante. Desde la Magdalena á nuestros días hay muchos ejemplos que no nos permiten poner en duda la posibilidad de cambios tan radicales y repentinos.

La dulce voz de don Pedro al hablar así parecía impregnada de una ironía espantosa y que más de una vez hizo temblar á la viuda.

Siempre era la misma la entōnacion del caballero, siempre la misma expresion de su rostro y su calma impassible.

Continuaba dando vueltas entre sus dedos a los lentes.

La viuda acabó de convencerse de que tenia que habérselas con un adversario que valia mucho, que era muy temible en todos sentidos.

—El mundo,—dijo doña Juana,—no tiene derecho á pedirme cuentas de faltas que no le han hecho mal alguno y que ya Dios me ha perdonado.

—Por eso el mundo la mira á usted con respeto.

—Y en cuanto á mi arrepentimiento...

—Yo no lo pongo en duda.

—Gracias, caballero.

—Creo tambien, y lo creo firmemente, que antes que empañar lo que pudieramos llamar la segunda honra de usted, porque es la honra rehabilitada por el arrepentimiento y la penitencia, antes que empañarla, repito, creo que consentiria usted morir mil veces.

—Sí,—dijo la viuda enérgicamente y sin vacilar.

—Y para que se convenza usted más y más de que nunca he dudado de esos nobles sentimientos, le diré que partiendo de la base de esa firmeza de honradez, he trazado el plan que me-

jor me ha parecido para ver satisfechas mis aspiraciones.

—¡Las aspiraciones de usted!—exclamó la viuda con tono de profunda sorpresa.

—Eso he dicho.

¿Qué aspiraciones podía tener el señor de Morlan?

Pensó entonces doña Juana que si no era joven, tampoco era vieja, que se encontraba en la segunda juventud de la mujer, que conservaba su frescura, que era hermosa y que todavía conservaba encantos que eran objeto con frecuencia de las galanterías de muchos hombres.

Don Pedro debía ya tener lo ménos cincuenta y seis ó cincuenta y siete años, siempre había permanecido soltero, era muy rico, y nada tenía de particular que hubiese pensado buscar una compañera para pasar tranquilamente el resto de su vida.

Sin embargo, si don Pedro hubiera pensado unir su suerte á doña Juana, para manifestárselo así no era lógico que principiase por deprimirla y maltratarla tan cruelmente como acababa de hacerlo.

Algunos momentos de reflexion bastaron para que la viuda se convenciese de que el señor de Morlan no habia imaginado siquiera hacerla objeto de su ternura.

Entonces doña Juana pensó en su hija, re-

cordando que muchas veces la jóven habia sido objeto preferente de las atenciones de don Pedro.

Además este acababa de hablar con entusiasmo de la belleza de Eloisa, reconociendo tambien sinceramente sus virtudes.

Quizás habia empezado el caballero por hablar de la miseria que amenazaba á las dos mujeres para deducir que á la hija le convenia colocarse en el terreno de la realidad y aceptar un casamiento de conveniencia que la librase de una situacion horrible.

Esto hubiera sido una dicha para la viuda; pero dicha tan grande que no creyó posible ver realizada.

Le convenia por de pronto disimular, fingiendo que no adivinaba las intenciones del anciano, y así lo hizo, diciendo despues de algunos minutos:

—Reconozco mi torpeza.

—¿Y en qué consiste?

—En que entiendo ménos cuanto más se explica usted.

—Al terminar nuestra conversacion lo verá usted todo claro con una sola palabra que yo pronuncie.

—Entonces tendré que concretarme á escuchar.

—Puede usted hacer lo que guste.

—Principió usted por evocar recuerdos.

—Fué preciso.

—Sí, para venir á la situacion presente y que no me quedará duda de que es muy horrible.

—Eso es.

—Aseguró usted luego que era mi mejor amigo.

—¿Quiere usted la prueba?

—Sí.

—Pues la tiene usted en mi propósito de evitar que se encuentre usted de la noche á la mañana en la miseria.

—¿Acaso es usted el acreedor que tiene derecho á poner la mano sobre el resto de nuestra fortuna?

—No.

—¿Tiene usted bastante influencia sobre ese acreedor para obligarlo á que nos guarde ciertas consideraciones, concediendonos plazos ó aceptando algun arreglo que nos sea muy beneficioso?

—Tampoco, señora.

—Siendo así...

—Olvida usted una circunstancia.

—¿Cuál?

—Que soy rico.

—Caballero...

—Vivo con mucho lujo, y sin embargo no puedo gastar toda mi renta. Así mi fortuna se

aumenta constantemente, y en algo he de emplearla, porque no puede halagarme la idea de hacer con mis riquezas feliz á un pariente más ó ménos lejano que me herede.

—Comprendo,—murmuró la viuda.

Y quedó inmóvil y con la mirada fija en el suelo.

Al parecer estaban ya puestas en claro las intenciones de don Pedro.

Habia ido para ofrecer generosamente su bolsillo á doña Juana.

¿Quién hubiera creído tanto desinterés en don Pedro de Morlan?

Hasta inverosímil le hubiera parecido á cualquiera que lo conociese un poco.

Siempre habia sido avaro y no se concebía que hubiese cambiado repentinamente.

Ofrecer su dinero y ofrecerlo sin tasa y solo por el placer de hacer un beneficio...

No, no era posible

El primer impulso de la viuda fué desplegar una sonrisa burlona; pero no lo hizo y continuó silenciosa y grave.

Aun faltaba poner en claro otro punto que parecia haberse olvidado, el de las aspiraciones del señor Morlan.

Y este era precisamente el punto crítico, el de mayor interés.

Doña Juana dijo despues de algunos minutos:

—Caballero, agradezco á usted con toda mi alma el beneficio que me ofrece, pero yo no acepto lo que no puedo pagar.

—Todos podemos pagar los beneficios que nos hacen.

—Y aunque sea inconveniente y parezca casi una ingratitud, me permitiré hacerle á usted una pregunta.

—Contestaré con mucho gusto.

—¿Qué se propone usted?

—Eso es cuenta mia. ¿Puedo ser más franco?

—Mucho tiempo hace que nos conocemos; pero la verdad es que entre nosotros no puede decirse que hay una verdadera amistad.

—En realidad no somos amigos.

—Y no siéndolo, ¿por qué se interesa usted tanto por nuestra suerte?

—Continuaré hablando con franqueza.

—Así es preciso.

—Primeramente me horroriza la sola idea de que su hija de usted llegue á encontrarse en la miseria.

—Como madre agradezco ese noble interés, y deseo saber si también yo se lo inspiró.

—No,—dijo el señor de Morlan con tono de sencillez y con glacial indiferencia.

Esto no era una contestación franca, sino una desvergüenza.

Dudó la viuda si mostrarse ofendida, y an-

tes de que pudiese pronunciar una palabra, añadió el caballero:

—Si usted disfruta del beneficio ¿qué le importa lo demás?

—Sin embargo...

—Nos conocemos demasiado bien, señora, ó para decirlo con más exactitud, yo la conozco á usted. Ahora nadie nos escucha. ¿Por qué no hemos de decir lo que sentimos, no hemos de presentarnos tal como somos? Hemos tenido bastante talento y habilidad para engañar al mundo; pero en estos momentos no es menester que nos tomemos la molestia de fingir.

—Lo confieso, estoy aturdida,—dijo doña Juana.

Y se pasó las manos por la frente como si así quisiera despejar su inteligencia.

—Mañana mismo se presentará el acreedor que ha de arruinarlas á ustedes; es un hombre despiadado, desconfiado y dominado por la codicia.

—¡Dios misericordioso!...

—Creo que debe usted consultar con su hija antes de adoptar una resolución, y en último caso puede usted dejar que ella la adopte, evitándose usted así el gravísimo peso de una responsabilidad.

—Eso es imposible.

—Soy de distinta opinion.

—La ruina, la miseria...

—Pero usted está decidida á no sacrificar su honra.

—¡Jamás, jamás!—exclamó doña Juana.

—No ignoro que Eloisa es la que entiende en todos los asuntos y los arregla como mejor le parece.

—Desde que mi salud se quebrantó, mi pobre hija no permite que yo me ocupe de nada que pueda desagradarme, porque la experiencia le ha demostrado que la más leve contrariedad produce en mi organizacion grandes trastornos. Esto es una desgracia, caballero, una desgracia inmensa; pero yo no la he buscado. Cuando pienso que á pesar de que soy jóven no sirvo en el mundo más que para hacer sufrir á las personas que me rodean...

—No es justo exigir á usted más de lo que puede hacer.

—Cuando se presente ese acreedor...

—Seguramente Eloisa querrá entenderse con él.

—Y si se lo prohibo...

—No se lo prohibirá usted, porque le costaría caer gravemente enferma ó quizás morir, en cuyo caso la situacion de su hija de usted seria doblemente horrible.

—Quiero vivir para ella, para ella no más, y cuando encuentre un hombre que la haga feliz,

consideraré como la mayor dicha el reposo eterno del sepulcro.

Estas últimas palabras las pronunció la viuda con voz ahogada.

Otra vez el llanto se escapó de sus ojos.

Hízose más densa la palidez de sus mejillas.

—Señora,—repuso don Pedro,—me permitiré darle á usted un consejo provechoso, y si usted lo pone en práctica, no se arrepentirá.

Doña Juana exhaló un suspiro.

—Deje usted que su hija se entienda con ese acreedor implacable: déjela usted que arregle el asunto como mejor le parezca, y que adopte la resolución que crea más conveniente, y si consigue salvar todas las dificultades, no le pregunte usted cómo lo ha hecho,

—¿Y porqué no he de preguntárselo?

—Por que seria equivalente á pedirle con más ó ménos disimulo cuentas de su proceder como quien se considera con derecho para aprobar y desaprobado

—Soy su madre.

—Pero Eloisa merece ciega confianza.

—No se equivoca usted.

—Y mirada la cuestion bajo otro punto de vista, encontrará usted que al fin ella es la dueña absoluta de los bienes que heredó de su padre.

—Así lo reconozco.

—Tiene usted el deber de vivir para su hija.

—Antes lo he dicho.

—Y para vivir es menester conservar la salud.

—Confío en la divina misericordia.

—Un enemigo tiene Eloisa, y sobre este punto debe usted darle buenos consejos.

—¡Un enemigo!...

—Su inexperiencia.

—Aun no conoce el mundo...

—Y usted esta obligada á dárselo á conocer.

—Desvanecer las ilusiones que la hacen feliz...

—Han de desvanecerse algun día.

—Desgraciadamente ha de suceder así.

—Y quizás sea tarde para que retroceda.

—Verdades horribles.

—¿Hay alguna verdad que sea bella?

—¡Pobre hija mía!

—Vive en un mundo ideal, y esto puede hacerle daño en la nueva situacion que se prepara. ¿Cuál será su suerte si se deja llevar de sus erróneas creencias con respecto á la sociedad y el corazon humano? Las consecuencias puede usted apreciarlas, por que ya conoce bien la realidad.

—Por mi desdicha.

—Tiene usted sobrado talento, y no tengo que decirle de qué modo ha de hacer á su hija el beneficio de darle á conocer el mundo.

—Mucho agradezco á usted la buena intencion que sus consejos revelan, pero necesito reflexionar.

—Le ruego á usted no olvide que me interesa muchísimo la muerte de Eloisa y que si yo fuese más jóven y tuviese sobre el matrimonio otras ideas de las que tengo, ya hubiera puesto á disposicion de esa niña encantadora mi corazon y mi fortuna; pero tengo que contentarme con ser su amigo, si bien abrigo la esperanza de que nuestra amistad ha de llegar á ser la más íntima y más sincera, porque Eloisa se convencerá más ó ménos tarde de que nadie en el mundo puede serle tan útil como yo.

Con gran sorpresa de la viuda, el señor de Morlan se puso en pié y tomó su sombrero.

Era bien extraño el término que así tenia la conversacion.

—¿Ya se vá usted?

—Sí, porque he concluido.

—Pero...

—Supongo que me ha comprendido usted, si bien no quiero que lo confiese así.

—Caballero...

—Y si es que en realidad no me han entendido usted...

—En ese caso...

—Algo perderé, quizás mucho; pero no tanto como usted.

—Pues bien, no entiendo,—dijo doña Juana con ese tono inequívoco de la verdad.

Don Pedro alargó la diestra á la viuda y le preguntó:

—¿Tendré el gusto de verlas á ustedes en el teatro?

—No sé lo que determinará Eloisa.

—Como todas las almas delicadas, usted goza con la música, y como esto no lo ignora su hija...

—Probablemente iremos.

—Señora, me felicito de haber tenido ocasion de conocer más y más á una persona tan distinguida en todos conceptos como usted.

—Señor de Morlan...

—Le suplico á usted se haga intérprete para con su adorable hija, de mis sentimientos de tierna amistad y de admiracion.

—¿No quiere usted verla?

—Mañana... no... Pasado mañana me tomaré la libertad de hacer á usted otra visita.

—Siempre será usted bien recibido en esta casa.

Salió el anciano.

—¡Oh!—exclamó la viuda.—Conoce mi historia, ha penetrado en el fondo de mi alma... ¿Debo considerar esto como una desgracia?... Nos amenaza la ruina, la miseria con todos sus horrores... No, no acepto la miseria; pero tam-

poco he de dar motivo para que el mundo me acuse.

Inclinó la cabeza, reflexionó y dijo luego:

—¿Qué resolución adoptará Eloisa?... No lo sé, pero de sus acciones no debo ser responsable. El mundo no puede acusarme de haber pervertido á mi hija con malos ejemplos, puesto que soy un modelo de virtudes, y si ella se extravía, culpa será de sus instintos. Honrada era mi madre, buenos consejos me dió, y sin embargo, cometí todas las locuras imaginables. Además, mientras yo no conozca los extravíos de mi hija, no se me puede acusar por no haberla castigado. Estoy enferma, y esta circunstancia fatal proporciona á Eloisa una libertad de que otras jóvenes no disfrutan. Ella es la que entiende en todos los negocios, la que todo lo arregla sin darse cuenta de nada, y por consiguiente, es imposible que yo me aperciba de ciertas cosas. Cada cual es responsable de sus acciones, y mientras yo no olvide mis deberes, mi conciencia podrá dormir tranquila.

Si toda la horrorosa intencion de estas palabras no la comprende el lector, la comprenderán con el relato de los sucesos que hemos de dar á conocer.

Doña Juana habia sido siempre una criatura depravada, y si ya no queria vivir y gozar á costa de su deshonra, estaba decidida á vivir á

costa de la infamia de los demás, sin que el mundo encontrase motivo ni tuviese derecho para acusarla.

Así hay muchos miserables á quienes solo la justicia divina puede distinguir y castigar.

CAPITULO III

Cómo aquella honradísima madre dió principio á su obra de infamia.

Doña Juana no hacía nunca las cosas á medias; tenía que representar su papel, y lo representaba admirablemente.

Apenas concluyó de hacer las reflexiones que ya conocemos, cambió en pocos instantes de expresión su rostro.

No revelaba ya más que un dolor intenso.

Sus ojos estaban húmedos aun, y enrojecidos por el llanto.

Inclinó la cabeza sobre el pecho.

Parecía agoviada por el peso enorme de las inmensas desdichas que le amenazaban tan de cerca.

No hubiera podido mirársela sin compasión.

Extendió un brazo y tiró del cordón de la

campanilla, mandando luego que fuesen á llamar á su hija.

Esta se presentó y exhaló un grito de espanto al ver cómo se habia descompuesto el rostro de su querida madre.

—Tranquilízate, hija mia,—dijo la viuda con dulce voz y como si se esforzase para sonreír.

—Está usted peor, no lo niegue usted.

—Te equivocas... Estoy lo mismo... Siempre mal... Lo siento por tí... ¡Ah!... ¿Quieres darme la cucharada de esa pócima que otras veces me ha hecho tanto bien?

Y la viuda señalaba hácia una de las dos botellas que habia sobre el mármol de la chimenea.

Eloisa no creyó prudente hacer más observaciones, y se apresuró á dar á su madre el medicamento.

—¡Ah!—exclamó doña Juana.—Esto es otra cosa.

Y pareció que respiraba con más libertad.

Sentóse Eloisa en el mismo sillón que habia ocupado don Pedro.

Deseaba vivamente la jóven averiguar cual habia sido el objeto de la visita del anciano; pero no se atrevió á dirigir á su madre ninguna pregunta sobre este punto.

Ambas guardaron silencio.

Caviló la hija buscando un pretexto para llevar la conversacion al objeto que le convenia.

El pretexto creyó encontrarlo, y dijo:

—Francamente, mamá, has cambiado en el espacio de una hora.

—Lo cual no debe sorprenderte, porque ya conoces los síntomas de mi enfermedad.

—No te encontrabas hoy completamente bien; pero después te has mejorado.

—Es verdad.

—Y luego...

—No.

—Hija mía...

—He pensado en nuestros asuntos,

No pudo ya contenerse la joven, y replicó:

—Ha venido el señor de Morlan, y su visita...

—Pues bien,—interrumpió la viuda;—hablaré con franqueza.

—Me parece que así debes hacerlo.

—El señor de Morlán conoce nuestros negocios lo mismo que nosotras.

—No me sorprende que sepa lo que todo el mundo sabe, puesto que bien públicos eran los réditos que contra sus bienes dejó mi noble padre, á quien Dios haya dado gloria.

—Pero tú crees que todo ha concluido.

—No me hago ilusiones, porque ya sé que la vida es una lucha incesante.

—Hay más, Eloisa, mucho más.

—¡Más aún!...

—Por mí nada temo,—repuso la viuda exhalando un suspiro penoso.

—¿Pues por quién?

—Por tí, hija mía:

—No me espanta la pobreza.

—A mí no me espanta ni la muerte. Viéndolo estás: puede decirse que mi vida depende de los cuidados y de las comodidades que disfruto, es decir, que un conjunto de detalles que apenas tienen valor, forman el todo de mi vida, y si esos detalles desaparecen...

Interrumpióse la viuda, cogió las manos de su hija, las estrechó fuertemente, y luego añadió con una dulzura sin igual:

—Perdona, hija mía: te mortifico...

—No, no.

—Se acercan los días de la prueba terrible; pero no temas que el valor me falte... ¡Ah!... No, no vacilaré para hacer todos los sacrificios, absolutamente todos, porque así evitaré que te veas precisada á sostener cierta clase de luchas, evitaré que tengas que someterte á lo que destrozaría tu alma noble y pura.

Eloísa escuchaba con tanta curiosidad como espanto.

Quiso hablar y no pudo.

No hubiera acertado la infeliz á explicar lo que sentía.

Palidez cadavérica cubría su rostro.

La infeliz permaneció inmóvil y con la mirada fija en su madre.

Acrescentaba la agitacion de ésta, y como si no pudiera dominarse, añadió despues de algunos momentos con febril exaltacion:

—Ahora no nos mira el mundo, no nos escucha, y puedo decirlo todo. Tú me comprenderás, hija mia, porque tienes un gran corazon... Yo no vivo como las demás criaturas, no gozo con lo que todos gozan, y hay recuerdos que tienen para mí un valor que nadie puede apreciar. Y sin embargo, algunos de esos recuerdos, son tristísimos, dolorosos, amargos...

—¡Madre mia!...

—Tambien los sacrificaré, no lo dudes, los sacrificaré sin vacilar,—repuso doña Juana arrebatadamente.

—No, y mil veces no...

—Es forzoso...

—¡Jamás!

—Mira,—dijo la viuda extendiendo un brazo y señalando hácia un pequeño Crucifijo de talla que habia sobre un precioso mueble de ébano,—mi honrado padre, mi virtuosa madre, tu padre tambien oprimieron al espirar entre sus manos y contra su pecho esta imágen santa... Es una joya de arte, y un recuerdo que para mí tiene más valor que todos los tesoros del mundo.

—¡Basta, madre mia!...

—Y el medallon con esmeraldas que...

—¡En nombre de Dios! Basta ya.

—Todo, sí, todo lo sacrificaré... ¡Ah!...

Hubiérase dicho que instantáneamente se agotaban las fuerzas de la viuda.

Volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho, y ocultó el rostro entre las manos.

Eloisa, por el contrario, sintió que renacian sus fuezas.

—Ningun sacrificio,—dijo enérgicamente;—ninguno mientras yo viva. ¿Tan menguada de espíritu me crees, mi querida madre?

—¡Pobre niña!... ¿Qué harás?

—Trabajaré.

—¡Trabajar!—murmuró con amargura doña Juana en tanto que llevaba el pañuelo á los ojos para enjugar sus lágrimas.

—Si.

—No conoces el mundo... ¡Cuánto has de sufrir el día que se desvanezcan tus ilusiones!

—Nada bueno espero, y por consiguiente, no tengo miedo á los desengaños. Yo tampoco vivo como todas las criaturas, no gozo como las demás...

—Ya lo ves, las ilusiones,—interrumpió doña Juana sonriendo con expresion de amargura.

—Son realidades para mí.

—Hija mia, yo me he visto en todas las si-

tuaciones que puede atravesar una criatura. ¡Si conocieses mi historia!... He sido pobre, ya te lo he dicho muchas veces, he trabajado para vivir honradamente, y... no me hacían sufrir las privaciones, no me espanta la miseria, pero he soportado todas las humillaciones, he devorado todas las amarguras.

—Lo repito, madre mía; como nada espero, no he de sufrir ningún desengaño.

—Vives en el mundo de las ilusiones... ¡Cuán dichosa eres... Del dicho al hecho hay gran trecho. ¿Qué sucederá el día en que no tengamos para vivir otro recurso que el de tu trabajo?

—Comprendo que me será imposible proporcionarle á usted todos los cuidados que necesita.

—Es lo de ménos, porque yo sacrifico con gusto mi existencia. ¿Para qué he de ocultarte lo que estás viendo? Hace pocos minutos te lo he dicho: mi vida es puramente artificial; pero esto no importa.

—Importa mucho.

—Lo cierto es que has de ver cómo el mundo te vuelve la espalda, y no da á tus virtudes ningún valor. ¿Qué harás entonces?

—Miraré desdeñosamente á ese mundo que juzga con tanta ligereza.

—Hija mía, déjame reflexionar algunos mo-

mentos para coordinar mis ideas, y luego escúchame.

La madre y la hija quedaron en silencio.

El sufrimiento de Eloisa se aumentaba rápidamente.

Aun no comprendía la situación, puesto que su madre no le había dado explicaciones.

Pensaba siempre la joven en la visita del señor de Morlan.

¡Niña infeliz!

Al fin doña Juana dijo con grave tono:

—Permíteme hacer suposiciones.

—Nada cuestan, madre mía.

—Pues bien, supón que hay un hombre enamorado de tu belleza.

—Lo supongo.

—Cuando busquemos refugio en una boharedilla, y tú no veas más que una de tantas infelices que trabajan y luchan para vivir...

—Si me ama verdaderamente ese hombre imaginario, su ternura será mayor, porque le interesará doblemente mi desgracia.

—Te equivocas.

—No, no, —dijo con vehemencia Eloisa.

—Ningún hombre de cierta posición se atrevería á dar su nombre á una infeliz que tiene que ganar el sustento con su trabajo.

La suposición era demasiado horrible.

Latió con violencia el corazón de la joven.

No pudo articular una sílaba.

Otra vez quedaron silenciosas las dos mujeres.

—Imposible, imposible.

—Quiero vivir para tí,—repuso su madre;—pero desgraciadamente moriré al hacer el último sacrificio de mis recuerdos, al verme privada de todos los medios que artificialmente sostienen mi existencia. No quiero desvanecer tus ilusiones, por que el tiempo y las circunstancias se encargarán de hacerlo. Vive dichosa, hija mía, y... Nada más.

—Guarda usted algun secreto horrible,—se atrevió á decir la joven.

—Ninguno.

—Las palabras de usted...

—Ya lo he dicho, estamos arruinadas.

—No tanto: nos quedan algunos recursos y podemos vivir con decoro.

—¿Qué dirías si mañana se presentase un nuevo acreedor que tuviera derecho á poner la mano sobre tu herencia?

—Me parece que es una locura suponer lo imposible.

—Responde, Eloisa.

—Todos los acreedores están satisfechos.

—¿Y si queda otro?

—No lo creo.

—Preciso es que conozcas la situación.

—Quiero conocerla.

—Antes de veinticuatro horas se nos habrá presentado quien tiene derecho á despojarnos de todo.

La jóven exhaló un grito.

Fijó en su madre una mirada de espanto.

—Tus ilusiones empiezan á desvanecerse,—añadió la viuda.

—¡Dios mío!...

—Esta noticia nos la ha traído el señor de Morlan.

—Siempre lo he mirado con horror, y ahora tengo la prueba de que no me ha engañado mi instinto.

—No ha venido para mortificarnos don Pedro, sino para prevenirnos y ofrecernos su fortuna con una generosidad que apenas se concibe. ¿Conqué derecho lo acusáramos?... Una série de casualidades y coincidencias le ha hecho conocer nuestra situación, y queriendo evitar que nos encontremos en la miseria más horrible, me ha ofrecido toda clase de recursos.

—Entonces...

—Pero cuando nos veamos despojados del resto de nuestra fortuna, nos será imposible pagar á nuestro bienhechor.

—Y sin embargo, así debe comprenderlo el señor de Morlan.

—Nada se le oculta.

—Nos ofrece una limosna,—murmuró sorprendamente la jóven.

—He querido conocer la causa de tanta generosidad, y creo haberla encontrado en el corazón de nuestro amigo.

—Indudablemente, su corazón...

—Oye, hija mía, y olvida lo que voy á decirte.

—Ya escucho.

—Tal vez me equivoco.

—¿Qué importa si nadie nos escucha?

—Don Pedro de Morlan te ama.

Estas palabras produjeron un efecto inexplicable en Eloisa.

La conversacion debia terminar.

No era posible que la jóven infeliz pidiera más explicaciones.

Tampoco debia darlas la viuda.

Por algunos momentos se contemplaron ambas.

Parece que debian haberse dicho lo que sentian; pero no sucedió así.

¿Porqué se mostraban mutuamente recelosas?

Esto se explica perfectamente en la viuda, á quien conocemos ya; pero en su hija no se comprende.

¿Qué pasaba en el alma de la jóven?

¿Porqué temblaba?

Echaba algo de ménos, algo de que no acertaba á darse cuenta.

Largo rato pasó sin que articulasen una sílaba.

¿Cómo debia terminar la escena?

Como ménos se esperase.

Eloisa se puso en pié.

—¿Á dónde vas?—le preguntó su madre.

—A mi gabinete.

Iba á replicar doña Juana; pero sonó una campanilla.

—¿Quién puede ser?—murmuró la jóven.

—Supongo que nuestro amigo Alberto.

—Tal vez.

—Recíbelo tú, dile que ahora descanso, y luego lo veré.

—Como dispongas.

Instantáneamente cambió de expresion el rostro de Eloisa.

Su corazon latió con violencia.

¿Quién era la persona á quien acababan de nombrar?

Vamos á darla á conocer.

Presentóse la criada, diciendo:

—El señorito Alberto.

—Que pase á la sala.

No pudo contenerse Eloisa y exclamó:

—¡Ah!... Hé aquí un corazon que no ha de abandonarme.

—El tiempo es el mejor testigo,—replicó doña Juana irónicamente.

—Madre mia...

—Déjame ahora.

La jóven salió, y bien pudiera decirse que llevaba la muerte en el alma.

CAPITULO IV

Quien era el hombre á quien amaba Eloisa.

* Las últimas palabras que habia pronunciado Eloisa eran una confesion, y en otras circunstancias su madre le hubiera pedido explicaciones; pero en aquellos instantes no lo hizo y aparentó no comprender toda la importancia de lo que oia.

Menester es que el lector vaya conociendo la situacion de todos.

La jóven amaba y era correspondida.

Por razones que muy pronto dejaron de ser un secreto, habia ocultado su amor.

Doña Juana fingió que de nada se apercibia: pero era sobradamente astuta para que la engañase su hija inocente.

Desde luego diremos que el hombre amado

por Eloisa era digno de la ternura de la mujer más sublime y virtuosa.

Pocas veces la casualidad ó la Providencia reúne dos criaturas que por sus condiciones especiales puedan mutuamente hacerse tan felices.

El hombre amado era el que acababa de entrar, el llamado Alberto, que contaba con recursos para vivir decorosamente sin que apenas pudiera decir como vivía, y que no podía justificar su derecho al nombre que llevaba, puesto que no sabía á quien debía su existencia.

Ninguna de estas circunstancias, que eran un secreto para el mundo, las ignoraba Eloisa.

Había tenido este miedo de que su madre se opusiese á su amor; y he ahí porqué había callado y esperaba que nuevas situaciones la favoreciesen.

Nunca supuso Eloisa que una mira interesada impulsase al jóven Alberto, y he ahí por qué había dicho que aun había en el mundo corazones que la amasen en todas las circunstancias y á despecho de los más terribles golpes de la adversidad.

No se equivocaba Eloisa: Alberto era un gran corazón, uno de esos espíritus elevados contra los que nada pueden las preocupaciones estúpidas del mundo.

Empero las circunstancias debían hacerlo aparecer alma mezquina sin que él se apercibie-

se, sino que por el contrario creyese que cumplia los más sagrados deberes.

Intrigas las más horrorosas tenemos que dar á conocer.

En pocos momentos brotaron en la mente de Eloisa más ideas que en el trascurso de muchos años; en pocos momentos experimentó muchas y muy encontradas emociones.

Decimos que en pocos momentos, porque no fué más que durante el corto espacio de tiempo que tardó en ir desde el gabinete de su madre, á la sala donde esperaba Alberto.

La imaginacion discurre muy aprisa, porque no tiene necesidad de emplear el tiempo en pronunciar palabras.

La viuda no habia dado explicaciones; pero habia dicho bastante para que se comprendiese que iba á cambiar la situacion, principiando otra muy crítica.

No puede concebirse lo que sufrió la infeliz jóven en aquellos instantes.

Estaba arruinada, iba á encontrarse muy pronto en medio de la miseria y á cambiar de condicion, puesto que tendria que apelar al recurso del trabajo, á convertirse en pobre obrera para sostener á su achacosa madre.

Una duda horrorosa atormentó á la sublime Eloisa. Sin embargo, se esforzaba para evitar que su rostro no revelase lo que sentia.

Entró en la sala.

Allí estaba Alberto.

Representaba este unos ventiseis ó veintisiete años, era de regular estatura, y la naturaleza lo habia dotado de hermosura varonil.

Sus grandes y negros ojos tenían una expresion de profunda melancolía, si bien algunas veces brillaba en ellos el fuego de un alma impetuosa y ardiente.

Dos prematuras arrugas se marcaban entre sus cejas.

Apurados nos vemos para dar á conocer con toda exactitud al jóven, y casi no nos atrevemos á decir que su juventud tenía ese sello inequívoco, no de la virilidad, sino de la vejez.

Indudablemente habia sufrido mucho y aun sufría; pero sus dolores no eran de esos que pueden publicarse, porque no los comprende el mundo.

Púsose en pié al ver á Eloisa.

Estrecháronse la diestra ambos jóvenes.

Contemplarónse con mirada profunda.

No podemos repetir palabra por palabra la conversacion, por que el valor de esta no consistia en las frases que se pronunciaban, sino en la intencion, en el sentimiento que las habia dictado.

Dominábase Alberto y no decia todo lo que hubiera querido decir, porque esperaba que de un momento á otro se presentase la viuda, y él

no tenía derecho á representar allí más que el papel de un amigo cualquiera.

Cerca de media hora trascurrió.

No era posible que se le ocultase al jóven que Eloisa sufría; pero no se atrevía á preguntar la causa.

Daba una y otra vez nuevo giro á la conversacion Alberto sin conseguir lo que deseaba.

Agotóse al fin su paciencia y exclamó:

—¡Eloisa!

Estremecióse la jóven,

Hízose más densa la palidez de su rostro.

Iba á responder; pero en aquel momento se levantó una cortina y apareció doña Juana.

Cambiaba la escena.

Cruzáronse esas frases de pura fórmula que nada significan.

Hablóse de todo ménos de nada que tuviese interés, y despues de otros quince minutos levantóse Alberto y se dispuso á salir.

—¿Hasta cuando?—le preguntó la viuda.

—No sé, si bien deseo que muy pronto la casualidad me proporcione la ocasion de verlas á ustedes.

La viuda desplego una sonrisa y repuso:

—Tengo necesidad de hablar con usted.

—Estoy á sus órdenes, señora.

—Pero es un asunto mio, exclusivamente mio.

—¿Qué importa eso?

—Que no quiero que nos escuche mi hija,—
dijo doña Juana con tono de broma,—y además
necesito coordinar mis ideas.

—Entonces...

—Deje usted pasar tres ó cuatro días.

—Y apenas se cumpla el plazo vendré á po-
nerme á disposicion de usted.

—Se trata de una tontería, pero que tiene
mucho importancia para mí.

—Todo es relativo, señora.

—Abrigo la esperanza de que sabrá usted
comprenderme.

—Dios lo quiera.

—Sí, sí,

Terminaron de este modo la conversacion.

Despidióse Alberto y salió.

CAPITULO V

El acreedor.

Doña Juana queria evitar en aquellos momentos nuevas explicaciones con su hija, y volvió sola á su habitacion con pretexto de que queria reposar hasta la hora de comer.

Así pudo Eloisa entregarse con entera libertad á las tristísimas reflexiones á que daba lugar la crítica situacion que principiaba aquel dia.

Lo hemos dicho ya; á la jóven no le espantaba la pobreza más que por su madre, porque creía que ésta no podria vivir sin los cuidados que hasta entonces había tenido.

Equivocábase Eloisa, y su error era hijo de su buena fe.

La viuda estaba enferma; pero no tanto como

parecia. Conveníale fingir para inspirar interés mayor á su hija, para obligar á esta á que hiciese todo género de sacrificios.

¿Cómo habia de sospechar la jóven que su madre exageraba en cuanto á la gravedad de su dolencia?

Semejante duda hubiera sido una ofensa que no podia inferir Eloisa á la persona á quien más amaba y respetaba.

Firme era su propósito de trabajar sin descanso, ya lo habia dicho; pero no se le ocultaba que apenas para alimentarse mal produce á la mujer su trabajo, y que por consiguiente, le seria imposible proporcionar á su madre cuanto necesitaba, y doblemente imposible procurarle la tranquilidad de espíritu sin la que parecia que no habia medio de sostener la existencia de la viuda.

¿Qué hacer en semejante situacion?

Un hombre en el mismo caso, hubiera podido adoptar muchas resoluciones; pero la sociedad ha cerrado á la mujer todos los caminos.

No tenian parientes á quienes acudir en semejante apuro, y en cuanto á los amigos...

Don Pedro de Morlan; éste era el único que generosamente ofrecia su bolsillo á las dos infelices mujeres.

¡Pobre Eloisa!

Temblaba al pensar en el anciano.

Su proteccion infundia pavor á la jóven.

¿Por qué?

No lo sabía.

Era instintivo el horror que le inspiraba don Pedro, y lo que es instintivo no se explica.

¿Por qué el señor de Morlan se mostraba tan generoso?

Muchas veces se hizo esta pregunta Eloisa.

Luego recordó todas las palabras de su madre.

¿Qué debía deducir?

Las deducciones las había hecho ya la viuda, diciendo bien claramente lo que pensaba: el señor de Morlan amaba á Eloisa.

Y el corazón de ésta era de Alberto.

¿Era preciso que la infeliz joven fingiese un amor que no sentía?

Preciso era si había de aceptar los ofrecimientos del anciano, mostrándose agradecida.

A este punto llegaron las reflexiones y cálculos de Eloisa, y tuvo que interrumpirse, porque creyó que había llegado el caso de elegir.

Hé aquí cómo la desdichada planteó la cuestión.

Había dos hombres que la amaban, el señor de Morlan y Alberto.

El primero era rico.

El segundo, huérfano, sin nombre y sin más fortuna que su carrera de abogado que acababa de concluir, podría con el tiempo ofrecer á las

dos mujeres toda la proteccion que éstas necesitaban.

Don Pedro amaba á Eloisa á pesar de que ésta se encontraba en el camino de la miseria más espantosa.

¿No haria lo mismo Alberto?

Para apreciar la situacion con exactitud, repetiremos algunas de las frases que pronunció la jóven:

—Alberto me ama,—decia,—y es uno de esos espíritus sublimes que miran con desden las miserias del mundo. Ha concluido su carrera y empieza á ganar lo suficiente para vivir y sostener con decoro una familia. Si mañana fuese yo su esposa, mi madre tendria cuantos cuidados necesita para prolongar su existencia, porque si no con lujo, con decoro y con ciertas comodidades podríamos vivir. Sí, Alberto me ama verdaderamente, y tengo la seguridad completa, la conviccion profunda, de que ha de amarme más cuando sepa que estoy arruinada.

No se equivocaba Eloisa al apreciar los nobles sentimientos del jóven, y sin embargo, era posible y aún probable, que la amargura del desengaño envenenara su alma.

¿Por qué habia de aceptar los ofrecimientos del señor de Moñlan?

No, no los aceptaria, porque le quedaba un protector, que era Alberto.

Estas ilusiones tranquilizaron á Eloisa.

Las ilusiones se desvanecen como una bocanada de humo en el espacio.

¡Pobre niña!

Llegó el día siguiente.

Doña Juana dijo que se encontraba mejor, y á las diez salió para ir á rezar al templo más inmediato.

Media hora después la criada entró en el aposento donde se encontraba la infeliz Eloisa, diciendo:

—Un caballero acaba de llegar.

—¿Y quién es?

—Dice que viene para tratar de asuntos de gran interés y que lo mismo le importa verla á usted que á su mamá.

El recién llegado no podía ser otro que el nuevo acreedor.

—Que pase,—dijo Eloisa.

Y acudiendo á todas las fuerzas de su espíritu privilegiado, hizo lo posible para presentarse con la calma que en aquellos momentos le convenia.

Fué á la sala, donde encontró á un hombre que parecia frisar en los cincuenta y cinco, de escasa estatura, de abultadas formas, de complexion apoplética, con ojos hundidos, pequeños y rodondos, cejas salientes, mejillas amoratadas y frente casi oculta por una cabellera espesísi-

ma y áspera, que se esparcía desordenadamente en desiguales anillos.

Respiraba fuertemente y con dificultad.

Sus pequeños ojos brillaban con todo el fuego de la juventud.

Entreabría los labios para sonreír como la criatura más dichosa del mundo.

De su ropaje nada podía deducirse: no parecía ni pobre ni rico, ni de distinguidas maneras ni grosero.

Era un hombre como todos, una criatura vulgar.

En cuanto su obesidad le permitía, inclinóse y saludó á Eloisa con palabras hasta cierto punto corteses.

—Caballero,—dijo la jóven;—no tengo el gusto de conocerlo á usted.

—Así es la verdad, señorita, no tengo la honra de que nunca me haya usted visto.

—Mi madre ha salido.

—No lo ignoro.

—En su ausencia me tomo la libertad de ocuparme de algunos asuntos, y si usted quiere manifestarme el objeto de su visita, veré si puedo contestarle.

El hombre rechoncho dejó que se marcasse más claramente su benévola sonrisa y respondió:

—Ya sé que su muy respetable madre no se

ocupa de ningun negocio, porque su salud no se lo permite.

—Le han dicho á usted la verdad.

—Me parece que debo entenderme con usted.

—Segun.

—Señorita, la naturaleza ha querido darme un corazon sensible; pero al mismo tiempo la sociedad me ha impuesto ciertas obligaciones de que no puedo prescindir. Además soy padre de cuatro hijos, y tengo una esposa que es un modelo de virtudes, una santa, y por consiguiente, me considero con deberes muy sagrados y en la imprescindible necesidad de ocuparme de ciertos intereses que en otro caso despreciaria.

—Caballero, tengo la costumbre de respetar los derechos de todo el mundo.

—Ya me han dicho que es usted un ángel.

—Por desgracia soy una criatura como las demás.

—Ignoro si tiene usted noticias de todos los asuntos de su difunto padre, á quien Dios haya dado gloria.

—Creo que sí.

—En ese caso no debe usted ignorar que se me adendan cantidades de consideracion, cuyo origen ahora no es del caso.

—Si me dijese usted su nombre...

—Es humilde.

—¿Qué importa?

—Anacleto Ramírez,—dijo el hombre rechoncho, volviendo á sonreír con una dulzura sin igual.

—No recuerdo haber leído el nombre de usted entre todos los que constan en los apuntes y documentos que dejó mi buen padre.

—Es posible.

—Muchos acreedores se han presentado, y todos han quedado satisfechos.

—Eso habla muy en favor de los sentimientos de usted.

—He creído que nada más debía mi difunto padre, y por consiguiente, he dispuesto sin ningún escrúpulo del resto de mi fortuna.

—Sí, señorita; ha dispuesto usted hasta cierto punto.

—Como mejor me ha parecido.

—Es el caso que aún conserva usted bienes de los que heredó.

—No puedo negarlo.

—Y esos bienes estarán siempre afectos á las deudas contraídas por su respetabilísimo padre que debe gozar de eterna bienaventuranza.

—Es indudable.

—Antes de venir á reclamar he dudado mucho, he reflexionado; pero...

El señor Ramírez se interrumpió, cambió

instantáneamente de expresion su semblante, y exhaló un penoso suspiro.

—Tengo cuatro hijos,—murmuró tristemente.—No vivo para mí, sino para ellos, y por consiguiente me es forzoso ahogar los impulsos de mi corazon.

Sintió Eloisa que se revelaba fuertemente el sentimiento de su dignidad y replicó:

—Señor Ramírez, aún no he pedido ninguna gracia.

—Perdone usted, porque mi intencion...

—Si tiene usted derecho á lo poco que resta de nuestra fortuna, no hemos de ponerle á usted inconvenientes para que quede en posesion de lo que es suyo.

—Por mi honor le juro á usted que he venido con las mejores intenciones, aunque siempre poniendo á salvo lo que no me pertenece, lo que en realidad es de mis cuatro hijos.

—Si á usted le parece bien, concretaremos la cuestion.

—Su padre de usted me debia una cantidad respetable, treinta mil duros, y ya habia reconocido la legítimidad de esta deuda. Preguntará usted porqué no he reclamado antes, y la contestacion es muy sencilla.

—Nada pregunto.

—Mis negocios me obligaron á salir de Es-

pañã; emprendí un viaje á América, y allí he tenido que luchar con toda clase de obstáculos, ha tenido que emprender nuevos viajes y que sostener muchos pleitos. Vuelvo á España, y ya desembarazado de otros negocios, me ocupo de este para realzar en cuanto me sea posible mi fortuna.

—Está bien.

—Si tuvieran ustedes medio de garantizar satisfactoriamente mis intereses, podriamos venir á una transaccion honrosa y conveniente para todos.

Eloisa entreabrió los lábios para desplegar una sonrisa amarga.

Ninguna garantía le era posible ofrecer al señor Ramirez, puesto que ya habian hipotecado la casa, y los créditos que tenian contra el Estado estaban tambien como garantía en el Banco de España.

Tal vez el señor Ramirez no cobraria tan pronto como deseaba, quizás tendria que entablar un pleito interminable; pero el resultado era siempre el mismo.

—Creo,—repuso Eloisa despues de reflexionar,—que lo más conveniente para todos es fijar un plazo.

—Mucho lo siento; pero no puedo aceptar la proposicion.

—Caballero...

—Soy administrador escrupuloso de los bienes de mis hijos.

—Sin embargo...

—Si usted no puede pagarme, me garantizará satisfactoriamente el pago, y de no suceder así, acudiré á los tribunales, por más que en todos sentidos, me horroricen los pleitos.

Estas palabras las pronunció el señor de Ramírez con acento de firme resolución.

Púsose en pié y tomó su sombrero indicando que ya nada tenía que hacer en aquella casa.

Violentemente se estremeció Eloisa.

Volvió á pensar en su madre.

Empero también pensó en el hombre que la amaba con ciego frenesí.

Si Alberto se casaba con ella, no era la ruina tan completa ni tan espantosa como parecía.

Una vez casada le sería posible proporcionar con más ó ménos desahogo á su madre los cuidados que necesitaba.

Alberto había disfrutado y aun disfrutaba una pensión que llegaba á sus manos siempre misteriosamente; ya había concluido su carrera, tenía talento, era honrado y laborioso, y había de encontrar medios para hacer frente á cierta clase de obligaciones.

Todo dependía de que siguiese amando á

Eloisa cualquiera que fuese la situación en que ésta se encontrase.

La joven no dudaba, porque tenía ciega fe en el amor de Alberto.

Esta seguridad le infundió valor.

¿Por qué había de aceptar los ofrecimientos del señor de Morlan?

¿Para qué había de rebajarse hasta el punto de suplicar al señor de Ramirez?

—Caballero,—dijo Eloisa después de algunos instantes, y con todo el valor que le infundía su esperanza;—puede usted hacer uso de sus derechos, porque no tengo que ofrecerle otra garantía que la de mi buena fe.

—Vale mucho, señorita, muchísimo; pero desgraciadamente los legisladores no han querido dar á la buena fe ningún valor.

—Pues hemos concluido.

—Lo siento,—repuso el señor Ramirez, mientras suspiraba tristemente.

—Aguardo tranquila.

—No hablemos más.

El acreedor pronunció algunas palabras corteses, y salió.

Eloisa inclinó la cabeza.

Quedó inmóvil.

Después de algunos minutos dejó ver su rostro pálido y contraído.

—¡Ah!—exclamó.—Alberto me salvará.

Fué á su gabinete, tomó la pluma, y escribió lo siguiente.

«Alberto, tenemos que hablar de un asunto muy grave. De cuatro á cinco de la tarde me encontraré en completa libertad. Los días de prueba han llegado para nosotros; pero me tranquiliza la seguridad de que tu corazón es siempre el mismo.

»Te aguarda con impaciencia,

ELOISA.»

Pocos minutos después la sirvienta iba á llevar esta carta.

Lucharé y triunfaré, decía enérgicamente la joven.

¡Infeliz!

Si conociese más el mundo, no hubiera abrigado semejante esperanza.

Dejaremos pasar algunas horas, y veremos si el amante de Eloisa era tan noble y desinteresado como acabamos de suponer.

CAPITULO VI

Los dos amantes.

Doña Juana estuvo aquel día lo mismo que el anterior, mal, muy mal.

También fué preciso llamar al médico, que recetó porque sabía muy bien que había de ser sustituido si cambiaba de sistema.

Dijo la viuda que necesitaba buscar remedio también para su espíritu, y que solo podía encontrarlo en el templo.

—Pues vamos,—le contestó la joven.

—Quiero que te quedes.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razón de que si me acompañases me sentiría violenta.

No hubo medio de hacer cambiar de resolución á doña Juana.

Antes de las cuatro salió para ir al jubileo á la iglesia más próxima.

No quiso que la acompañase ni siquiera la criada.

No debía volver hasta las seis.

Eloisa estaba, pues, en la más completa libertad.

Aun no eran las cuatro y cuarto, cuando se presentó Alberto.

Revelaba éste en su semblante su agitacion profunda.

—¡Eloisa!—exclamó.

La jóven inclinó tristemente la cabeza, y exhaló un suspiro.

Quedaron inmóviles.

Contempláronse con mirada indefinible.

—¿Qué sucede?—preguntó el jóven con indescriptible afán.

—Mucho y nada.

—Eso es incomprensible.

—Ninguna desgracia.

—Entonces...

—Tú me comprenderás,—replicó Eloisa, levantando la cabeza y entreabriendo los labios para sonreir con una dulzura y un encanto sin igual.

—Me pones en gran apuro.

—Tranquilízate, Alberto.

—Ayer te ví preocupada.

—Por que me han hecho cavilar mucho.

—Y hoy me escribes...

—Para que vengas, y darte á conocer la situacion.

Se contrajo la frente de Alberto.

Empezaba á perder la tranquilidad.

—Explicate,—dijo despues de algunos momentos.

—A cualquiera le pareceria muy grave lo que tengo que decirte; pero á tí te parecerá muy sencillo.

—Nada me ocultes, Eloisa, nada me ocultes,—dijo Alberto en tanto que fijaba en la jóven una mirada de ansiedad indescriptible.

Eloisa volvió á sonreir, y poseida siempre de la ciega fé de su amor inextinguible, dijo con una sencillez encantadora:

—Estamos arruinadas, completamente arruinadas...

—¡Eloisa!...

—En el umbral de la miseria, de todas las privaciones, del hambre,—añadió la jóven con fria tranquilidad.

Lo que sintió Alberto, no puede concebirse.

Lívido se tornó su rostro.

Con desigual violencia latió su corazon.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente.

Quiso hablar y no pudo.

No le espantaba la ruina de las dos mujeres por los sacrificios que él tuviese que hacer, sino por lo que Eloisa tuviese que sufrir.

Para comprenderse no necesitaban más aquellas dos criaturas sublimes.

Largo rato pasó.

Poco á poco fué Alberto recobrando la calma.

Tambien concluyó por desplegar una leve sonrisa.

—Tranquilízate,—dijo,—que la situación no es tan negra como te parece. La mujer es impresionable, y así se explica que no hayas reflexionado.

—Te equivocas.

—Perdóname si te digo algo desagradable.

—No lo digas, por que lo adivino.

—Veamos si es verdad.

—He debido tener confianza en tí.

—No te equivocas.

—Y la he tenido, completamente ciega.

—Entonces...

—Pero como no conoces ciertos detalles.

—Ya los conoceré.

—Alberto, escúchame.

—Antes quiero yo hablar.

—Puedes hacerlo.

—En su mayor parte desaparecieron los bienes que habías heredado.

—Sí.

—Y lo poco que os queda no alcanza para cubrir las obligaciones que habeis contraído, de lo cual resulta que de la noche á la mañana habeis de encontraros sin recursos ni aun para cubrir las primeras necesidades de la vida.

—En cuanto al resultado final no te equivocas, si bien las circunstancias...

—Lo que importa es el resultado.

—Sufro por mi madre gravemente enferma, mi pobre madre, cuya vida se sostiene en fuerza de cierta clase de cuidados que hay que comprar á peso de oro. A mí no me espanta la miseria, estoy dispuesta á trabajar noche y dia; pero...

—Basta,—interrumpió el jóven.

—Aun no he concluido.

—Deseo que me contestes á las preguntas que voy á dirigirte.

—Quedarás complacido.

—¿Me amas, Eloisa?

Se estremeció la jóven.

Su mirada se fijó profundamente en Alberto.

No era menester preguntar lo que su alma sentia, porque lo expresaban sus magníficos ojos.

Sus corazones latian con violencia.

Desde aquel instante pasó para ellos el tiempo con una rapidez inconcebible.

Eran las criaturas más dichosas del mundo.

—¡Eloisa!..

—¡Alberto!

Después de largo rato se oyeron pronunciar estas palabras con acento indefinible.

Luego preguntó el joven:

—¿Has dudado de mi amor?

—No,—respondió Eloisa con vehemencia.

—Gracias.

—En tu amor tengo ciega fé.

—Soy pobre, pero mi carrera me proporcionará recursos para vivir decorosamente, y muy pronto estaremos unidos por un lazo indisoluble.

—Debes pensar...

—Te amo, mi pasión es inextinguible, sin tí la vida me es odiosa, y te juro...

—No necesito juramentos.

—¡Qué felices vamos á ser!

La situación se había salvado, puesto que casándose Eloisa con Alberto, nada faltaría á la viuda.

Y no era posible dudar que el joven cumpliera su palabra.

Iban á continuar la conversacion, pero se levantó una cortina y se presentó doña Juana; exclamando con tono de sorpresa:

—¡Ah!... Usted aquí, mi buen amigo... Me alegro mucho.

—Ha pasado por la calle, me ha parecido bien subir...

—Ya sabe usted que tenemos que hablar,—

repuso la viuda mientras estrechaba la diestra de Alberto.

—No lo olvido.

—Pues la ocasion es oportuna.

—Estoy á las órdenes de usted.

Eloisa, dando una prueba de discrecion, despidióse de su amante, y salió del aposento.

—Mi buen amigo,—dijo doña Juana;—venga usted por aquí.

Alberto siguió á la viuda.

No era posible adivinar lo que ésta se proponia.

La escena que iba á tener lugar debia ser profundamente desgarradora.

El rostro de doña Juana empezó á contraerse.

Su mirada se tornó sombría.

Abrió una cómoda, sacó una caja, y de ésta unos papeles atados con una cinta negra.

—Amigo mio,—dijo,—síntese usted aquí, á mi lado.

—Con el mayor gusto.

—Es de muy grave importancia el asunto de que hemos de ocuparnos.

—Lo cual prueba que usted me honra con una confianza sin límites.

—Nada tendrá usted que agradecerme cuando se convenza de que hago de la necesidad virtud.

—No comprendo...

—Escúcheme usted.

Alberto quedó inmóvil y con la mirada fija en doña Juana.

¿Qué se proponía ésta?

No era posible adivinarlo.

¡Pobre Alberto!

Muy pronto había de sentir el alma destrozada.

CAPITULO VII

Un secreto horrible.

Alberto no hubiera podido explicar lo que sentia.

Experimentó un malestar indefinible, como si repentinamente se hubiera sentido agoviado por un peso enorme.

Trabajosamente respiraba.

Su instinto le anunciaba desdichas las más espantosas.

En los lábios de la viuda se dibujó una sonrisa desgarradoramente amarga.

No debemos olvidar que la situacion estaba resuelta con el casamiento de Eloisa y Alberto.

La jóven se consideraba ya feliz, y su aman-

te habia creído llegar al colmo de la dicha, porque iban á realizarse sus amorosas aspiraciones.

Esto era todo lo que podian desear, y bien puede decirse que habian llegado á la risueña cumbre de sus ilusiones más gratas.

¿Se encontrarían de repente en el negro abismo de todos los sufrimientos?

La sorpresa produce siempre efectos terribles.

Al jóven le esperaban sorpresas como no hubiera podido ni siquiera concebirlas.

Gradualmente fué desapareciendo la sonrisa de doña Juana.

No es posible imaginar nada más severo que su rostro en aquellos instantes.

Tenia algo de imponente y de terrible.

Inclinó la cabeza, cerró los ojos como si quisiese coordinar sus ideas, y luego dijo con grave tono:

—Dios es testigo de que las circunstancias me obligan á dar este paso.

—Señora...

—Permítame usted que ante todo desclare que es usted digno de la estimacion del mundo, y que reconozco la elevacion de las ideas de usted y la delicadeza y nobleza de sus sentimientos.

— Gracias, señora.

—Nada tenemos que agradecer cuando se nos hace justicia.

—Sin embargo...

—Voy á continuar.

—Otra vez escucho.

—La situacion es mucho más grave y más crítica de lo que usted puede imaginarse, y si he de hablar con exactitud, debo decir que mi situacion es horrible.

—Tenga usted presente que lo peor que puede sucederle á la criatura es desalentarse, perder la esperanza, dejar que la fe se entibie.

—No se trata de temores para lo porvenir, sino de lo que sucede, de lo que ya ha sucedido y no puede remediarse. Supungo que Eloisa, con la ciega confianza que usted le inspira...

—Nada me ha ocultado,—dijo Alberto,—esta es la verdad.

—Apruebo su conducta.

—Y me parece que la desgracia, sino completamente, puede remediarse en su mayor parte.

—Se remediaría si todo fuese cuestion de intereses, de la ruina que nos amenaza, porque contra este golpe está la nobleza y la generosidad de usted.

—Mis deberes, que sabré cumplirlos.

—Ya lo sé.

—Entonces...

—Ante todo me permitirá usted hacerle algunas preguntas.

—Contestaré con franqueza.

—¿Ama usted mucho á Eloisa?—repuso la viuda, mientras fijaba una mirada penetrante en el jóven.

—¡Que si la amo!—exclamó este.—Mi pasión es inextinguible, es uno de esos sentimientos que todo lo dominan.

—¡Pobres criaturas!—murmuró tristemente doña Juana.

Y dejó escapar un suspiro penoso.

Luego añadió:

—Nada me ha dicho Eloisa de sus sentimientos, y por consiguiente no he podido comprender que llegase á tal extremo la ternura de usted. Lo siento, lo siento muchísimo.

—¿Y por qué?

—Porque la fatalidad abre un abismo entre los corazones de ustedes.

—Reconozco mi torpeza.

—Una série de casualidades y de coincidencias me han dado á conocer secretos de muchísima importancia.

Alfredo siguió mirando con ansiedad á la viuda.

Hubiérase dicho que doña Juana tenía miedo de continuar la conversacion, lo cual era una prueba de la gravedad del asunto, y probaba

también que efectivamente la situación era muy crítica.

Trascurrieron algunos minutos sin que pronunciasen una palabra.

Al fin la viuda rompió el silencio para decir:

—Ignora usted quienes han sido sus padres.

Cadavéricamente pálido se tornó el rostro de Alberto.

Acababan de herir una de las más delicadas fibras de su corazón.

Hizo un esfuerzo sobrenatural y con voz insegura preguntó:

—¿Y usted lo sabe?

—Sí,—contestó doña Juana con breve acento.

—¡Ah!—exclamó el joven sin poder dominarse y como trastornado por un vértigo.—Dígame usted el nombre de mis padres y le deberé más que la vida.

—Tengo que destrozar su corazón...

—Señora, sufro mucho y...

—Calma, mi buen amigo.

—¡Calma!... Imposible.

—Dejando para otra ocasión los detalles, me ocuparé de una historia verdaderamente horrible por sus consecuencias.

El desdichado Alberto apenas *podía respirar.

Latía violentamente su corazón.

Volvió á quedar inmóvil como una estatua.

Abrianse sus ojos como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Su mirada intensa quedó fija en la viuda con una expresion de afán indescriptible.

—Soy una criatura débil,—dijo doña Juana,—y más de una vez me he dejado arrebatarse por el torbellino de las pasiones. Creí en los falsos juramentos de mi seductor, y en un instante de delirio manché mi honra.

—Pero...

—Una niña fué el fruto de mis debilidades.

—Eloisa,—murmuró Alberto con apagada voz.

—Se equivoca usted.

—¿Tuvo usted otra hija?

—Una que está en el cielo, porque murió cuando aún no habia cumplido los tres años. Me vi abandonada, sin parientes, amigos, ni recursos, y tuve que soportar todos los horrores de la miseria.

—¡Desdichada!...

—Me propusieron entonces criar otra criatura fruto de una debilidad y testimonio de una deshonra, y así me encontré con dos hijos, porque igualmente los amaba á los dos, pero el que comete una falta comete muchas, y dos años despues mi hija enfermó gravemente, queriendo la casualidad que al mismo tiempo mi seductor se sintiese atormentado por su conciencia y pen-

sasé en remediar en cuanto fuera posible el mal que habia hecho.

—Empiezo á comprender.

—Me casé con el hombre que me habia deshonrado; pero como ya no me amaba, concretóse á cumplir sus deberes, señalándome una pensión y reconociendo á nuestra hija.

—Ese hombre...

—Debía morir muy pronto; pero antes la pobre niña dejó de existir, y yo impulsada por la codicia, espantada ante la miseria que me amenazaba otra vez, trazé un plan que á usted debe parecerle horrible, porque en realidad lo es.

Alberto se pasó las manos por la frente que empezaba á inundarse de frío sudor.

Doña Juana prosiguió diciendo con grave tono:

—Declaré que la niña que habia muerto era la que habian puesto á mi cuidado, y no encontré ningun inconveniente porque el médico extendió la certificacion con el nombre que yo le dije; de este cambio debía resultar lo que sucedió: legalmente nuestra hija vivia, era la heredera de su padre, y por consiguiente...

—Basta, basta...

—Murió mi esposo; Eloisa heredó; yo he disfrutado de esos bienes; ella ha creído y sigue creyendo que soy su madre y con esta ilusion es feliz.

No se necesitaban más explicaciones para comprenderlo todo.

La llamada Eloisa, cuyo verdadero nombre era María, no era hija de doña Juana, sino la niña infeliz fruto de una debilidad y abandonada por sus padres.

La revelacion del secreto era tan grave como inesperada, y el jóven se sintió aturdido hasta el punto de que apenas podia darse clara cuenta de sus ideas.

Nada más horrible que aquella sustitucion de una criatura por otra, y que habia tenido por objeto el disfrutar de los bienes del esposo de doña Juana.

La Providencia habia sido justa, pues ya hemos visto cómo aquellos bienes habian ido desapareciendo y colocando á las dos mujeres en la más crítica situacion.

Verdad es que pagaban justos por pecadores, pues Eloisa era inocente y sufria tambien las consecuencias.

¿Y con qué fin revelaba la viuda este secreto?

Si la jóven era hija de la liviandad, no podia ser rechazada por Alberto, que se encontraba en el mismo caso.

—¡Pobre niña!—exclamó doña Juana sin dar tiempo á que el jóven hiciese ninguna observacion.—Vive con una ilusion que puede desvane-

cerse en un instante, pero esa ilusion la hace feliz. ¿Debo destrozar su corazon, dándole á conocer la verdad?

—No, no,—replicó vivamente Alberto.

—He cometido muchas faltas y no quiero cometer una más, cuyas consecuencias es imposible prever.

—Señora, en estos momentos mi cabeza es un caos.

—No me sorprende el aturdimiento de usted.

—Pero la situacion no cambia, porque yo amo á Eloisa lo mismo que siempre, y estoy decidido á ser su esposo.

—Antes de continuar esta conversacion es preciso que examine usted esos papeles,—repuso la viuda señalando á los que acababa de sacar de un cajon.

—¿Y para qué?

—Ahí están las pruebas de cuanto acabo de decir.

—No he puesto en duda las palabras de usted.

—Sin embargo...

—Continuemos, señora.

—Queda lo más terrible, lo más espantoso.

—Me sobra valor para luchar con todas las desdichas.

—Dios quiera que no se equivoque usted.

—Creo que no.

—¿Recuerda usted algunos detalles de los primeros años de su vida?

—Muchos.

—Me alegro, porque así será más fácil la comprobación de ciertos hechos.

—¿Qué tiene que ver mi infancia con el grave asunto que nos ocupa?

—Ambos están en íntima relación.

—No lo comprendo.

—Fué usted criado por una buena mujer que se llamaba Juana.

—Jamás la olvidaré,—dijo Alberto,—porque su ternura fué para mí la de una madre.

—Muchas veces le pidió usted explicaciones sobre el secreto de su existencia.

—Es verdad.

—Pero ella siempre se mostró muy reservada y se llevó el secreto al otro mundo.

—¿Cómo sabe usted todo eso?—preguntó el joven, que estaba cada vez más aturdido, porque apenas repuesto de una sorpresa, experimentaba otra.

—Sobre ese punto le daré á usted también las explicaciones más claras y terminantes.

—Prosiga usted, señora.

—Cuando tenía usted cinco años, su nodriza lo llevaba muchas tardes á pasear al campo.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Y siempre se detenía en una pequeña casa de apariencia humilde, y sobre cuya puerta se extendía una parra, cuyo verde follaje proyectaba agradable sombra.

—Y alrededor de la casa había muchas flores,—dijo Alberto con tono de la más tierna emoción.

—¡Qué gratos son esos recuerdos!... ¿No es verdad?

—No se borrarán de mi memoria.

—En aquella casita habitaba una mujer joven aún, y que cuidaba de una tierna niña.

—Señora, todos esos detalles...

—Juana le decía á usted que debía amar á aquella hermosa niña como puede amarse á una hermana.

Lo que Alberto sintió, no es fácil explicarlo:

Ya le fué imposible dominarse.

Acercóse á doña Juana, le asió las manos, se las estrechó con fuerza convulsiva, y dijo con febril exaltación:

—Señora, necesito más explicaciones, necesito pruebas, necesito... ¡Oh!... No lo sé... Estoy medio loco... ¿Cómo sabe usted todo eso?... ¿Quién era aquella mujer?... Y aquella niña de belleza ideal, que sonreía con la dulzura de un ángel... Y aquella casita, y las flores, y... ¡Dios mío!...

El jóven se pasó las manos por la frente, que sentía abrasada.

De muy buena gana la viuda hubiera desplegado una sonrisa de inmensa satisfacción, pero se contuvo.

Habia conseguido cuanto deseaba, produciendo en el amante de Eloisa el trastorno más profundo.

Ya no era posible que el jóven discurriese con claridad.

Doña Juana, despues de algunos momentos, añadió:

—Eloisa, ó más bien María, no es el testimonio de la primera falta de su madre, puesto que usted habia nacido antes que ella.

Estas palabras eran verdaderamente espantosas.

Alberto lanzó un grito destemplado.

Púsose en pié como impulsado por una sacudida nerviosa.

Abriéronse sus ojos, y se dilataron sus pupilas.

El extravío se pintó en su mirada.

—¡Mi hermana!—exclamó con voz sorda.

Sus fuerzas empezaron á desaparecer rápidamente.

Dobláronse sus rodillas.

Volvió á caer en el sillón, inclinando la cabeza, y ocultando el rostro entre las manos.

Reinó un silencio absoluto que no era interrumpido sino por el ruido de la respiración violenta de Alberto.

Borrasca espantosa agitaba su espíritu.

Sus ideas eran vagas.

Lo había esperado todo menos lo que sucedía.

Horrorizábase al pensar en su amor.

La viuda había desgarrado el alma de Alberto, y sin embargo, acababa de hacerle un gran beneficio, porque al revelar el secreto había evitado que se consumase una unión criminal.

Largo rato pasó.

Algunas lágrimas habían rodado por las mejillas de doña Juana.

Hizo esta un esfuerzo, ó pareció que lo hacía para dominarse.

—Una prueba,—dijo al fin;—esto no es más que una de tantas pruebas porque pasa la criatura.

Levantó Alberto la cabeza.

Su rostro estaba lívido y desfigurado.

—Señora,—dijo con débil voz;—jure usted que no se equivoca.

—Aquí están las pruebas.

—Sí, en cuanto á mi hermana; pero en cuanto á mí...

—Tendrá usted todas las que son posibles.

—Sí, las quiero.

Doña Juana se puso en pié, acercóse otra vez al mueble donde se encerraban aquellos secretos, y sacó un paquete de papeles sellado con lacre y atado con una cinta negra.

—Mi buen amigo, recobre usted la calma en cuanto le sea posible, y despues...

—Dios me dará fuerzas.

—No olvide usted que su pobre hermana será dichosa mientras crea que tiene una madre.

—Quiero sufrir yo solo.

—¡Alma generosa!

—Todo lo arrostraré antes que desvanecer la ilusion que á mi pobre hermana la hace feliz.

—Y nosotras soportaremos resignadamente la miseria, si el Omnipotente no quiere proporcionarnos remedio para nuestro mal.

—Cuanto poseo...

—Desgraciadamente no tiene usted otras riquezas que el producto de su trabajo.

—No se equivoca usted.

En pocos minutos habia sufrido mucho Alberto.

Tenia necesidad absoluta de descanso para coordinar sus ideas y poder reflexionar sobre su situacion.

Ya no habia de decir nada interesante la viuda, y para los dos era conveniente poner término á la enojosa conversacion.

Cruzaron algunas frases más que ninguna

importancia tenían, y el jóven se dispuso á salir.

—Mi buen amigo,—le dijo la viuda,—no se deje usted llevar de las primeras impresiones. Recobre usted la tranquilidad de que tanto necesita en estos instantes supremos.

—¡Tranquilidad!... ¿Cómo he de tenerla sabiendo que mi hermana sufre? Tiene en mi amor ciega fé; acabo de jurar que seré su esposo, y dentro de pocas horas me será preciso hacerle devorar toda la amargura del más horrible desengaño.

—El tiempo, la reflexion, mis consejos...

—Podrá consolarse Eloisa, llegará á ser feliz con otro hombre; pero siempre verá en mí á un miserable perjuro que ha destrozado su corazón.

—En eso precisamente consiste el sacrificio de usted, y así es como ha de dar una prueba de su abnegacion. Lo que nada cuesta, ningún mérito tiene. La conciencia de usted estará tranquila, y un día llegará en que no haya ningún inconveniente para que se ponga en claro el misterio. Entonces hará María justicia completa á los nobles sentimientos de usted, admirando como á la más grande de las criaturas á la que antes habia calificado de ruin y miserable.

Alberto se encogió de hombros con indiferencia verdaderamente estóica.

En su estado moral no era extraño que se debilitase su fé y que empezase á dudar de lo porvenir.

Las lecciones de lo presente eran demasiado duras y debian producir sus efectos.

—Señora,—dijo,—no me siento con valor para ver otra vez á mi pobre hermana, porque no respondo de lo que sucederia.

La viuda exhaló un penoso suspiro.

Estrechó la diestra del jóven y con voz ahogada por los sollozos murmuró algunas frases que no pudieron entenderse.

Hubiérase dicho que estaba anonada.

Alberto salió.

Repentinamente cambió de expresion el semblante de doña Juana.

Dibujóse en sus lábios una sonrisa burlona.

—Ahora ya será todo fácil,—dijo,—porque hemos quitado el principal estorbo. Este pobre muchacho es muy bueno; pero el porvenir que nos ofrecia no tenia en verdad nada de risueño para mí. Eloisa se habrá entusiasmado, porque está enamorada, y á los que aman como ella, todo les parece bien con tal de que se realicen las aspiraciones de su pasion. Temí que me costase más trabajo; pero la fortuna me ha protegido: ¿Qué diria don Pedro si hubiese presenciado la escena que acaba de tener lugar? En cuanto al mundo, nada debo temer: seguiré

siendo una santa y bien mirado, de lo que ha de suceder no soy responsable, pues la culpa es de las circunstancias, y lo será bien pronto de la debilidad de Eloisa. Si su virtud es tan firme como ella misma cree, que resista. Podrá sufrir su honra y quedar muy mal parada su reputacion; pero entonces yo me quejaré de tan horrenda desdicha, y en vez de acusarme, tendrá que compadecerme el mundo.

Por este estilo fueron todas las reflexiones que siguió haciendo doña Juana.

No repetimos todo lo que dijo en aquellos momentos, porque es demasiado repugnante.

¿Qué suerte esperaba á Eloisa y Alberto.

La más horrible.

¿Dejaria el jóven de amar cuando se hubiese convencido de que Eloisa era su hermana?

Tememos que sucediese lo contrario, y por consiguiente, que su tormento fuese insopor-
table.

¿Era verdad cuánto habia dicho la viuda?

A medias: Eloisa no era su hija, sino la niña que habian puesto á su cuidado y que habia quedado abandonada no sabemos porqué razon.

La viuda ignoraba quienes eran los padres de aquella infeliz criatura, y por consiguiente habia mentido al asegurar que fuese hermana de Alberto.

Con una habilidad admirable, con una astu-

cía que apenas se concibe, y valiéndose de medios que oportunamente daremos á conocer, habia conseguido hacer averiguaciones muy interesantes sobre la existencia de Alberto.

Demasiado bien sabia doña Juana que Eloisa tendria valor para resistir y soportarlo todo mientras se viese amada por Alberto; pero no sucederia lo mismo el dia en que sufriese un desengaño.

La situacion de la jóven iba á ser doblemente horrible; tendria momentos de desesperacion, y le amargura engendraria ideas las más peligrosas.

Despues de aquel golpe seria difícil que Eloisa creyese en la virtud ni en el amor.

Para la juventud no hay nada tan peligroso como el excepticismo.

¿Que sucedería cuando la jóven fuese exceptica.

Probablemente no querria seguir representando un triste papel en el mundo.

Y entretanto nadie tendria razon para acusar á doña Juana, ni siquiera á don Pedro de Morlan.

Antes de dar á conocer á otros personajes y otras intrigas, conviene que fijemos la situacion de la infeliz jóven, y veamos el efecto que en su alma producía el terrible golpe que le amenazaba.

CAPITULO VIII

Doña Juana prepara el ánimo de su hija.

Eloisa no habia sospechado, ni era posible que remotamente sospechase nada sobre el objeto de la conversacion que habian tenido su madre y Alberto, y por consiguiente, la desgraciada niña no pudo perder la tranquilidad, sino que por el contrario creyóse más y más feliz.

Su casamiento la libraba de la miseria: ya no le seria forzoso aceptar la proteccion de don Pedro de Morlan, y más ó ménos fácilmente podría seguir atendiendo á su enferma y querida madre.

No deseaba más dicha, ni era posible más en su situacion.

También se evitara el disgusto de cuestiones con el nuevo acreedor, á quien haría callar entregándole el resto de la herencia.

A estas gratas ilusiones se había entregado Eloisa en tanto que su madre hablaba con Alberto.

En su bellissimo rostro revelóse la tranquilidad de su espíritu.

Con el fuego de la alegría se animaron sus magníficos ojos.

Cuando se esperan los sufrimientos más horribles y de repente se nos presenta la felicidad. experimentase un bienestar inexplicable.

Mucho amaba Eloisa al noble Alberto; pero desde aquel día lo amó mucho más, pues ya no veía en él solamente al que correspondía con ternura inmensa á su ternura, sino también á su salvador.

Con impaciencia esperó la joven á que su amante saliese, porque necesitaba hablar de su dicha y tranquilizar completamente á su madre.

La alegría, cuando llega á cierto grado, lo mismo que el dolor, necesita el desahogo.

Percibió Eloisa el ruido de la puerta al cerrarse y exclamó con tono de extrañeza:

—¡Se ha ido sin verme!

Salió de su aposento y fué al gabinete donde estaba su madre.

Otra vez el rostro de esta habia cambiado de expresion y revelaba una tristeza dolorosa y profunda.

—Madre mia, somos felices.

—Tal vez,—respondió doña Juana.

Y sus lábios se entreabrieron para sonreír con amarga ironía.

La jóven guardó silencio y fijó en su madre una mirada escudriñadora.

¿Qué habia sucedido?

Quiso preguntar y no se atrevió.

Trascurrieron algunos minutos sin que pronunciasen una palabra.

Por fin la viuda rompió el silencio para decir:

—Siéntate, hija mia, porque la situacion es demasiado grave y tenemos que hablar.

—Pero...

—Tu reserva es inútil.

—¡Mi reserva!... ningun secreto guardo para usted.

—Ya sé que ha venido ese acreedor que ha de despojarnos de cuanto poseemos.

—Es verdad; pero al mismo tiempo la Providencia nos envia la salvacion.

—No olvido que don Pedro de Morlan...

—Madre mia, —interrumpió vivamente la jóven,—no necesitamos que el señor de Morlan nos proteja.

—¿Aún sigues creyendo que con el producto de tu trabajo nos será posible vivir decorosamente?

—Estoy convencida de que el trabajo de la mujer apenas produce para cubrir las primeras necesidades de la vida, y por consiguiente, no es así como pueden quedar mis aspiraciones satisfechas.

—Entonces...

—No ignora usted, porque debe haberlo adivinado, que Alberto me ama.

—¡Pobre niña!

—¿Le duda usted?

—No lo dudo: pero el amor no es bastante para vivir: se necesita dinero y...

—Alberto ha concluido su carrera, empieza a ganar, y como tiene talento y es honrado y laborioso...

—Indudablemente se creará una posición brillante.

—Y siendo yo su esposa...

—Hija mía, siento mucho que cometas la imprudencia de juzgar por el tuyo el corazón de los demás.

—El amor de Alberto es una verdad.

—Lo sería si aún conservase todos los bienes de tu herencia; pero arruinada, tan pobre como el último mendigo...

—No, no,—replicó Eloisa.

—Es muy doloroso; pero es preciso desvanecer tus ilusiones.

—¡Ilusiones!...

—Alberto no será tu esposo.

Sintió Eloisa como si la sangre se helara en sus venas.

Cadavérica palidez cubrió su rostro.

Con ansiedad indescriptible se fijó su mirada en la viuda.

Las terribles palabras de esta tenían mucho valor, porque acababa de hablar con el huérfano.

Sin embargo, á Eloisa le parecia imposible que Alberto fuese perjuro.

Si no la amaba ó no pensaba ser su esposo, ¿por qué acababa de prometer lo contrario.

Nadie lo habia obligado á pronunciar aquellos falsos juramentos.

—Posible es que me equivoque,—dijo la viuda despues de algunos instantes,—pero entre las ilusiones que forja tu candidez y la experiencia de mis años...

—¡Ah!...

—Así se aprende, hija mia, sufriendo desengaños; solo así se conoce el mundo, solo así puede apreciarse el humano corazon.

—Madre mia,—dijo la jóven con tono de súplica desgarradora,—disipe usted mis dudas,

deme usted á conocer la verdad... Si comprendiese usted lo que en estos momentos sufro... Hoy mismo Alberto juraba amarme siempre y...

—Los hombres no dan importancia á los juramentos de amor.

—¿Que no dan importancia á los juramentos?... Eso es demasiado horrible, madre mia.

—Pero es verdad,—repuso la viuda con una calma espantosa.

—Las promesas de Alberto han sido espontáneas.

—Pronto veremos quien se equivoca.

—Pero despues ha hablado con usted, y entonces...

—Le he dado á conocer nuestra situacion.

—Ya lo habia yo hecho.

—Y él me ha dado explicaciones sobre la suya.

—A mi tambien.

—Me he convencido de que reflexiona demasiado, que es un hombre muy juicioso, y que difficilmente se deja arrebatar. Piensa y lo que cree que no debe hacer, no lo hace, es decir, que se domina con más facilidad que otros, que es verdadero esclavo de su razon, porque siente poco y calcula mucho.

—Imposible, imposible,—replicó Eloisa, que siempre habia creido todo lo contrario de lo que estaba diciendo su madre.

—Esa es mi opinion.

—¿Puede usted equivocarse?

—Sí.

—Pues se equivoca usted, madre mia.

—El tiempo disipará nuestras dudas.

—Lo que deseo saber es si Alberto ha dicho algo terminante con respecto á nuestro amor y á las promesas que acalaba de hacerme.

—Nada.

—Me tranquilizo,—dijo la jóven, volviendo á respirar libremente.

Oprimióse el pecho.

Elevó al cielo una mirada de gratitud, porque creía firmemente que su madre se equivocaba.

¡Infeliz!

Bien pronto habia de sentir el terrible golpe.

No era posible que continuaran la conversacion mientras Eloisa no se convenciese de la horrible* verdad.

La viuda miró distraidamente hácia el balcon.

—Está despejado el cielo,—dijo.

—Sí.

—¿Quieres que salgamos?

—Como usted disponga.

—Me hace beneficio el aire libre en estos dias serenos.

—Pues vamos.

No hablaron más.

Media hora despues salian las dos mujeres y se encaminaban hácia el Retiro, entre cuyas arboledas decia doña Juana que experimentaba el más agradable bienestar.

Aquel día pasó sin que tuviese lugar ningun otro suceso digno de mencionarse.

CAPITULO IX

El desengaño.

A la mañana siguiente se veían en el rostro encantador de la joven, las señales inequívocas del insomnio.

En vano había esperado la noche anterior al hombre á quien amaba.

—¿Por qué no viene Alberto?—se había preguntado muchas veces la desdichada Eloísa.

Y muchas veces también recordó las terribles palabras de su madre.

Poco á poco iba la duda apoderándose del alma de aquella niña inocente.

Sin embargo, no había perdido la fé en los sentimientos nobles y en el amor de Alberto, y se tranquilizó creyendo que alguna ocupación imprevista y grave había detenido al joven.

Hasta las cuatro de la madrugada no consiguió Eloisa entregarse al sueño, que fué agitado.

Desde que se levantó empezó á contar religiosamente los minutos.

La viuda continuaba durmiendo á las diez de la mañana.

A esta hora resonó una campanilla, y pocos momentos despues la criada se presentó á la infeliz jóven para decir:

—Acaba de llegar el caballero que vino ayer, el señor Ramirez.

—Que pase á la sala.

Tal vez era preciso decidir en aquel momento.

El acreedor no se descuidaba.

—Vamos,—dijo la jóven.

Y fué á la sala, contestando al saludo de don Anacleto, que se sonreia con la misma dulzura que el dia anterior, y que se mostraba igualmente humilde.

—Señorita,—dijo,—he reflexionado, he calculado detenidamente, y he adoptado una resolucion.

—¿En qué consiste?

—En hacer efectivo mi crédito.

—¿Y para eso ha cavilado usted?

—Para algo más.

—Sepamos.

—Me permitiré decir lo que yo haría en lugar de ustedes.

—Si la deuda es legítima...

—Traigo los documentos.

—Entonces nos será preciso pagar, si es que para hacerlo así alcanza lo que poseemos.

—Faltará muy poco, pero si han de añadirse los gastos de un pleito, la diferencia será muy grande.

—No quiero pleitos.

—Suponiendo que ante todo desean ustedes la tranquilidad, he formulado una transacción, cuyo resultado sería el de quedar yo dueño de los pocos bienes que restan de la herencia de usted; es decir, de esta casa y de los valores que tienen ustedes en el banco.

—¿Y á eso le llaman usted una transacción?

—Sí, porque se evitarían cuestiones muy enojosas, y gastos considerables.

—Yo no puedo dar más de lo que tengo.

—Ciertamente.

—Y como usted lo exige todo...

—Y aun así perderé, porque es preciso tener en cuenta que despues he de pagar las cantidades que ustedes han tomado sobre esta casa.

—Comprendo.

El señor Ramírez sacó unos papeles, los presentó á la jóven, y le dijo:

—Aquí tiene usted copia exacta de los docu-

mentos que prueban mis derechos, y además, otro que pueden ustedes firmar si les conviene mi proposicion. En todo el dia de hoy tienen ustedes tiempo para asesorarse de persona competente, y si mi proposicion no se acepta, mañana mismo acudiré á los tribunales.

Eloisa tomó maquinalmente los papeles.

No acertó á responder.

Hízose más densa la palidez de su rostro.

Don Anacleto se puso en pié, pronunció algunas frases de pura cortesía, y salió.

La conferencia no habia podido ser más breve, pero tampoco más expresiva.

Largo rato permaneció inmóvil Eloísa.

Luego desdobló los papeles.

—¿Por qué tiemblo?—murmuró.

La verdad es que no debia temblar si conservaba la fe en el amor de Alberto.

La situacion era grave: pero estaba resuelta y nada debia temerse mientras el huérfano cumpliera su palabra.

Nada tenia que hacer entonces Eloisa, y colocando los papeles en un velador, empezó á examinarlos muy atentamente.

Las copias de que habia hablado el señor Ramirez probaban incontestablemente su derecho.

Podia reclamar cantidades muy crecidas.

Un pleito era inútil, y si algo se ganaba en

dilaciones, habia de perderse mucho más en disgustos y responsabilidades.

Indudablemente lo que más convenia era aceptar la transaccion.

¿Qué le importaba á la jóven hacerlo asi cuando su union con Alberto habia de librarla de la miseria?

Y sobre todo, si habian de quedar arruinadas, ¿para qué dilatar el desenlace?

No podia evitar la jóven que su madre se enterase del asunto minuciosamente, puesto que tambien la viuda tenia que firmar como tutora de su hija.

Media hora despues guardaba esta los papeles.

Dieron las once.

Doña Juana se levantó.

Quejábase como nunca diciendo que habia pasado una noche horrible, sin dormir apenas, y atormentada por espantosas pesadillas cuando conseguia conciliar el sueño.

No quiso almorzar.

Suspiró muy dolorosamente y habló con delicia del momento en que el Omnipotente le concediera el eterno descanso de la sepultura.

Eloisa sintió que su corazon se oprimia.

—Ya no puedo dudarlo,—dijo la viuda tristemente:—la atmósfera de Madrid me hace mucho mal. El instinto me dice que en el campo renacerian mis fuerzas; pero...

Interrumpióse, desplegó una sonrisa amarga y luego añadió:

—Perdona, hija mia: hay momentos en que no puedo dominarme... Sufriré con resignacion... No pienses en mí.

Imposible le fué á la jóven contener el llanto, que corrió por sus mejillas.

—No llores,—le dijo doña Juana.—¿Acaso crees que me faltará el valor para soportar la miseria?

—¡Madre de mi alma!...

—Te daré el ejemplo, hija mia.

—Ahora...

—Lo que hemos de hacer, es hablar de nuestros asuntos.

—No, no.

—Ya debe haber venido ese acreedor implacable.

—Sí, pero...

—Eloisa, quiero acabar de una vez este enojoso asunto, porque cuanto más se dilate, más se prolongará mi tormento. Ya estoy tranquila.

Cuanto es imaginable hizo la jóven para no continuar entonces la conversacion, pero la viuda concluyó por mandar enérgicamente, y fué preciso obedecer.

Examinó doña Juana los papeles que habia llevado el señor de Ramirez, y luego dijo:

—No hay salvacion posible.

—Consultaremos con nuestro abogado.

—Lo haremos, aunque es inútil.

—Y en el último apuro,—repuso, tímidamente Eloisa,—nos queda una resolución.

—Sí,—replicó irónicamente doña Juana;—tus ilusiones, el amor de Alberto, sus promesas, vuestro matrimonio... ¡Pobre niña!... Sin embargo, quiero creer lo que tú crees, quiero abrigar todavía una esperanza, y dentro de algunas horas, cuando se disipen todas nuestras dudas, cuando ante nosotras se levante la realidad, entonces, hija de mi alma...

—¡Oh!...

—Esperemos; pero aprovechemos los minutos.

—Sí, ahora mismo escribiré á nuestro apoderado, y como es jurisconsulto, nos aconsejará con acierto.

—¿Y si entretanto viene nuestro amigo Morlan?

Se contrajo la frente de Eloisa.

Sombría se tornó su mirada.

—¿Qué te sucede?—preguntó la viuda.

—Puede usted adivinarlo con facilidad.

—Pues no lo adivino.

—El señor de Morlan...

—Parece que lo miras con horror.

—Con disgusto.

—Ningun mal nos ha hecho.

—Sin embargo, me hace experimentar una repulsion, cuya causa no acierto á explicar.

—En estos momentos de apuro es la única persona que nos ha ofrecido delicada proteccion, y tú que eres agradecida...

—No,—replicó vivamente la jóven;—no quiero la proteccion del señor de Morlan, no la quiero, por que me infunde terror.

—Hija mia...*

—Mis prensentimientos, que nunca me han engañado, me dicen que don Pedro de Morlan no debo esperar más que desdichas.

—¡Siempre las ilusiones!... Cuando las circunstancias te obliguen á colocarte en la vida real, has de sufrir muchos desengaños, y esto es inevitable, á mí me ha sucedido lo mismo.

—No es el señor de Morlan la única persona que nos ha ofrecido proteccion en estos momentos de conflicto.

—Es verdad, se me olvidaba que tambien Alberto...

—No me convenceré de que me ha engañado.

—¿Y si ves que te vuelve la espalda?

—Imposible, imposible.

—Quiera Dios que yo me equivoque, porque así no habrá motivo para que sientas detrozado tu noble corazon.

—Madre mia...

—No nos atormentemos anticipadamente. Escribe á nuestro apoderado, que á estas horas debe encontrarse en su casa.

Como la conversacion era demasiado desagradable, no quiso continuarla Eloisa, y volvió á su gabinete para escribir.

Una hora despues el apoderado, cuya honradez no podia ponerse en duda, ni tampoco su talento y práctica en los negocios, examinaba los papeles que habia dejado el señor de Ramirez, hacia un gesto de disgusto, y decia:

—Tengo el deber de decir á ustedes la verdad.

—Lo que deseamos,—respondió la viuda,—porque antes de adoptar una resolucion es preciso que sepamos con seguridad á qué atenernos.

—Pues bien; seria completamente inútil entablar pleito, porque está claro el derecho del acreedor. Sin embargo, mientras se discute se gana tiempo, lo cual tal vez las favorezca á ustedes para cualquiera resolucion que hayan de poner en práctica.

—No quiero pleitos que he de perder.

—Entonces lo más breve y ventajoso es aceptar la transaccion que el señor Ramirez propone, transaccion que algo ha de perjudicar sus intereses, si bien le hace ganar tiempo.

—¿Cree usted que ese hombre no puede ha-

cer en nuestro obsequio nada que nos sea más ventajoso?

—Conceder á ustedes largos plazos que les permita ir pagando poco á poco esta deuda.

—Asegura que no puede esperar.

—Pues siendo así, porque no pueda ó no quiera esperar, la transacción que propone es lo mejor para todos.

—Firmaré,—dijo Eloisa, que aun continuaba teniendo ciega fé en las promesas del noble Alberto.

—Y es tambien, porque no puedo hacer otra cosa.

—Cuando hayan ustedes decidido, tendrán la bondad de avisarme.

—Gracias, caballero.

Así se desvanecía otra esperanza.

El apoderado habia dado el consejo de buena fé.

La jóven miró el reloj.

Eran las dos y media.

¿Y Alberto?

No se presentaba.

¿Habia caido enfermo?

Era posible, aunque no parecia probable.

—Quiero salir de dudas,—dijo Eloisa.

Y volvió á tomar la pluma, y escribió lo siguiente:

«Alberto, en vano te aguardé anoche. Hoy

ambien las horas pasan sin que vengas. ¿Qué te ha sucedido?

t »Empiezo á creer que has enfermado repentinamente y no tengo que decirte hasta que punto me atormenta esta horrible duda.

»Ven, nuestra situacion se complica y tengo necesidad de hablarte y de que me aconsejes.

»No saldremos, y así á cualquiera hora nos encontrarás.»

Eloisa añadió algunas frases de inmensa ternura y cerró la carta.

Inmediatamente la envió, empezando entonces á contar los minutos con ansiedad indescriptible.

Así trascurrió media hora, que para la infeliz fué un siglo de mortal angustia.

Por fin la sirvienta volvió.

—¿Lo has encontrado?—le preguntó afanosamente la jóven.

—Y lo he visto.

—¿Está enfermo?

—Muy pálido, muy ojeroso y muy triste, pero nada más.

—¿Qué te ha dicho?

—Leyó la carta, abrió un cajon de la mesa, sacó este papel y me lo entregó. Lo temblaban las manos y... no me dijo una palabra.

—¡Dios mio!—exclamó Eloisa estremeciéndose.

Tomó la carta de Alberto y mandó salir á la sirviente.

Luego contempló el papel sin atreverse á romper el sobre.

Su instinto le anunciaba una nueva desdicha.

Palidez cadavérica cubrió su rostro.

Aun que podia leer inmediatamente la carta no lo hizo, pues se empeñaba en adivinar.

¿Porqué no habia ido Alberto?

Cualquiera que fuese la causa de su extraña conducta, debia haber adoptado una resolucion siquiera algunas horas antes, puesto que la carta que habia enviado ya la tenia escrita.

—Quiero de una vez la vida ó la muerte,— murmuró la jóven con voz reconcentrada.

Y haciendo un esfuerzo, rompió el sobre, desdobló el papel y leyó lo siguiente:

«Eloisa, compadéceme... no, no me compadezcas, por que tú eres mucho más desgraciada que yo.

»¿Dudarás de mi cariño?

»¿Tendrás ciega fé en mis palabras?

»¿Harás justicia á mis sentimientos?

»La más negra fatalidad nos persigue.

»Tengo el alma destrozada.

»¡Si pudieras comprender cuánto sufro!

»Y ni siquiera me esta permitido el consuelo del desahogo, porque tengo que callar, que

guardar en lo más recóndito del alma el secreto horrible de mi desdicha, ó más bien de la desdicha nuestra.

»Y como si todo esto fuese poco, si tú me acusas, si me llamas perjuro, si crees que no merezco más que el último de los miserables...

»¡No podré defenderme!

»¡Oh!... Esto es horrible, tanto que apenas concebirse puede.

»Sufrir y callar, callar siempre, y siempre sufrir.

»Y sonreír en presencia del mundo.

»Fingir alegría cuando nos mata el dolor...

»Perdona, Eloisa; te atormento, pero en estos instantes terribles no soy dueño de mi razón.

»Estoy loco... ¡Pobre de mí!

»A la vez que pido consuelo al Omnipotente levántanse en mi alma dudas criminales y desconfío de la misericordia y de la justicia divina.

»Como por última vez te dirijo la palabra, nada quiero ocultarte, nada ocultaré más que el terrible secreto de nuestra desgracia inmensa.

»Si consigo recobrar la calma, pensaré en mí mismo con horror.

»Si para todas las criaturas es la vida lo que para mí, el mundo es el infierno.

»Conozco á muchos desgraciados que sufren; pero les alienta una esperanza.

»Yo no entreveo ninguna en el negro horizonte de lo porvenir; no hay para mí ya nada risueño más que los recuerdos de mi niñez con la melancolía de mi orfandad.

»¿Para qué he trabajado? ¿Para qué he sido virtuoso?

»¿Qué me aguarda?

»La muerte, que la deseo como la única dicha posible para mí.

»¡La idea de la muerte me sonríe!

»¿Y qué será de tí, desdichada niña?

»Ayer me oíste pronunciar un juramento que no puedo cumplir.

»La amargura del desengaño emponzoñará tu alma sublime.

»En un instante se desvanecerán todas tus ilusiones.

»Y también sin esperanza, y con el corazón mortalmente herido, dudando de todo, como yo dudo, temiendo que hasta tu cristiana fé se entibie, la adversidad descargará sobre tí el último golpe y casi repentinamente te encontrarás sumida en la miseria.

»¡Pobre Eloísa!

»Si fuese posible que hicieses justicia á mis sentimientos, de la miseria nada tendrías que temer, porque para tí sería cuanto me produce mi trabajo; pero dudo que quieras aceptar nada del que ha herido tu corazón, del que no cum-

ple su juramento, y te abandona precisamente el día de la desgracia, el día de la prueba.

»Eloisa, te amo como siempre, más que nunca, te amo contra mi voluntad, porque mi razón me manda olvidarte, porque olvidándote he de cumplir un sagrado deber.

»Y el sentimiento del deber y mi razón han entablado y sostienen en mi alma lucha tenaz y desgarradora con la pasión fatal que en mi pecho arde.

»¿No conseguiré algún día apagar este fuego?

»¡Por mi desdicha es inextinguible!

»Te amo más que nunca y tengo que huir de tí.

»Te amo y me horroriza tu amor, así como me espanta el temor de que tú no consigas tampoco olvidarme.

»Haz un esfuerzo, Eloisa, y deja que tu corazón se interese por otro, haz un esfuerzo y aún podrás ser dichosa.

»En nombre de lo que más sagrado sea para tí, no me ames.

»Huye de mí, que conmigo vá la desgracia, vá la fatalidad.

»Si para que me olvides es preciso que me odies, no vaciles, ódiame.

»Una sola cosa puede todavía hacerme feliz, que tú consigas serlo.

»No puedo más. .

»Arde mi cabeza, estoy cada vez más trastornado.

»Me devora la fiebre... ¡Si dentro de algunas horas concluyese mi existencia!

»No, no moriré porque para mí es imposible tanta dicha.

»No sé que clase de situaciones te esperan; pero si algun día necesitas un corazón que se sacrifique por tí, no vaciles, Eloisa, porque si odias al infeliz que fué tu amante, puedes acudir al amigo, al hermano.

»Adios...

»Escribeme para que yo sepa cómo me juzgas... No, no me escribas, porque sufrirías como yo sufro en estos momentos.

»Tu nombre será la última palabra que pronunciaré al morir, para tí será mi último suspiro.

»¡Si consiguiéramos apagar la llama de nuestra pasión y amarnos como los mejores amigos, como dos hermanos! ..

»Sería demasiada dicha y no la espero.

»Eloisa, á despecho de mi voluntad, de la fatalidad que me persigue, á despecho de todo será siempre tuyo el corazón del infeliz

ÁLBERTO.»

No hemos querido interrumpir la carta para

pintar los diversos sentimientos que experimentó la jóven, si bien es verdad que tampoco hubiéramos conseguido hacer comprender lo que sufrió.

El golpe no era inexperado; pero sí tan terrible, qué para soportarlo eran pocas todas las fuerzas de la infeliz.

La carta de Alberto revelaba uno de esos sufrimientos que apenas se conciben; pero esto no era un consuelo para Eloisa.

Pasó largo rato antes de que esta pudiese apreciar su horrible situación.

Quedó inmóvil y muda, con la mirada fija en el papel.

Su rostro estaba lívido y desfigurado.

Sus ideas eran vagas y confusas.

¿Qué debía sucederle cuando pasase aquel primer trastorno?

Tal vez hubiera sufrido ménos si su amante le hubiese dicho que no podía cumplir sus promesas porque ya no la amaba.

¿Había querido Alberto justificar su proceder con aquel misterio de que hablaba como de su mayor desdicha?

¿Era verdad que obedecía á una razón poderosa, superior á su voluntad, superior á todo.

Se necesitaba saber esto para juzgar.

¿Y cómo averiguarlo?

No habia ninguna prueba.

Fundándose en que Alberto no se casaria con una mujer pobre, habia previsto doña Juana lo que acababa de suceder, y si en cuanto al resultado no se habia equivocado, debia suponerse que tampoco se equivocaba en cuanto al motivo.

Discurriendo así era preciso creer que Alberto representaba una farsa, y que para no aparecer como un miserable, apelaba al ingenioso medio de hacerse víctima de una fatalidad imaginaria, hablando de secretos que no existian.

Fé ciega tenia la jóven en lo mucho que valia la experiencia de su madre, y por consiguiente, habia de tomar en consideracion las observaciones de esta.

Empero tambien ciega fé tenia la infeliz en los nobles sentimientos del hombre á quien amaba con delirio.

¿Era posible que Alberto representase una farsa indigna?

¿Tan ruin y tan cobarde era que le faltaba el valor para aceptar toda la responsabilidad de sus acciones?

¿No habia dado durante su vida muchas pruebas de que el valor le sobraba?

Cada criatura responde siempre á las condiciones de su organizacion, á su manera de sér,

y no era posible que Alberto hubiera cambiado en pocas horas.

Para aceptar como buenos los razonamientos de doña Juana, era preciso suponer que el joven huérfano había sido siempre un hipócrita, que fingiendo admirablemente con una máscara de falsa virtud, había conseguido engañar al mundo.

Si había de apreciarse solamente por el resultado, había que creer que Alberto era un miserable.

Las apariencias lo condenaban.

Para perdonarlo se necesitaba juzgar con el criterio de la pasión, con la fe de Eloisa.

Lucha espantosa debía entablarse en el alma de esta.

Lo repetimos, era muy dudoso que la infeliz pudiera soportar aquel golpe á pesar de que estaba dotada de un espíritu grande y enérgico.

Segun ya hemos dicho, pasó largo rato inmóvil como una estatua, con los ojos extremadamente abiertos y la mirada fija.

Al fin se pasó las manos por la frente.

Miró á su alrededor.

Oprimióse el pecho y exhaló un penoso suspiro.

—Estoy soñando,—murmuró.—¡Horrible pesadilla!

No quería convencerse, porque nunca acep-

ttamos la realidad cuando es demasiado espantosa.

Volvió á fijar la mirada en el papel.

Apenas hubo leído algunas frases, exhaló un grito destemplado.

No, no necesita seguir leyendo para conven- cerse de que no dormía, que no soñaba, para convencerse de que su desdicha inmensa no era una ilusion, sino la más negra realidad.

Empezó á cambiar la expresion de su semblante.

Su mirada se tornó sombría.

Con desigual violencia latió su corazon.

Convulsivamente temblaron sus manos.

Entre sus crispados dedos se arrugó la terrible carta.

—¡Oh! —exclamó con voz sorda.—No se equivocaba mi madre: Alberto me abandona. Alberto es...

Interrumpióse.

—¿Es posible?—dijo despues de algunos momentos.—No, no es posible tanta ruindad en el alma de Alberto... Debe sufrir mucho, obedece á una fuerza superior á su voluntad; pero, ¿por qué no me confía el secreto de nuestra desgracia? ¿Teme que yo me deje arrebatat y cometa una imprudencia?... Siendo así, me ofende, no paga mi ciega fe con otra igual, no le inspiro tanta confianza como él me ha inspirado... ¡Dios mio!

todas estas suposiciones son terribles!... Y si no las hago, tengo que condenar á Alberto, y al condenarlo, mi pobre corazon se destrozará.

Empezó Eloisa á sentir que las fuerzas le faltaban.

Necesitaba consuelo, necesitaba que la reanimasen y que la convenciesen de que aún habia alguna esperanza para ella.

Quiso reflexionar y no pudo.

¿A. quién acudiría?

Alberto la abandonaba, y ya no le quedaba en el mundo más que su madre.

La desdichada niña corrió al aposento donde se encontraba la viuda, y exclamó:

—¡Madre de mi alma!

Un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

—¡Hija mia!—exclamó la viuda mientras abria los brazos.

—¡Ah!...

No hablaron entonces más: verdad es que no necesitaban muchas explicaciones para comprenderse.

Diez minutos pasaron durante los que no se percibió otro ruido que el de los sollozos de las dos mujeres.

—Valor, valor,—dijo al fin la viuda.

Y cogió la carta que Eloisa conservaba entre sus manos.

La jóven se dejó caer en un sillón, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

El llanto seguía corriendo en abundancia por sus mejillas.

Con atención profunda leyó doña Juana.

Disipáronse todos sus temores, y ya tuvo la seguridad de que Alberto había caído en el lazo y de que antes consentía morir que acercarse á la que creía su hermana.

Cuando acabó de leer la viuda desplegó una sonrisa irónica.

—¡Secretos, misterios!—murmuró con tono de sangrienta burla.—Si no tiene corazón Alberto, puede envanecerse con su brillante imaginación. Esta carta podría ser un bellísimo capítulo de una novela romántica; pero desgraciadamente la vida real está muy lejos de parecerse á la vida ideal que en las novelas nos pintan. El miserable quiere abusar de tu buena fé, de tu inocencia... ¡Oh!... Afortunadamente vive tu madre que no permitirá que impunemente se burle nadie de tí.

Limpio sus ojos doña Juana.

Tomó su semblante una expresión de severidad terrible.

—Eloisa,—dijo,—no olvides la dignidad. Si sufres, calla y disimula para que el mundo no escarnezca tu dolor, y cuando hayas recobrado la calma ó al ménos te sea posible reflexionar,

acuérdate de mis consejos. Estamos arruinadas y aún antes de que la miseria nos rodee, empezamos á vernos despreciadas por el mundo. Ya verás de lo que te sirve la virtud y lo que has de conseguir con tus nobles sacrificios.

—No quiero creer que Alberto me abandona porque soy pobre.

—¿Pues por qué?

—Ese secreto...

—¿Y por qué no te lo confía?

—No sé; pero...

—Quiere justificar su conducta, y apela á ese medio.

No fué posible que continuasen la conversacion, porque la viuda, trastornada al ver sufrir á su hija, empezó á sentirse bastante mal y pocos minutos despues aseguró que no podia sostenerse y se dejó caer en el lecho.

Eloisa se ocupó entonces exclusivamente de su pobre madre.

Esto era para la jóven un beneficio, porque así no podia pensar constantemente en su horrible situacion.

Gradualmente fué agravándose doña Juana, ó pareció que así sucedia.

—¡Dios mio!—exclamaba la jóven dirigiendo al cielo miradas de súplica desgarradora.—Yo creo que mi desgracia habia llegado al último punto; però sera mucho mayor si continua quebrantán-

dose la salud de mi pobre madre. Y una enfermedad en estos momentos, cuando no hemos de tener más recursos que el producto de mi trabajo, sería doblemente horrible que en otras ocasiones.

Lo hemos dicho ya y no hay que olvidarlo: la joven tendría valor para todo menos para ver que su madre moría en medio de la miseria y por falta de dinero con que proporcionarle todos los auxilios que necesitaba.

No podía ser la situación más crítica.

Cuando pasase aquel trastorno profundo, ¿en qué estado moral quedaría la joven.

¿Qué sentiría y que pensaría al reflexionar, no solamente sobre su situación, sino sobre el mundo y las cosas de la vida?

El peligro estaba en el resultado de sus reflexiones y en la combinación de las nuevas circunstancias.



CAPITULO X

Un esposo modelo.

Preciso es que dejemos ahora á las dos mujeres para dar á conocer nuevos personajes que en esta historia representan un papel de muchísima importancia.

Principiaremos por un hombre verdaderamente respetable, que era honrado como la misma honradez, y no tenia más defecto que su excesiva bondad, si es que la bondad puede ser un defecto.

Este nuevo personaje era el tipo más acabado de la buena fé, y á esta circunstancia debia todas sus desgracias.

Sin duda por su corazón juzgaba siempre el ajeno, y como era incapaz de mentir ni de en-

gañar á nadie, creía firmemente que nadie podía engañarlo.

Pertenecía á esa clase desgraciada que tiene todas las necesidades y no cuenta con ningun recurso, si bien es verdad que debía considerarse afortunado, pues vivía con el producto de su empleo y hacia ya diez y ocho años que, no solamente no habia quedado cesante ni una sola vez, sino que le habian concedido más de un ascenso y tenia motivo fundado para esperar otros.

Cuando lo presentamos á nuestros lectores tenia cincuenta años, es decir, que apenas empezaba á tocar la vejez, ó que se encontraba en el último período de la edad viril. Como siempre habia disfrutado de la más perfecta salud representaba ménos años de los que tenia.

Era de regular estatura, algo abultado de carnes y su rostro blanco y sonrosado, revelaba, no una inteligencia superior, sino un gran fondo de bondad y aun de candidez.

Casi siempre se veía sonreír con esa dulzura de los espíritus inocentes.

Nunca se dejaba arrebatarse por la cólera, ni tampoco se entregaba á los trasportes del dolor, pues cuando alguna desgracia le sobrevenia, resignábase cristianamente, suspiraba y decia:

—Cúmplase la voluntad de Dios.

Indudablemente un hombre así es digno de toda clase de consideraciones y engañarlo, abu-

sando de su buena fé hubiera sido doblemente criminal que engañar á otro.

La casualidad habia querido que su nombre estuviese en armonía con sus sentimientos y su carácter: llamábase Angel Manso.

Diez y siete años hacia que se habia casado.

Su esposa no tenia más que treinta y nueve años cuando la damos á conocer, y era una de esas mujeres que tienen el privilegio de conservar siempre la frescura de la juventud, que no pierden todos los encantos y que aun en la vejez tienen un atractivo que no puede ser mirado con indiferencia por los hombres.

En su juventud habia sido un tipo de belleza ideal, y en lo que se llama segunda juventud de la mujer, era un tipo de hermosura verdaderamente magnífica.

De estatura más bien elevada, aun que con formas abultadas por los años, con su cutis de nacarada blancura, sus rasgados y expresivos ojos, su sonrisa tentadora y su conversacion chispeante, la esposa del señor Manso aun podia representar en el mundo un brillante papel.

En cuanto á su carácter, no hay que decir más sino que era completamente opuesto al de su marido.

Luisa, que así se llamaba, no aceptaba nunca los golpes de la adversidad, no se resignaba,

y entablaba la lucha con el propósito firme de vencer ó morir.

En los primeros años de su matrimonio dió á su marido los mejores consejos para que hiciese fortuna; pero él contestaba que prefería la tranquilidad del espíritu con una posición humilde.

Entonces Luisa tuvo que tomar á su cargo los negocios de mayor importancia y aun ocuparse de procurar ascensos á su esposo.

No trabajó inútilmente, y con gran sorpresa de cuantos conocían á don Angel, vieron que la situación de este mejoraba y que se le concedían ascensos cualquiera que fuese el carácter político del gobierno.

Una crisis ministerial era para los empleados motivo de pavor, porque sabían que cada cambio de gabinete costaba el pan á muchas desgraciadas familias.

Don Angel no temblaba, pues ya estaba seguro de que para él significaba un ascenso la entrada de un nuevo ministro.

Sobre este punto hicieron los murmuradores muchos comentarios, fundándose en que si el señor Manso era completamente nulo para hacer su fortuna, porque no tenía ni gran inteligencia ni audacia, y que si por otra parte su mujer era muy hermosa y visitaba á los ministros, debían hacerse cierta clase de deducciones.

No hay efecto sin causa.

¿Por qué concedían tantos ascensos al señor Manso?

El por qué no favorecía la reputación de la esposa, ni el honor del esposo.

Empero éste no había visto nada que pudiese llamarle la atención.

Creía muy justo que premiasen sus buenos servicios, porque era muy exacto para cumplir sus deberes, pues nunca dejó de entrar en su oficina el primero y salir el último, y de las seis horas de trabajo pasaba lo ménos cinco sin permitirse levantar la cabeza. Además tenía el mérito de conservar muy buena letra y de escribir con buena ortografía, mérito con el que no todos los empleados podían envanecerse.

Naturalmente inclinado á pensar bien de todos, no era posible que el señor Manso concibiese cierta clase de sospechas cuando se trataba de su esposa, á la que amaba con delirio.

Si Luisa lo engañaba, la culpa no era de él, y si los ascensos eran el fruto de alguna liviandad, con la conciencia tranquila podía el esposo disfrutar de aquellas ventajas mientras no consintiese ni aprobase, ni remotamente sospechase la verdad.

No habían tenido hijos y podían vivir casi con lujo, tanto más cuanto que Luisa, que era la que manejaba el dinero, tenía la habilidad de hacerlo cundir prodigiosamente.

Esto era lo que se veía; pero la verdad la sabía Dios.

El mundo miraba á don Angel con esa compasion que humilla, y á la esposa se la respetaba, porque á una mujer hermosa y de gran inteligencia es preciso respetarla siempre.

¿No era el señor Manso completamente feliz?

Sí, porque contaba con todos los elementos de dicha posible, y ni siquiera se sentia atormentado por la ambicion, porque ya hemos dicho que era modesto.

No nos hemos ocupado de los antecedentes de estos dos personajes, porque bien pronto hemos de darlos á conocer y veremos hasta qué punto engañaban las apariencias, lo mismo con respecto al uno que al otro.

Habian pasado dos dias desde los últimos sucesos que hemos referido.

Ya habian firmado la transaccion doña Juana y Eloisa.

La primera continuaba en el lecho, y aunque su dolencia no era de gravedad, el médico habia recomendado mucha tranquilidad de espíritu sobre todo, porque de otra manera no podia responder de lo que sucediera.

¡Tranquilidad de espíritu en la horrible situacion en que se encontraban!

No hay que decir que la jóven sufría como nunca.

La lucha terrible y peligrosa se habia ya entablado en su alma.

Tenian las dos mujeres un plazo para dejar la casa; pero antes de que el plazo espirase, agotarían todos los recursos conque contaban para cubrir sus más perentorias necesidades.

Firme en su propósito de trabajar continuaba Eloisa, pero ¿donde encontraría el trabajo? ¿Cómo se buscaba? ¿Qué clase de trabajo haría?

La desdichada desconocía completamente todos esos resortes de la manera de vivir de los pobres.

Hasta entonces no comprendió cuan horrible era descender.

Y si á ella le parecia horrible dejar las comodidades de que siempre habia disfrutado, doblemente horrible debia parecerle á su pobre madre, siquiera fuese por la circunstancia de estar enferma.

Oportunamente iremos pintando la situacion de las dos mujeres, pues en este capítulo no debemos ocuparnos con preferencia sino de don Angel Manso y de su esposa.

Ya los hemos dado á conocer.

Eran las nueve de la mañana.

Don Angel acababa de almorzar y se disponia á salir para presentarse en su oficina á las diez en punto.

Su esposa le arreglaba la corbata y le diri-

gia algunas palabras cariñosas, cuando se presentó una criada con una carta que acababan de llevar.

Don Angel miró la letra del sobrescrito y murmuró:

—No adivino de quien pueda ser.

—Fácilmente saldrás de dudas,—dijo Luisa.

Y luego añadió mientras se dirigia hácia una puerta.

—Voy por tu baston.

Debemos advertir que la tierna esposa no consentia que ningun criado sirviese á su esposo, pues ella se complacia en servirlo.

Don Angel se puso sus gafas, rompió el sobre, desdobló el papel y exclamó con acento de profunda sorpresa:

—¡Ah!

Como si no creyese lo que veia, volvió á quitarse las gafas, las limpió, se restregó los ojos, se las puso otra vez y al fin leyó lo siguiente:

«Mi apreciable amigo: es absolutamente preciso que venga usted á verme hoy, en la inteligencia de que si así no lo hiciese, tendríamos mucho que sentir y usted más que yo.

»Le conviene á usted quemar esta carta y no hablar con nadie de nuestra entrevista.

»Siempre es su mejor amigo

JUANA FERNÁNDEZ.»

En pocos instantes se cubrió el rostro del señor Manso de palidez nerviosa.

Algunas gotas de frío sudor corrieron por su frente.

Hubiérase dicho que estaba poseído de terror.

Otra vez leyó la carta, y antes de que concluyese, levantóse una cortina y se presentó su esposa con el sombrero y el baston.

Fijó Luisa en su marido una mirada penetrante y escudriñadora, adivinando inmediatamente que algo muy grave sucedía.

Era Luisa demasiado astuta para preguntar, y en vez de hacerlo, salió ligeramente.

El señor Manso se estremeció, dobló el papel, lo metió en uno de los bolsillos de su gabán, quitóse las gafas y se esforzó para aparecer tranquilo.

No pudo fingir con tanta perfección como deseaba, y temiendo ser interrogado, dijo con voz insegura:

—La carta es de uno de mis compañeros de oficina. Está enfermo y me ruega se lo participe á su jefe.

—Entonces has debido conocer la letra.

—No, porque me escribe un hijo y... según parece, su enfermedad es grave... ¿y qué hora es?...

Miró don Angel su reloj, exclamando:

—¡Más de las nueve y media!

Tomó su baston y su sombrero.

—Eres exajerado para el cumplimiento de tus deberes,—le dijo Luisa.

—No puedo remediarlo: he nacido así, y así moriré.

—No quiero detenerte... ¡Ah!... ¿Qué es esto?... Decente vas así... ¡Jesús!... Y á mí me acusarian, porque en realidad la obligacion de la mujer es ante todo cuidar de su marido.

Esto lo decia Luisa en tanto que miraba la espalda de su esposo.

—¿Pero qué es?

—Una mancha, y... Parece aceite... ¿Cómo ha sucedido esto?... Ponte el otro gaban... Dame, dame.

Y diciendo y haciendo, la cuidadosa Luisa, desabrochaba y tiraba de las mangas del gaban.

No habia podido su esposo ver la supuesta mancha, ni tampoco se opuso á cambiar la prenda, porque estaba aturdido.

Luisa se dirigió otra vez hácia la puerta.

—Espera .. Tengo ahí mi pañuelo...

—Te daré otro limpio.

Y un minuto despues la buena esposa se presentaba con otro gaban.

En el de la supuesta mancha habia quedado la carta de la viuda.

El señor Manso no sabia cómo arreglase para recuperar el interesante papel.

—El caso es,—dijo,—que en el otro gaban está mi cartera... y las gafas, y...

—Todo lo tendrás.

Volvió Luisa á correr.

Bien pronto volvió con las gafas, la cartera y la carta, entregándolo todo á su marido mientras sonreía con una dulzura encantadora.

Don Ángel respiró como si se sintiese libre de un peso enorme.

No pensó que su esposa podía haber leído en un solo instante las pocas líneas que contenía la carta.

Efectivamente, así había sucedido.

—Adios, hasta luego,—dijo cariñosamente el señor Manso.

Algunas frases de ternura pronunció Luisa.

Luego se asomó al balcón para sonreír mientras contemplaba á su esposo amado hasta que este desaparecía al tomar por otra calle.

Repentinamente cambió la expresión del rostro de Luisa cuando estuvo sola.

Su frente se contrajo.

Su mirada se tornó sombría.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda.—¿Desde cuando se conocen mi marido y esa mujer? ¿Qué clase de asuntos tienen que tratar?... La carta es lacónica, pero demasiado expresiva. ¿Acaso mi secreto?... No, no... Sin embargo debo averiguar lo que pasa.

Luisa inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil y silenciosa.

Pòr lo que acababa de decir se comprende que tambien conocia á la viuda, asi como que en su vida habia un secreto que debia tener bastante importancia.

CAPITULO XI

Empieza á turbarse la felicidad de don Angel.

El señor Manso se dirigió á su oficina muy preocupado, y más intranquilo cada momento.

—¿Qué le ocurre á esa mujer?—se preguntaba sin cesar.—¿Y por qué dice que tendré mucho que sentir si no voy á verla? ¿Se habrá descubierto lo del cambio de la niña?... ¡Oh!... Parece imposible. Y si mi esposa hubiera llegado á sospechar... tiemblo, tiemblo.

Siguió cavilando toda la mañana, de lo cual resultó que no hizo nada á derechas en su oficina.

Debía salir á las cuatro; pero lo hizo á las tres con el fin de emplear aquella hora en ver á la viuda y volver á su casa sin que fuese más tarde que de costumbre.

Don Angel encontró á doña Juana que se habia levantado una hora antes, y estaba envuelta en un ancho abrigo junto á la chimenea.

Cuando anunciaron á don Angel, la viuda le dijo á Eloisa:

—Vete, porque necesito hablar con ese caballero sobre nuestra situacion. Es un antiguo amigo de mi familia, y abrigo la esperanza de que nos sea muy útil.

Salió del aposento Eloisa, y se presentó el señor Manso.

Sin pronunciar una palabra se contemplaron por algunos momentos aquellas dos criaturas que se conocian perfectamente, y que no tenian para qué molestarse en fingir cuando se encontraban á solas.

Don Angel rompió el silencio para decir:

—Señora, la carta de usted me ha sorprendido.

—¿Nada más?—preguntó doña Juana.

—Y tambien me ha hecho perder la tranquilidad.

—Lo siento, pero era preciso.

—Aquí estoy.

—Siéntese usted.

—Diez años hace que no nos hemos visto, sino cuando la casualidad ha dispuesto que nos encontremos en la calle.

—Y ni siquiera nos hemos saludado.

—Habíamos convenido en aparentar que no nos conocíamos.

—Ciertamente.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué desdicha nos amenaza? Mi conciencia está tranquila, porque he cumplido con religiosa exactitud cuanto prometí.

—Pero la situación ha cambiado.

—No adivino...

—Señor Manso, me parece que podemos hablar con franqueza, porque ahora nadie nos escucha, no nos mira el mundo, y sería ridículo que quisiéramos representar la farsa de criaturas virtuosas.

Exhaló don Angel un suspiro penoso mientras hacia un gesto de dolor.

—He cometido faltas,—dijo tristemente;—lo reconozco; pero el tiempo, la reflexion...

—¿Ha despertado la conciencia de usted?—preguntó doña Juana.

—Sí, y he sufrido bastante.

La viuda soltó una carcajada burlona.

—Le juro á usted que soy otro, que he conseguido regenerarme, y que me he convencido de que no hay dicha posible sin la virtud y la tranquilidad del alma.

—Todo es posible.

—Y así ha sucedido, y por nada del mundo...

—Caballero,—interrumpió la viuda;—no podemos continuar la conversacion.

—¿Per qué?

—Yo creí encontrar al hombre sin conciencia, al miserable de otro tiempo, y no siendo así, nada podemos hacer.

—Recuerdo con horror cierta época de mi juventud.

—Pues bien; hemos concluido.

—Sin embargo...

—Supongo que es usted feliz.

—Con una felicidad suprema.

—Tiene usted una esposa...

—Es un ángel.

—Cuenta usted con sobrados recursos para vivir con decoro.

—Es verdad.

—Pues toda esa felicidad puedo yo acabarla en un solo instante y con una sola palabra, toda esa felicidad puedo convertirla en un tormento espantoso.

—Señora...

—Estoy dispuesta á probar ahora mismo que no exajero,—repuso la viuda con una frialdad terrible.

Lívido se tornó el rostro del señor Manso, que era la cobardía personificada.

—Sí,—replicó;—bien puede usted acabar con mi dicha, revelando aquel secreto.

—No, no, porque lo que prometí lo he cumplido y lo cumpliré, y además, no soy tan estúpida que para hacer mal á otro principie por hacérmelo á mí misma.

—Discurre usted con admirable acierto.

—Señor Manso, estamos arruinadas.

—¡Arruinadas!...

—Hasta el punto de que no contamos con recursos ni aún para cubrir las primeras necesidades de la vida.

—Pero aun les quedan á ustedes algunos bienes: esta casa, y...

—Todo ha desaparecido, porque se ha presentado un nuevo acreedor, y dentro de pocos dias saldremos de esta habitacion para ir no sé á donde.

—Eso es horrible.

—Y estoy enferma, y como me verá privada de los cuidados que necesito, moriré muy pronto.

—Antes he dicho que puedo vivir desahogadamente; pero no soy rico, ya lo sabe usted.

—Son inútiles las excusas, porque nada pienso pedirle.

—Pero mi buena voluntad...

—No se parece á la mía. Si he de sucumbir bajo el peso de la miseria, no quiero que rian y gocen los que son tan criminales como yo, y he ahí por qué he decidido concluir con la felicidad de que usted disfruta.

—Eso es una injusticia.

—No la primera que he cometido, y como no estoy arrepentida, como mi conciencia no ha despertado...

—No comprendo.

—Si en otro tiempo le hubiesen hablado á usted de justicia, se hubiera usted burlado de la candidez.

—Divagamos, señora.

—No divagamos, puesto que ya hemos concluido.

Don Angel sacó el pañuelo, se limpió el sudor que empezaba á correr por su frente, y preguntó:

—¿Qué es lo que quiere usted de mí?

—Ya estamos en el buen camino, y abrigo la esperanza de que nos entenderemos.

—Porque mientras yo no lo sepa, no podré decidir.

—No quiero que cometa usted ningun abuso, ningun crimen.

—Entonces...

—Lo único que necesito es conocer un secreto, y lo necesito, porque no me resigno á vivir en la miseria.

—Si quiere usted explicarse con más claridad...

—Lo haré.

—Ya escucho.

—No debe usted haber olvidado que hace quince años tenía yo una hija.

—Y que murió.

—Me ocurrió la idea de sustituirla con otra niña que habían puesto á mi cuidado; pero esto no me era posible hacerlo sin la ayuda de usted.

—Porque yo era el encargado de vigilar y cuidar de esa niña, sobre cuyo nacimiento se ha guardado siempre la más absoluta reserva. Yo fui la persona que la puse en manos de usted, y ni un solo día dejé de venir para verla.

—Le propuse á usted el negocio y le ofrecí una cantidad de consideracion.

—Acepté, porque mi situacion era muy mala, porque además tuve en cuenta que en vez de un mal, le haríamos un gran favor al padre de esa criatura, dejándole libre de semejante cuidado.

—Y efectivamente usted me ha dicho que ese hombre, cuando supo que su hija habia muerto, aparte su dolor de padre, consideró la desgracia como una gran fortuna, siquiera porque su hija no debia esperar sino la triste suerte de todas las criaturas que no tienen un nombre.

—Todas esas circunstancias contribuyeron á tranquilizar mi conciencia.

—Ignora usted quien es la madre de esa niña.

—Absolutamente.

—Pues yo la conozco.

—¡Usted!...

—Una casualidad me ha dado á conocer el secreto.

—¡Oh!...

—Pero no puede servirme para salir de ningún apuro, sino solamente para deshonorar á una mujer á los ojos del mundo y á los de un marido.

—Eso quiere decir que aún vive y que está casada.

—Sí.

—La situacion es grave.

—Pero si ignora usted quien es la madre sabe quien es su padre.

—Nunca lo he negado.

—Pues bien, necesito conocer ese secreto.

—Imposible,—exclamó el señor Manso con acento de terror profundo.

—No es imposible si usted quiere decirlo,—repuso con fria calma la viuda.

—Si es imposible, porque semejante indiscrecion me costaria tan cara, que de la suprema felicidad de que disfruto, me veria repentinamente en el fondo del abismo de todas las desdichas. El padre de esa niña depositó en mí su confianza; pero no ciegamente, porque es demasiado astuto y sabe muy bien que de un hombre como yo debe esperarse todo lo malo. Adoptó

sus precauciones, y muy fácilmente puede aniquilarme. Pidame usted le vida, la honra, todo cuanto quiera ménos que mis lábios pronuncien el nombre del padre de esa criatura. Me horroriza la sola idea de acceder á lo que usted me pide.

No mentia, ni exageraba el señor Manso.

Su semblante revelaba lo que sentia.

No podia dominar su violenta agitacion.

Continuaba corriendo por su frente un sudor copioso y frio.

—No debe usted olvidar que tambien de mí depende su dicha.

—Entre dos desgracias elijo la que me parece menor, la que es dudosa.

—He ahí el error.

—Me amenaza usted con no sé qué clase de peligros, y como la criatura no es infalible, puede suceder que usted se equivoque por haberse entregado á ilusiones que se desvanecerian en un momento, resultando que yo me quedase tan feliz y tranquilo como ahora. Por eso he dicho que es dudosa la desgracia con que me amenaza usted, mientras que la otra es positiva, y como conozco los medios que puede emplear el padre de esa niña, no abrigo esperanzas de salvacion para el caso en que me atreviera á provocar su enojo.

—Veo que no acaba usted de comprender de

todo lo que es capaz una mujer que se encuentra en mi situación.

—Es capaz de mucho; ya lo sé.

—Concluyamos,—repuso doña Juana con la misma frialdad que antes,—porque es preciso que quedemos de acuerdo, que se fije nuestra respectiva situación. Las palabras son inútiles y no debemos perder un tiempo tan precioso. Tengo absoluta necesidad de conocer al padre de la niña que puso usted á mi cuidado.

—¿Y si hubiese muerto?

—Acaba usted de decir que vive.

—Señora...

—Reflexione usted y mañana me dará la contestación.

—El plazo es demasiado breve.

—Pues le concedo dos días.

—Piense usted...

—No admito más observaciones,—interrumpió la viuda.

Convencióse don Angel de que seria inútil insistir.

¿Cómo saldría de aquel apuro?

¿Y con qué clase de desdichas le amenazaba doña Juana?

No pudo adivinarlo; pero sí sabía muy bien que la viuda era una mujer temible y que despreciar su cólera era cometer una imprudencia.

Algunos minutos quedó silencioso y pensativo el señor Manso.

Luego exhaló un suspiro y se puso en pié.

—Señora, — dijo, — volveré al espirar el plazo.

—Así lo espero.

—Entre tanto le agradeceré á usted que no me escriba, porque si mi esposa llegase á sospechar que estoy metido en una intriga de esta clase...

—Lo sabrá todo si usted se empeña en guardar el secreto que quiero conocer.

Otra vez tembló don Angel.

Se horrorizaba á la sola idea de que se turbase la dulce tranquilidad de que disfrutaba en su casa.

—¡Oh!—exclamó.—Seria una crueldad inconcebible hacer sufrir á mi esposa, que es un ángel y que ninguna culpa tiene de mis pasados extravíos.

—Sí, tal vez seria una injusticia; pero cuando es preciso...

—Sufro yo solo el castigo de mis faltas.

—Señor Manso, es usted aún más miserable que yo.

—¡Doña Juana!...

—¿Cómo ha conseguido usted llegar á la posición en que hoy se encuentra?

—Nadie lo ignora: mis buenos servicios como empleado; mi honradez, que aunque falsa, es honradez para el mundo.

—Otros verdaderamente honrados y que han consumido su existencia sirviendo al Estado con tanta inteligencia como lealtad, no merecen del gobierno ninguna consideracion. ¿Con qué influencias cuenta usted para sostenerse?... Todo el mundo lo sabe.

—Pero...

—Hace usted lo mismo que yo, vive usted y goza con la infamia de los demás, tranquilizando su conciencia con el siguiente razonamiento: »Yo no cometo ninguna falta, y si otros la cometen sin mi autorizacion y sin mi ayuda, la culpa no es mia. Si esas faltas dan por resultado algun beneficio para mí, lo acepto y lo disfruto sin meterme en otras averiguaciones.» Así es como usted vive, así explota usted la infamia sin que el mundo pueda llamarle infame, sino que por el contrario lo considera á usted honrado y virtuoso, y aún lo mira con lastima, como se mira á la víctima de cuya buena fé abusan los demás. Ya lo he dicho, nos conocemos demasiado bien y no podemos engañarnos. ¿Que sucederia si mañana fuese débil la mujer que me dá el nombre de madre? Yo viviria con el fruto de una deshonor de que el mundo no habia de hacerme responsable. Me quejaria de mi desgracia,

se me miraría compasivamente, y yo entre tanto gozaría.

El señor Manso no creyó conveniente contestar, porque tenía miedo de que doña Juana fuese aún más explícita de lo que había sido.

El miserable tomó su sombrero.

—Hasta que el plazo se cumpla,—dijo.

—Esperaré todo el día de pasado mañana.

Salió don Angel.

La viuda volvió á dar á su rostro la expresión que entonces le convenía.

¿Quién era el padre de la desgraciada joven cuya suerte nos interesa?

Este secreto vamos á conocerlo muy pronto; pero doña Juana no conseguiría lo mismo, ni con tanta facilidad como deseaba.

Aquella tarde pudo el señor Manso aparecer tranquilo en presencia de su esposa, porque ya había tenido tiempo para dominarse.

No debemos separarnos de él, porque es preciso que conozcamos la resolución que adoptó.

CAPITULO XI

Crecen los apuros del señor Manso.

Tambien doña Juana siguió disimulando con admirable habilidad, pues observaba muy atentamente y no estaba tranquila.

El dia pasó sin novedad.

A la mañana siguiente y á la hora de costumbre salió el señor Manso de su casa; pero no se dirigió á su oficina, sino á la morada de don Pedro.

Vivia éste con el lujo que correspondia á su clase y á sus riquezas.

Acababa de vestirse y recibió á don Angel como se recibe á un antiguo conocido, si bien mostrando alguna sorpresa por aquella visita.

El señor Manso saludó muy humildemente al anciano caballero.

¿Qué clase de relaciones habia entre aquellas dos personas de tan distinta posicion?

El lector debe haberlo adivinado: don Pedro de Morlan era el padre de Eloisa, y en otro tiempo se habia servido el miserable de don Angel Manso para que secretamente cuidase de la desgraciada niña.

Conveniale al anciano guardar la más absoluta reserva en cuanto á su debilidad, y sobre este punto nada tenia que pedir á don Angel, pues este habia cumplido la promesa de no revelar el secreto.

El señor de Morlan, que tenia conciencia hasta cierto punto, habia decidido poner á su hija á cubierto de la miseria, si bien negándole su nombre y evitándose los enojos consiguientes á la paternidad.

Muy largamente pagó sus servicios á don Angel, y como es de suponer, no ignoraba quien era la mujer que se habia encargado de criar á la niña.

Lo que sucedió despues lo sabemos ya: un dia el señor Manso se presentó muy triste á don Pedro, participándole que la niña se encontraba gravemente enferma.

Como el señor de Morlan, segun acabamos de decir, no tenia conciencia más que hasta cierto punto, y como tambien deseaba ocultar sus debilidades, nunca se habia tomado la molestia

de ir á ver á su hija, y por consiguiente no lo conocia doña Juana.

A los pocos dias el señor Manso llevó la triste nueva de que la niña habia dejado de existir.

Mostróse aflijido el señor de Morlan y entregó á su servidor mil duros para que los llevase á la nodriza, añadiendo que haria por esta cuanto le fuese posible.

Los mil duros quedaron en el bolsillo del señor Manso.

Despues de algunos meses don Pedro quiso saber cual era la suerte de la que habia empezado á criar á su hija, y entonces don Angel le dió á conocer detalladamente la historia de doña Juana.

Andando el tiempo, y como ya hemos visto, todo esto debia ser muy útil al señor de Morlan.

Ni remotamente sospechaba el miserable que Eloisa fuese su hija. Verdad es que á nadie le hubiese ocurrido suponer que doña Juana sustituyese una niña por otra con el solo fin de disfrutar de los bienes de su marido.

Siempre generoso el señor de Morlan, y siempre interesándose por la suerte del hombre que lo habia servido con tanta lealtad, le proporcionó una esposa que debia hacerlo dichoso.

Así don Pedro daba una prueba más de que su conciencia era conciencia hasta cierto punto,

pues la mujer hermosa, virtuosa, cariñosa á quien protejió al proteger á don Angel, la que ya hemos dado á conocer, era la madre de Eloisa.

Si el señor Manso no tenia ciega fe en la pureza de su esposa, aparentaba tenerla.

De lo pasado no se cuidaba, y en cuanto á lo presente, como nada de particular veia, ningun motivo tenia para sufrir.

Por una serie de circunstancias que oportunamente daremos á conocer, doña Juana habia conseguido saber quien era la madre de aquella niña; pero no fué tan feliz en sus averiguaciones con respecto al padre.

Muy de tarde en tarde visitaba el señor Manso á don Pedro, y he ahí por qué á éste le sorprendió la visita y preguntó con tono de extrañeza:

—¿Qué sucede?

—Nada bueno,—respondió tristemente el señor Manso.

—¿Ha quedado usted cesante?

—No.

—¿Está enferma su esposa de usted?

—Disfruta de cabal salud, á Dios gracias,—respondió don Angel.

—Entonces..

—No es posible que adivine usted, porque se trata de un asunto muy antiguo y ya olvidado.

¿Quién había de creerlo?... ¡Ah... He pasado la noche sin dormir, sufro horriblemente.

—Explíquese usted con más claridad.

—Para hacerlo así me será preciso evocar ciertos recuerdos...

—No importa,—replicó el señor de Morlan con impaciencia.

Sentóse don Angel, cruzó las manos, suspiró penosamente y dijo despues de algunos momentos:

—Ayer recibí una carta de aquella mujer que se encargó de criar á la hermosa niña, cuya prematura muerte lloramos todavía.

Estas palabras fueron bastante para que se contrajese el rostro del señor de Morlan.

No era posible que adivinase lo que doña Juana se proponia; pero sí comprendió que se preparaban sucesos de gravedad, que se trazaba una nueva intriga, cuyas consecuencias no era fácil prever.

Don Pedro había vivido siempre dichoso, nunca había experimentado ninguna contrariedad, y le espantaba la sola idea de que pudiera turbarse su reposo.

Nada bueno debía esperarse de una mujer como doña Juana.

Dominóse don Pedro y disimuló, fijando una mirada escudriñadora en el señor Manso, y diciendo:

—No me he olvidado, ni he podido olvidar-me de esa mujer, porque la conozco y casi puedo decir que somos amigos. Su situación cambió, presentóse al mundo con una máscara de honradez muy respetable, y ha adquirido una reputación de santa.

—La situación ha cambiado.

—Ya lo sé.

—Dice que está arruinada.

—Y es verdad.

—Me amenaza...

—¿Con qué motivo?

—¡Ah! señor don Pedro...

—Deje usted los comentarios y los suspiros,—replicó ásperamente el señor de Morlan.—¿Para qué quería verlo á usted doña Juana?

—Principió por decirme que ha conseguido averiguar quien es la madre de la niña...

—¡Oh!—exclamó don Pedro sin poder apenas dominarse.

—Todo es posible, mi respetable señor, todo es posible.

—Por desgracia.

—Y como segun dice la viuda, esa desgraciada madre está casada, y ocupa una posición de cierta clase...

—Es verdad,—murmuró el anciano maquinalmente:

—¿Qué va á suceder si doña Juana se empe-

ña en dar un escándalo?... Y lo dará, no lo dude usted, porque la desesperacion...

—Señor Manso, ya le he dicho á usted que ante todo quiero conocer las palabras y aspiraciones de la viuda. Despues hará usted cuantas observaciones juzgue convenientes.

—Perdone usted...

—Ya escucho.

Gradualmente iba haciéndose sombría la mirada de don Pedro; sin embargo, aun no habia podido comprender toda la gravedad de la situacion. Creia que efectivamente la viuda habia conseguido averiguar quien era la madre de la niña que se le confió, y que al verse arruinada habia pensado explotar aquel secreto, lo mismo que pocos dias antes estaba decidida á explotar la deshonra de su hija.

Siendo así, todo se arreglaria con un puñado de oro, que para el señor de Morlan no tenia valor, si bien este arreglo presentaba el inconveniente de que las dos mujeres se salvarian de la miseria, que era el auxilio más poderoso con que contaba el anciano para satisfacer la impura passion que en su pecho habia encendido la belleza singular de Eloisa.

No habia calculado mal el miserable: la miseria es el consejero más peligroso, y doblemente peligroso para la mujer.

Algunos sacrifican su honra á sus vanida-

des; van hasta el abismo de la completa perdición tras el brillante óropel del lujo y de goces ilusorios; cuantas infelices se lanzan á ese abismo impulsadas por el vértigo horrible que produce el hambre.

Las pasiones ciegan, trastornan, producen extravíos.

Peró el hambre emponzoña el alma y enloquece.

Y despues que una infeliz ha dado el primer paso en el camino de la deshounra, no hay salvacion, porque la pendiente es resbaladiza y es preciso que la infeliz vaya hasta el fondo del lodazal de todos los vicios y hasta de los crímenes.

En el camino del mal sucede como en el del bien: cada dia se avanza con rapidez mayor hasta que el último paso se da al borde del sepulcro, que es donde todo acaba para siempre.

La mujer que se ha criado con decoro, que ha sido medianamente educada, y que no ha sufrido ninguna privacion, es la que corre mayor peligro.

¿Qué ha de hacer cuando de repente se encuentra en la miseria?

¿Qué ha de hacer cuando siente los tormentos del hambre?

Busca pan y no lo encuentra.

Ofrece su laboriosidad y su honradez, y

nadie le responde, y se la mira desdeñosamente.

No hay nada que engendre ideas tan negras, tan desconsoladoras, tan desgarradoras como el hambre.

La pobre mujer mira á su alrededor.

Vé la liviandad en lujosos trenes.

Vé la soberbia criminal en suntuosos palacios.

Vé el egoísmo entre montones de oro.

Vé la audacia cubierta de gloria.

¡Pobre mujer!

No ve la liviandad, con la repugnante mancha de todos los vicios, en los hospitales.

No ve la soberbia abatida y sonriendo ante la idea del suicidio.

No vé el egoísmo devorándose sus propias entrañas.

No vé la audacia agobiada bajo el peso enorme de la decrepitud y á los bordes de ese abismo del olvido que se llama fosa, de esa mansión de un descanso que nos horroriza porque no lo conocemos, ni siquiera lo concebimos.

No, no ve nada de eso, no puede verlo.

Mira á los que gozan. á los que rien, á los bienaventurados de este mundo, y no puede pensar en que los que en este mundo lloran, son los bienaventurados en la eternidad.

¿Y quién ha de recordárselo?

Y aunque se lo recuerden, ¿cómo escucha el que sufre los tormentos del hambre?

Todo se ve á través del prisma de la hiel que emponzoña el alma.

Todo se aprecia, de todo se juzga con el criterio de la desesperacion.

Y la pobre mujer dice:

—Puesto que el mundo es así, debo aceptarlo tal como es. No quiero sufrir mientras los demás gozan; quiero gozar y olvidarme de los que sufren.

Tiene hambre, y le enseñan el pan; pero, ¿á cambio de qué se lo ofrecen?

Cómo se da el primer paso no se sabe; pero se da.

De la miseria que ha trastornado, se pasa repentinamente á la opulencia que embriaga.

¿Y luego?

¡Siempre bajando, siempre!

¡Pobre mujer!

Se principió en el palacio y se concluye en el hospital.

Podreis detenerla si le dais medios para vivir honrada y desahogadamente; pero no la hareis dichosa, porque ya su corazon ha muerto.

Para gozar algo necesita las grandes conmociones, las grandes borrascas.

No le deis la tranquilidad, porque cuando es

imposible todo sentimiento delicado, la tranquilidad es el tédio, la nostalgia y la muerte.

Perdona, lector, pues aunque no nos hemos separado del asunto, tal vez hemos ido demasiado lejos en las consideraciones á que da lugar la situacion que nos ocupa.

Don Pedro de Morlan conocia demasiado bien el mundo, y por consiguiente supo qué clase de resortes habia de emplear para conseguir que Eloisa hiciese el sacrificio de su pureza.

No ignoraba el miserable que la jóven y Alberto se amaban; pero tenia la seguridad de que semejante obstáculo lo allanaria la viuda.

Ya hemos visto que don Pedro no se equivocó.

A pesar de todo esto, no era fácil el triunfo, pues Eloisa habia de luchar hasta que ya le fuese imposible resistir.

Ante todo el anciano debia cuidar de que las dos mujeres no encontrasen para vivir otros recursos que los que él les ofrecia.

¿Qué debia suceder si la viuda llegaba á saber que el señor de Morlan era precisamente el padre de la niña?

Sabiendo ya quien era la madre haria la viuda exigencias sin ofrecer en cambio más que su silencio.

A don Pedro le importaba muy poco la reputacion de Luisa, y ménos el reposo de don An-

gel, pero si le importaba mucho realizar sus deseos.

El señor Manso, que cada momento parecia sentirse más afligido, prosiguió diciendo:

—Doña Juana me exige la revelacion del secreto que tan cuidadosamente he guardado, es decir, quiere saber quien es el padre de la niña.

—Jamás.

—Le contesté que no me era posible complacerla, porque de mi silencio dependia mi dicha, y entonces me amenazó asegurando que á ella le era tambien muy fácil concluir con mi felicidad. ¿Qué puede hacer doña Juana contra mí? No lo adivino; pero tiemblo, porque la conozco demasiado bien. Cuando le confié la niña, la creía tan honrada como desgraciada, y no descubrí la verdad hasta que era demasiado tarde.

—¿Recuerda usted bien lo que me debe?

—Yo era un desdichado, un miserable.

—Que iba usted derecho á presidio.

—Y usted me salvó.

—Ahora disfruta usted de una posicion más que decorosa, vive usted hasta con lujo, se ve usted respetado por el mundo, es usted feliz.

—A usted se lo debo todo, hasta la dicha inapreciable de tener una esposa que es un modelo de virtudes, un tesoro de inagotable ternura, y un prodigio de belleza.

—Pues bien, yo puedo hacer que desaparezca en un solo instante toda esa felicidad.

—Lo sé.

—Además, no ignora usted que guardo ciertos papeles, documentos preciosos con los que hay bastante para que concluya usted su vida en un presidio.

Tembló el señor Manso.

Otra vez se tornó lívido su rostro.

—¡Ah!—exclamó.—No seré desleal.

—Es cierto que doña Juana tiene medios para hacerle á usted sufrir, y se le digo á usted con franqueza, para que jamás pueda acusarme de haberlo engañado.

—¡Dios misericordioso!

—Pero no puede como yo, hundirlo á usted en la miseria, ni mucho ménos ponerle á usted la cadena del presidiario, y por consiguiente, entre los dos peligros, usted elegirá el que ménos le espante.

La eleccion no era dudosa; pero no se tranquilizaba don Angel aunque tuviese la seguridad de que la viuda no contaba con medios para hacerle tanto mal como el anciano.

Siempre resultaba que cualquiera que fuese el resultado de aquella intriga, don Angel habia de salir perdiendo, pues le era preciso arrostrar la saña de los unos ó de los otros.

¿Qué hacer en semejante apuro?

No encontraba el feliz esposo medio de salvación.

Por de pronto tenía que complacer á don Pedro, porque era la persona que con más facilidad podia hacerle mayor daño.

—No vacilo,—dijo el señor Manso despues de algunos instantes,—no vacilaré. Cuente usted con mi fidelidad.

—Eso es lo que á usted le conviene.

—Antes me dejaré matar que revelar el secreto.

—Algo más es preciso que haga usted.

—Estoy dispuesto á todo.

—Ni directa ni indirectamente ha de favorecer usted á doña Juana en la crítica situación en que se encuentra.

—Comprendo.

—Se desentenderá usted de todo.

Don Pedro se puso en pié, acercóse al señor Manso, fijó en él una mirada penetrante y dura, y le dijo con breve acento:

—Me parece que no necesito hacerle á usted más advertencias.

—No, no.

—Hemos concluido.

Nada de tranquilizadora tenía la expresion del rostro del señor Morlan.

Don Angel se sentia cada vez más aturdido.

No acertó á pronunciar una palabra.

El anciano desplegó una sonrisa, y dijo dulcemente:

—Adios... Hasta otro día.

Y salió del aposento.

—¡Oh!—exclamó el esposo de Luisa.—Esto es horrible.

Y siempre trastornado y sufriendo lo que apenas se concibe, tomó su sombrero y salió de la casa.

Fué á su oficina.

Quiso trabajar y no pudo.

Cavilaba, buscando un medio cualquiera para salvarse.

Su esperanza única era que doña Juana le concediese un nuevo plazo.

En la situación de don Angel, ganar tiempo era ganar mucho.

Esta esperanza le infundió algun aliento y pudo fingir al volver á su casa.

Consideraba como una gran fortuna que de nada se hubiese apercibido su esposa; pero esta, disimulando tambien, continuaba en observacion.

Entre tanto el señor de Morlan habia escrito una carta, y dos horas despues se le presentaba un criado, anunciándole la visita de don Anacleto Ramirez.

El lector no debe sorprenderse, pues el acreedor á quien hemos dado á conocer, era un bri-

bon como el señor Manso, y como este obedecía las órdenes del señor de Morlan.

Ningun detalle habia olvidado el anciano.

Obra suya era cuanto sufrían doña Juana y Eloisa.

Aunque se habia firmado la transaccion, don Pedro queria estar seguro de que se cumplirían sus órdenes, y he ahí porqué habia querido hablar con el miserable don Anacleto.

La conversacion de ambos no tenemos para qué repetirla, pues basta decir que el verdadero acreedor habia sido siempre don Pedro de Morlan, aunque su nombre no habia figurado para nada en el asunto.

El señor Ramirez prometió continuar mostrándose inflexible.

Tambien él se envanecia con la rectitud de su conciencia.

A su nombre habia puesto aquel negocio el señor de Morlan, y si este cometia un abuso, aquel no se consideraba culpable.

Don Anacleto decia para sí:

—Indudablemente don Pedro es un infame; pero yo no puedo regenerarlo. Me paga generosamente, lo sirvo y le dejo la responsabilidad de sus acciones.

La verdad es quē el tal don Anacleto, lo mismo que los demás personajes que ya hemos dado á conocer, excepto Eloisa y su amante, explota-

ban la infamia de los demás, empeñándose en hacerse la ilusion de que los infames no eran ellos.

No era aquel el único negocio en que don Anacleto se habia metido.

Así habia vivido siempre, y así viviría.

La codicia era su pasion dominante, y por un puñado de oro, se le encontraba dispuesto á cometer toda clase de abusos con tal que no tuviese que arriesgar su existencia, pues era tan cobarde como el señor Manso.

Gozaba este con su posicion y las caricias de su bellissima esposa, así como el señor Ramirez no encontraba mayor goce que contemplar el oro que acumulaba.

Todos lo creian pobre, y era rico.

Vivia miserablemente.

¿Qué se proponia?

¿Para qué queria aquel dinero?

Los años pasaban, don Anacleto envejecia, y la muerte debia sorprenderlo antes de que con sus riquezas se hubiera proporcionado ni siquiera los goces de una vida de comodidades y decoro.

Esto pareceria inverosímil si no hubiésemos visto muchos ejemplos iguales.

Parece que no es posible desear el dinero que en nada ha de emplearse, y sin embargo, es muy cierto que los avaros acumulan riquezas, sin

otro fin que la satisfacion de poseerlas y contemplarlas.

Don Anacleto habia mentido al decir que tenia una esposa y cuatro hijos, pues no se habia casado, ni era posible que se casase un hombre como él

Adquirir obligaciones, gastar en sostener una familia, era para don Anacleto la mayor de las locuras.

No tenia parientes, lo cual consideraba una dicha.

Trabajaba sin cesar, desvelábase para combinar negocios y realizarlos, y no habia sacrificios que no se impusiese por adquirir algun oro más del que ya poseia.

Si le habia faltado el valor para cometer cierta clase de crímenes, en cambio habia sido cómplice en muchos, y de esto vamos á tener muy pronto una prueba.

Cuando el señor Ramirez salió de la morada de don Pedro, detúvose, reflexionó y dijo:

—Este asunto va bien, puedo considerarlo ya concluido y dentro de pocos dias tomaré la mitad del valor de los bienes de que hemos despojado á la huérfana. Luego me será preciso emprender un viaje, y como no he de volver á Madrid hasta despues de algunos meses, me convendrá intentar antes sacar algun dinero al otro bribon. Para obligarlo me faltan algunos datos;

pero los supliré con mi astucia y mi habilidad. El que no tiene la conciencia tranquila, teme á todas horas, y por consiguiente, el miedo ha de obligarle á abrir el bolsillo. Unas ideas traen otras, y el negocio de doña Juana, me ha hecho pensar en el de don Fernando. ¿Quién habia de creerlo? En verdad no hay nada tan digno de observacion y estudio como las coincidencias.

Desplegó una sonrisa don Anacleto, y se encaminó á la calle de San Bernardo.

CAPITULO XIII

Donde daremos noticias de los padres de Alberto.

Tenemos que ocuparnos de una historia antigua, aunque lo haremos con la posible brevedad sin hacer mencion de otros sucesos y detalles que los absolutamente precisos para que se comprenda con claridad la situacion.

Principiaremos por dar á conocer un nuevo personaje.

Don Fernando Guevara tenia cincuenta y cinco años y era dueño de una respetable fortuna que le producía una renta de más de seis mil duros.

Hasta los veinticinco años no habia conseguido hacer fortuna, á pesar de que para conseguirlo no habia descansado ni un instante desde que tuvo uso de razon; pero cuando ménos lo

esperaba, murió una prima suya, único pariente que tenia, y se encontró sin saber cómo dueño de una pingüe herencia.

Esto era cuanto el mundo sabia de don Fernando, y esto era verdad; pero en el asunto de la herencia habia mucho más que ignoraban todos y que nosotros vamos á dar á conocer.

La prima de don Fernando, que se llamaba Gabriela, era una de esas mujeres vivamente impresionables, extremadamente sensible.

Cuando cumplió diez y seis años tuvo la desgracia de que su corazon se interesase por un jóven que no contaba con otra fortuna que su talento, ni podia envanecerse más que con la nobleza de su corazon.

No tenia Gabriela madre, y su padre era muy severo y muy ambicioso, y muchas veces se le habia oido decir que preferia ver á su hija muerta á verla casada con un infeliz que nada representase en el mundo.

Con estos antecedentes, no se atrevió Gabriela á decir que amaba, pues sabia muy bien que desde el instante en que su secreto hubiera sido conocido, su severo padre, á quien sin exagerar podria calificársele de cruel, habria hecho cuanto es imaginable hasta conseguir separar para siempre á los dos jóvenes enamorados.

Entregándose á sus risueñas ilusiones y á sus no ménos risueñas esperanzas, dejó Gabriela

que el tiempo pasase, y dos años despues su padre le dijo.

—Prepárate á ser esposa de mi amigo el baron de la Laguna. Es un hombre de talento y de experiencia; su posicion es brillante, y lo será más, y por consiguiente, tu dicha no tendrá igual en el mundo.

Lo que sintió Gabriela no puede hacerse comprender.

Quiso hablar de su amor; pero tuvo miedo.

Reflexionó y se convenció de que seria inútil suplicar.

Faltábala valor para oponerse abiertamente á las resoluciones de su padre.

Al dia siguiente dió parte de aquella gran desdicha al hombre á quien amaba, y éste dejándose arrebatar por la ira y el dolor, trazó mil planes irrealizables.

¿Qué les era posible hacer?

Buscaban remedio y no lo encontraban.

El nuevo obstáculo encendió más y más su pasion devoradora, y como la desesperacion los trastornaba, pudo suceder que muy fácilmente cometiesen todo género de locuras.

La casualidad acudió en auxilio de Gabriela: el baron de la Laguna fué nombrado para desempeñar una comision diplomática reservada y urgente, y tuvo que salir de España sin que le fuese posible casarse antes.

Este suceso fué una dicha inmensa para los dos jóvenes, que más trastornados cada vez, más embriagados por su amor, concluyeron por olvidar sus más sagrados deberes.

La embriaguez debía pasar, Gabriela debía volver en sí de aquel letargo, y así sucedió.

Comprendió entonces toda su desgracia; pero ya era tarde para que retrocediese.

Horrorizóse al pensar en su situación, porque verdaderamente horribles eran las consecuencias de un momento de olvido.

¡Gabriela era madre!

Le tenía miedo á la deshonra; pero aceptaba con resignación el desprecio del mundo, porque lo creía un castigo justo y que había merecido sobradamente.

La desdichada se sentía con valor para todo ménos para arrostrar la cólera de su severo padre.

Su amante juró una y mil veces que repararía la falta en cuanto era posible, y que al hacerlo así no tenía que contrariarse, sino que por el contrario satisfacía todos sus deseos; pero ¿aceptaría la reparación el padre de Gabriela?

Era muy dudoso.

Era inútil buscar ningún medio para ocultar la falta.

Eduardo, que así se llamaba el amante de Gabriela, comprendiendo que el primer arre-

bato de la cólera es el más terrible, ó por lo ménos el más espantoso, sin consultar con su amada fué un día á ver al padre de esta, y le dijo:

—Caballero, yo soy de los hombres que aceptan siempre la responsabilidad de sus acciones. He cometido un abuso, le he inferido á usted una gravísima ofensa, y vengo para ofrecerlealmente la única reparacion posible. Si usted la acepta, se lo agradeceré como el mayor beneficio, y sino pagaré con la vida, que es todo lo que puede dar una criatura.

—¿Y de qué se trata?—preguntó ásperamente el caballero.

—De su hija de usted que...

—Basta,—interrumpió el severo padre.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Siniestro fulgor animó sus pupilas.

Su frente se contrajo.

Trascurrieron algunos minutos sin que articulase una sílaba.

No necesitaba más explicaciones para comprender que su hija estaba deshonrada.

—Bien,—dijo al fin,—adoptaré la resolucion que más me convenga.

—Caballero...

—Su nombre de usted y las señas de su casa.

Eduardo no se atrevia á replicar.

Sacó una tarjeta y la entregó al anciano.

—Puede usted irse, —dijo éste.

Aquella aparente calma era espantosa.

Una hora despues el severo padre llamaba á su hija, y le decia:

—Ya sé que estás deshonrada, que me has deshonrado...

—¡Padre mio!...

—Escuha.

—¡Ah!...

—Olvida al miserable que ha manchado mi honor.

En vano la jóven quiso suplicar.

Su padre la rechazó brutalmente y le volvió la espalda.

Pasó aquel dia y el siguiente.

Eduardo no se presentaba.

Gabriela le escribió, y su doncella fué á llevar la carta, pero no la entregó, porque en la casa donde habitaba el jóven de pupilo, dijeron que éste habia salido dos dias antes y que no habia vuelto.

¿Qué le habia sucedido?

No fué posible averiguarlo; pero nosotros lo sabemos y lo diremos: el severo padre habia hecho uso de su gran influencia y consiguió que el jóven fuese sorprendido en la calle por los agentes de la autoridad y enviado á las costas de Africa en clase de deportado y como un conspirador muy temible.

La que sufrió Gabriela no puede hacerse comprender.

Siguió esperando al hombre á quien amaba, y al fin creyó que el desdichado, en un momento de desesperacion, habia puesto fin á su penosa vida.

El padre cruel adoptó toda clase de precauciones para ocultar la falta de su hija,

Medio año despues nació Alberto y fué entregado á una mujer muy honrada para que lo criase.

Aquella mujer era casi una esclava del anciano. Prometió guardar la más escrupulosa reserva, y así lo cumplió.

Pasó otro año.

Volvió á Madrid el baron de la Laguna, y Gabriela tuvo que obedecer á su padre y casarse, haciendo así el último sacrificio que podia exigírsele.

El cielo quiso que otra vez fuese madre, y pudo estrechar entre sus brazos á una niña.

Murió el padre de Gabriela.

No podia esta hablar de su primer hijo, y se concretaba á dar dinero para que nada le faltase.

Para hacer todo esto continuaba Gabriela sirviéndose de su antigua doncella, que habia cambiado de posicion.

Algunas veces, en momentos de delirio, Ga-

briela tomaba la pluma y escribía lo que sentía, pintando su desgracia y sus mortales sufrimientos á grandes rasgos.

Así se proporcionaba un desahogo.

Aquellos apuntes podían servir también para que su pobre hijo Alberto pudiese algún día saber quienes habían sido sus padres.

No hizo Gabriela un relato fiel de los sucesos, pues ya hemos dicho que más bien se proponía desahogar su dolor.

Experimentó un nuevo golpe, porque murió su hija; y de esta desgracia habló también, resultando así que del manuscrito podía deducirse que la joven había tenido dos hijos, varón y hembra, y que esta había muerto en tierna edad.

Indudablemente con el trascurso del tiempo y nuevas circunstancias, hubiera concluido Gabriela por consignar con exactitud todos los sucesos; pero no pudo hacerlo así.

Su esposo murió.

Encontrábase ella libre, dueña de una gran fortuna y ya podía decir á la faz del mundo que Alberto era su hijo.

Sin embargo, quiso que pasase algún tiempo, respetando así ciertas conveniencias sociales.

La más negra fatalidad la perseguía.

Cuando vacilaba y trazaba su plan de con-

ducta, cayó enferma tan gravemente que comprendió que había llegado el fin de su vida.

Quiso ante todo poner á cubierto la suerte de su hijo y otorgó un testamento revelando su falta y nombrando su heredero único al niño infeliz.

En los momentos que firmaba, se le presentó un pariente á quien no había visto ya hacia muchos años, y que regresaba de un largo viaje.

Era Fernando.

Creyó Gabriela que el Omnipotente le enviaba un auxiliar, y confió el secreto á su primo, suplicándole sirviese de padre al huérfano.

Disimuló Fernando lo que sentía y prometió dedicarse exclusivamente á educar y hacer feliz al niño.

No se encontraba éste en Madrid, porque á consecuencia de una muy grave enfermedad, su nodriza había tenido que llevarlo en busca de la salud á las montañas de las provincias del Norte.

Otra persona había que conocía el secreto, porque en otro tiempo había merecido la confianza del padre de Gabriela.

Era don Anacleto.

Quiso la fatalidad, ó más bien la Providencia, que también por aquellos días llegase á Madrid.

Fué á visitar á Gabriela y la encontró moribunda.

La pobre, madre que no pensaba más que en la suerte de su hijo, al reconocer á don Anacleto Ramirez, esforzóse para hablar y muy trabajosamente pudo decir:

—He otorgado testamento..... Declaro que Alberto es mi hijo... Le dejo toda mi fortuna... Ahora se encuentra en las montañas de Santander .. He dispuesto que venga; pero no llegará á tiempo para que yo pueda darle el primero y el último abrazo, el primero y el último beso... ¡Hijo de mi alma!... Mi primo Fernando lo sabe todo... Cuidad de mi hijo y Dios os bendecirá...

La infeliz pronunció algunas palabras más que no pudieron entenderse.

Pocos minutos despues habia dejado de existir..

—Bien,—dijo don Anacleto,—aquí hay un gran negocio. Hablaremos con don Fernando y veremos lo que se consigue.

Entre tanto la antigua doncella se apoderaba del manuscrito de su señora.

Conferenciaron don Fernando y don Anacleto.

Eran dos miserables y se entendieron con facilidad.

El señor Ramirez no sabia cuando ni quien

había autorizado el testamento, pero sí que existía, y amenazaba con un escándalo.

Todo se arregló por veinte mil duros que don Fernando ofreció entregar apenas se hiciese cargo de los bienes de su prima.

Acudió al juzgado, diciendo que Gabriela había muerto sin testar, y como el era el único pariente, se le declaró heredero.

El señor Ramirez recibió los veinte mil duros.

Don Fernando, que también tenía conciencia hasta cierto punto como el señor de Morlan, continuó enviando mensualmente una cantidad a la nodriza de Alberto, si bien adoptaba mil precauciones para que no se supiese quien daba el dinero.

Sin haber revelado el secreto, murió la nodriza cuando el niño tenía doce años, y como este contaba con una pensión, no faltó quien lo amparase.

Alberto había encontrado entre el equipaje de su nodriza dos ó tres cartas de su madre, y así supo que esta se llamaba Gabriela, pero nada más.

La antigua doncella de Gabriela no era otra que doña Juana.

Así se explica cómo esta poseía el manuscrito, y cómo Alberto no dudó ni pudo sospechar que se le engañaba, puesto que comprobó y se

convenció de que la letra de aquellos apuntes era la misma de las cartas de su madre.

En aquellos apuntes se hablaba de la niña que había muerto, aunque sin expresar cuando, ni tampoco la circunstancia de que era hija legítima.

El nombre de Eduardo se consignaba en los apuntes, y por consiguiente, Alberto supo cómo se llamaba su padre.

Intentaría buscarlo, pero nada conseguiría.

Debía creerse que Eduardo había dejado de existir en el clima mortífero de la africana costa.

Lo dicho es bastante para que se comprenda la situación, y únicamente nos falta añadir que don Anacleto se proponía amenazar otra vez á don Fernando para sacarle algún dinero, amenaza que era tanto más terrible, cuanto que Alberto vivía.

Ahora podemo seguir al miserable avaro y presenciar la escena que tenía lugar en la morada del tío de Alberto.

CAPITULO XIV

De cómo amenazó un nuevo peligro el infeliz Alberto.

Hacia ya algunos años que no se habían visto don Fernando y don Anacleto.

No esperaba el primero la visita del segundo, y no solamente se sorprendió al anunciarle al señor Ramirez, sino que se sintió vivamente contrariado.

No era posible que el avaro fuese á llevar ninguna buena noticia, sino á tratar algun asunto muy desagradable.

Sin embargo, el tío de Alberto no podía dejar de recibir á su cómplice, y dijo:

—Que entre.

Con su eterna y dulce sonrisa se presentó don Anacleto.

Cruzáronse algunas palabras ceremoniosas.

Don Fernando, que era naturalmente grave, adusto y reservado, respondió casi ásperamente al saludo del señor Ramirez y luego fijó en este una mirada penetrante y escudriñadora.

—Supongo,—dijo don Anacleto,—que no esperaba usted mi visita.

—Ni la esperaba ni la deseaba,—contestó bruscamente el tío de Alberto.

—Sin embargo, como hay entre nosotros algun asunto pendiente y es asunto de muchísimo interés...

—Ninguno.

—Perdone usted, caballero.

—Señor Ramirez, yo le agradecería á usted mucho que se explicase con tanta claridad como laconismo, porque á más de que el tiempo no me sobra, nuestra conversacion ha de ser desagradable.

—Yo quisiera ser breve, muy breve; pero las circunstancias exigen ciertas explicaciones de que no puedo prescindir si hemos de llegar á entendernos.

—Ignoro á que clase de circunstancias se refiere usted.

—La situacion ha cambiado completamente.

—Es posible,

—Me permitirá usted recordar...

—No es menester, porque nada he olvidado.

—¿Y conoce usted la situación de su sobrino?

—Sí.

—¿Y sabe usted que ahora ha tomado con grandísimo empeño el averiguar quienes fueron sus padres?

—Es natural que desee saberlo.

—Segun he podido entender, encontró unas cartas de su madre y...

—Nada conseguirá.

—Me parece que puede usted estar tranquilo mientras yo continúe guardando el secreto; pero es el caso que los tiempos están mal, que los negocios van peor cada vez, particularmente para mí, y que he sufrido grandes pérdidas y me encuentro arruinado y aun amenazado por la miseria.

Más de lo que estaba se contrajo la frente de don Fernando.

No necesitaba más explicaciones para comprender lo que deseaba don Anacleto, y replicó con no menos aspereza que antes.

—¿Y qué me importa?

—A usted nada, pero á mí mucho.

—Lo siento y deseo que rehaga usted su fortuna.

—Para conseguirlo así trabajo sin descansar.

—¿Y ha venido usted para participármelo?

—Ni más ni menos.

—Pues me parece que ha perdido usted un tiempo precioso. Tampoco á mí me sonríe la fortuna, pues quise hacer algunas jugadas en la bolsa y en pocos meses he perdido más de treinta mil duros.

—Las lecciones de la experiencia cuestan muy caras.

—Pesán sobre mí grandes obligaciones, y no me es posible ofrecerle á usted auxilio.

—Así lo he supuesto.

—Entonces...

—He trabajado por mi propia cuenta.

—¿Y bien?

—Calculando poco más ó menos la época en que su muy apreciable prima de usted debió otorgar testamento, lo cual no haría sino después de enviudar busco antecedentes en todas las escribanías de Madrid y abrigo la esperanza de encontrar lo que deseo.

Lívido se tornó el rostro de don Fernando.

Viósele temblar.

Ya no era posible que se atreviese á tratar con desprecio al señor Ramirez.

Si este exigía dinero sería preciso dárselo, porque amenazaba, no solamente con la ruina, sino con una causa criminal, cuyo resultado no era dudoso.

Desplegó una muy dulce sonrisa don Anacleto.

Pasaron algunos minutos sin que ninguno de los dos hablase.

Si Alberto hubiera dejado de existir, nada hubiera tenido que temer su tío.

Esta era la única salvacion del miserable, que dijo para sí:

—¿Y por qué no se ha muerto esa criatura, que en el mundo no representa sino la deshonra de una familia?

La idea, que significaba un vivo deseo, no podía ser ni más criminal, ni más horrible.

No hubiera vacilado don Fernando en aquellos momentos para aniquilar á su sobrino si le hubiera sido posible.

¿Seria capaz de intentar un asesinato?

Don Fernando era capaz de todo, porque no conocia la conciencia, no tenia corazon, habia cometido ya más de un crimen, y era de esos hombres serenos que no retroceden, que ni siquiera se detienen y que con calma y sin vacilacion avanzan imperturbablemente hasta el fin que se han propuesto.

Brilló en el fondo de sus negras pupilas como una luz siniestra.

—Concluya usted, —dijo al fin con voz opaca.

—La necesid me obliga, caballero, y le nece-

sidad carece de ley. Ya sabe usted lo que son cierta clase de situaciones. ¿Por qué se apoderó usted sin ningún escrúpulo de los bienes que pertenecían á su sobrino? La pícara necesidad, ante la que callan todos los sentimientos, calla también la conciencia. Los hombres son virtuosos mientras pueden serlo. Los virtuosos hacen muchos sacrificios; pero todo esto tiene sus límites, porque en el orden moral todo es limitado como en el físico, y además las circunstancias, que son lo mismo el gran auxiliar que el mayor enemigo de la criatura, las circunstancias que...

—Basta de observaciones.

—Es que deseo que se convenza usted de que no soy tan miserable como parezco, ó que no lo soy más que hasta cierto punto y contra mi voluntad, y sobre todo que no le quede á usted duda de que me ha sucedido lo mismo que á todos los hombres, es decir, que he tenido que someterme á las circunstancias.

—El resultado es lo que me importa, —replicó el tío de Alberto.

—Seis años hace que no lo he molestado á usted ni siquiera con mi presencia, y para que estuviese usted más tranquilo, me alejé de Madrid.

—Gracias, — respondió irónicamente don Fernando.

—Pero ahora el demonio de la necesidad, y ese demonio implacable...

—¿Qué quiere usted?

—Necesito medios para rehacer mi fortuna.

—Ha venido usted á pedirme dinero, ¿no es verdad?

—Con mucha pena.

—Acabo de decirlo á usted...

—Sí, que en pocos meses ha tenido usted la desgracia de perder más de treinta mil duros; pero esa cantidad no constituye su fortuna, pues el capital que usted posee no debe representarse por ménos de seis millones, y aún suponiendo que no le queden más que cinco...

—Exajera usted.

—Lo fijaremos en cuatro,—dijo don Anacleto Ramirez con calma inalterable.

—Me parece que no es menester hacer semejantes apreciaciones.

—Es preciso, porque solo así tendremos una base de que partir.

—No comprendo.

—Me explicaré con más claridad y concluiré muy pronto.

—Mejor seria que se concretase usted á decir cuanto dinero necesita para salir de sus apuros.

—No quiero que me dé usted lo que necesito.

sino lo que sea justo como recompensa á los grandes servicios que le he prestado.

—Señor Ramirez, la recompensa la recibió usted declarando que estaba satisfecho y que nada tenia que reclamarme.

—Pero desde entonces...

—La cuestion es la misma.

—No, porque en aquel tiempo habia peligro de que un incidente ó una consideracion cualquiera descubriese la intriga y lo perdiese usted todo aunque yo guardase muy escrupulosamente el secreto; pero ahora el único peligro soy yo, y si callo, nadie se ocupará de usted.

—En concepto de recompensa ó de auxilio, sepamos lo que quiere usted.

—El cincuenta por ciento de los bienes que le quedan á usted y que pertenecen á su sobrino.

No pudo don Fernando dominarse.

Fijó una mirada terrible en su cómplice.

—¡La mitad de mi fortuna!—exclamó.

—Eso he dicho,—repuso con calma don Anacleto.

—¡Miserable!...

—He ahí una calificacion que yo he aceptado espontáneamente.

—Abusa usted de su situacion.

—Claro es que abuso; pero el ejemplo me lo ha dado usted.

—La mitad de mi fortuna... ¡Jamás!

—La perderá usted toda.

—La perderé; pero me quedará el placer de la venganza, y usted no se gozará en su obra.

—Esa amenaza es ménos terrible que la mía.

Don Fernando, dejándose llevar por el impulso de su cólera, levantóse, acercóse á don Anacleto, lo asió por un brazo, lo sacudió brutalmente y gritó fuera de sí:

—¡Traidor!... Yo me veré arruinado, pero tú morirás... No me conoces bien.

Poseído de terror se sintió el señor Ramirez.

Miró con espantados ojos á don Fernando.

Guardó silencio por algunos instantes, y al fin, haciendo un esfuerzo, replicó:

—Está bien... Los dos nos perderemos.

Don Fernando se acercó á la mesa, abrió un cajon y sacó un paquete de billetes de Banco, diciendo con voz ahogada todavía por la cólera:

—Tome usted.

—¿Y qué es eso?

—Cinco mil duros.

Púsose en pié el señor Ramirez, retrocedió hasta llegar junto á la puerta y dijo:

—No he venido á pedir una limosna.

—¡Oh!...

—Rebajaré, aceptaré el cuarenta por ciento, el treinta...

—Concluyamos.

—Ya he concluido.

—Doblaré la cantidad...

—Es poco.

—La triplicaré...

—No.

—Señor Ramírez, piense usted que muy trabajosamente me contengo.

—Pues bien, me daré por satisfecho con la quinta parte de la herencia...

—No puedo disponer de una cantidad tan crecida, ni tengo de donde sacarla.

—Me cederá usted algunas fincas, ó papel del Estado...

—No,—replicó firmemente don Fernando,—no cederé.

—Reflexione usted y dentro de dos ó tres dias...

—Daré quince mil duros, esta es mi última resolución.

—Esperaré.

—Es inútil, y aún los quince mil duros, me parece demasiado, porque siempre quedaré á merced de nuevos abusos.

—Daré á usted una garantía que lo ponga á cubierto de todas mis exigencias; pero en cuanto á la cantidad...

—Puede usted hacer lo que mejor le parezca: pero no se olvide de que he jurado vengarme.

Y al decir esto, volvió á sentarse don Fernando y guardó los billetes.

—A pesar de la firmeza de esa resolución, esperaré algunos días y entretanto seguiré trabajando para averiguar en qué escribanía se encuentra archivado el testamento.

Don Anacleto salió sin pronunciar una palabra más.

Don Fernanco apoyó los codos en la mesa, y la frente en las manos.

Cerca de una hora permaneció inmóvil.

Cuando levantó la cabeza estaba su rostro contraído, casi desfigurado y cubierto de nerviosa palidez.

Su mirada era profundamente sombría, y más sombríos sus pensamientos.

¿Daría la cantidad que le exigía el señor Ramirez?

Así tendría que hacerlo si otro recurso no le quedaba, pero antes intentaría cometer un nuevo crimen.

Bien puede decirse que Alberto acababa de ser sentenciado á muerte.

De mil medios podía valerse don Fernando para libertarse de su sobrino.

Tenia un plazo y lo aprovecharía bien.

De todas maneras y aunque accediese á las exigencias de don Anacleto, don Fernando quedaría rico y Alberto pobre, sin saber á quien

debía la existencia y creyendo que Eloisa era su hermana.

Dejaremos á don Fernando combinando el nuevo plan y nos ocuparemos otra vez de don Angel para saber si habia encontrado medio de salir del apuro.

CAPITULO XV

Don Angel huye de un peligro y cae en otro.

El señor Manso estaba decidido á guardar el secreto, porque así le convenia; pero no queria ser blanco del enojo de doña Juana, enojo que le infundia más terror desde que don Pedro habia dicho que era muy cierto que aquella mujer diabólica tenia medios para vengarse.

Por depronto, entre dos males elegia el menor don Angel, pero no quedaba así satisfecho, ni era posible que quedase, y habia cavilado buscando el medio de libertase de los dos peligros.

Sin dormir pasó casi toda la noche del dia en que visitó al señor de Morlan, y cuando la aurora empezaba á sonreir, don Angel brincó de repente de su lecho, y exclamó:

—¡Ah!...

Aquel brusco movimiento, y su voz, que resonó doblemente en medio del silencio absoluto que reinaba en toda la casa, fueron bastante para que despertase Luisa un si es no es sobresaltada, y volviendo la cabeza y mientras sacaba de entre el ropaje las mórbidas manos para restregarse los ojos, pudo ver que los de su esposo brillaban con el fuego de la más viva alegría.

En lo de ver pudo Luisa equivocarse, porque no había en el aposento más luz que la rojiza y amortiguada de una lamparilla; pero sus oídos no podían engañarla, y oyó que su esposo decía:

—Ya puedo tranquilizarme, porque esa mujer no encontrará pretexto para hacerme mal, y si después me amenaza con hablar del asunto á mí mujer...

Interrumpióse don Angel y miró recelosamente á Luisa, que otra vez había cerrado los ojos y fingía dormir.

—Estoy satisfecho,—añadió después de algunos segundos el señor de Morlan.—Ahora gozo más con mi dicha, y es por que la he visto en peligro.

Entonces fué cuando el buen esposo pudo conciliar el sueño, pero en cambio Luisa no se volvió á dormir.

Ambos se vistieron á la hora de costumbre. Ella apenas podía disimular su preocupacion.

Fué don Angel á su oficina, y á las dos de la tarde se encaminó á la vivienda de la viuda.

Así, aunque la conferencia se prolongase, podia volver á su casa á la hora de costumbre.

El miserable habia dado á su rostro la expresion del sufrimiento.

Con lánguida voz y mientras exhalaba penosos suspiros, saludó á doña Juana.

—Ha sido usted exacto,—dijo ésta.

—La exactitud es precisa cuando se trata de asuntos graves.

—¿Ha reflexionado usted?

—Sí.

—¿Y ha decidido?

—Señora, abrigo la esperanza de que usted, sino para hacerme un beneficio; para evitar escándalos que á todos pueden perjudicar...

—Señor Manso,—interrumpió la viuda;—no se moleste usted inútilmente.

—Tengo que explicar...

—No quiero explicaciones.

—Pero...

—¿Qué ha decidido usted?

—¡Oh!... Esto es un abuso...

—Sí, como uno de tantos que usted ha cometido.

—¿Qué perderá usted por dejarme hablar?

—El tiempo y la paciencia,—respondió desdenosamente doña Juana.

El señor Manso elevó al cielo una mirada dolorosa, cambió de postura, y volvió á suspirar tristemente.

—Está bien,—dijo;—puesto que es forzoso, me resignaré y revelaré el secreto; pero si después me pide usted explicaciones que ahora no quiere escuchar...

—Ningunas pediré.

Don Angel se acercó más á la viuda, miró como recelosamente á su alrededor, y preguntó en voz baja:

—¿Tiene usted la seguridad de que nadie nos escucha?

—Seguridad completa.

—Por que si esa pobre niña llegase á entender...

—Puede usted acercarse á la puerta y mirar al inmediato aposento, y así quedará convencido.

Hízolo así don Angel.

Sentóse otra vez.

—Ya escucho,—dijo la viuda mientras fijaba una mirada escudriñadora en su interlocutor.

—Señora, las consecuencias de la revelacion que voy á hacer...

—Usted nada perderá, puesto que á nadie he de decir como he conseguido averiguar quien es el padre de la niña.

—Se equivoca usted.

—No puedo equivocarme en lo que depende de mí.

—Siquiera, prométame usted no hacerme nuevas exigencias.

—Lo prometo.

—Si no cumple usted su palabra...

—Los criminales son también honrados á su manera, saben cumplir lo que prometen.

—He sufrido lo que nadie puede imaginar, porque mi situación no se parece á la de ninguna criatura. Aunque soy un desalmado cuando se trata de ciertas afecciones....

—¿Otra vez los comentarios?—interrumpió la viuda.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó con voz ahogada el señor Manso.

Parecía que apenas podía pronunciar una palabra.

No era ménos hábil para finjir que la viuda.

Esta permanencia impasible, y después de algunos momentos, entreabrió los labios para sonreír tan irónica como desdeñosamente.

—Cuando conozca usted el secreto, comprenderá usted lo que sufro.

—Concluyamos.

—El padre de esa niña es un desgraciado que tiene que trabajar día y noche para vivir con decoro, y que ha guardado el secreto de su

debilidad para que no le hagan cierta clase de exigencias que no podría satisfacer.

—Su nombre.

—Voy á pronunciarlo.

No hay que decir que don Angel ponía en práctica el plan que había trazado aquella madrugada cuando estaba en su lecho.

Doña Juana no sospechó que el misereble se atreviese á mentir, pues sería muy fácil poner en claro la verdad.

Aparentó el señor Manso que hacia sobrenaturales esfuerzos, y al fin exclamó:

—El padre de esa criatura inocente, el hombre desdichado y digno de compasion....

—Su nombre,—volvió á decir doña Juana.

—¡Soy yo!

Y no bien hubo pronunciado estas palabras, humedecieronse sus ojos, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Imposible es que se comprenda el efecto que produjo en la viuda la revelacion que don Angel acababa de hacer.

—¡Usted padre de María!—exclamó doña Juana.

Y sus ojos se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas, y su mirada se fijó con expresion indescriptible en el señor Manso.

—¡Sí, yo soy su padre!

—¡Imposible, imposible!...

—Por mi desdicha es verdad...

—¡Su padre usted!... No, no... ¡Oh!...

—Yo desearia tener á mi hija á mi lado, trabajar para ella, hacerla feliz; pero en mi situación...

—No, eso no es verdad.

—Para que nada sospechase usted he representado siempre el papel de un encargado de otra persona... ¡Ah!... Acuérdesse usted de sus promesas... No me pida más explicaciones, no exija de mí lo que no pueda dar... ¡Dios mío!... He cometido muchas y muy grandes faltas, y reconozco que la espiación es justa.

Como si se hubiesen agotado las fuerzas de don Angel, el bribon guardó silencio, inclinó languidamente la cabeza y exhaló un suspiro que parecia llevarse trás sí el alma.

La viuda no estaba convencida.

Contempló al que pudiéramos llamar su cómplice, reflexionó y dijo despues de algunos minutos.

—Señor Manso, no quiero explicaciones que he renunciado á exigir; pero sí pruebas de que no se me engaña.

—¡Pruebas!... ¿Y qué clase de pruebas he de dar?

—En todo lo que ha sucedido encuentro contradicciones, y si usted no justifica lo que parece hasta absurdo...

—Señora, en cuanto á los antecedentes, daré todas las explicaciones que mi delicada situación me permita.

—Era usted pobre cuando yo lo conocí.

—Ciertamente.

—Y sin embargo, á mí se me pagaba con exactitud y largueza por criar á la niña que usted puso á mi cuidado.

—¿Y no le ha ocurrido á usted pensar que la mujer que me sacrificó su honor podía ser rica?

—Ya le he dicho á usted que la conozco, y efectivamente, si no es rica, sé que contaba con recursos para vivir con lujo y comodidades.

—Entonces...

—Después han cambiado las circunstancias.

—Pero no he podido...

—Ha cumplido usted sus deberes con la mujer á quien deshonró.

—En cuanto me ha sido posible, esa es la verdad, porque no soy tan malo como parezco.

—¿Y cómo se explica que habiéndose usted casado con la misma mujer que le sacrificó su honra, con la madre de esa niña?...

—¡Señora!...

—Ya he dicho que lo sé todo, que conozco perfectamente á la madre de María.

—Puesto que la conoce usted...

—No se comprende que por tanto tiempo haya podido dominar los impulsos de su corazón de

madre, siendo así que hasta donde es posible ha legitimado su falta, y que sin rubor puede ahora decir á la faz del mundo, que esa niña es su hija.

—No comprendo,—murmuró don Angel.—
Estoy aturdido.

Y se pasó las manos por la frente.

Empezaba á sentirse aturdido, completamente trastornado.

Su plan empezaba á producir un resultado que no habia podido esperar, y que tenia algo de espantoso.

¿Qué queria decir doña Juana?

Aunque ésta habia hablado con bastante claridad, don Angel no la entendia, porque no le convenia entenderla.

¿Por qué aseguraba la viuda que la mujer de quien se trataba podia sin rubor y á la faz del mundo decir que era madre de Eloisa, ó más bien María?

Densa palidez cubrió el rostro del señor Manso.

No fingia en aquellos momentos.

Quiso pedir explicaciones y no pudo ó no se atrevió.

La viuda prosiguió diciendo:

—Sé lo que es una criatura desalmada; pero tambien sé lo que es el corazon de una madre.
¿Cómo ha podido dominarse su esposa de usted?

Si ella cree que su hija murió, usted ha podido descubrir la verdad.

—¡Mi esposa!...

—Y si esa verdad horrible ha seguido usted ocultándola para no verse obligado á reconocer á su hija, ¿por qué se cree usted con derecho á ser compadecido? Siempre he creído que era usted un miserable; pero no he podido concebir tanta maldad. La sustitucion de una niña por otra se concibe en mí, puesto que ningun mal hacia á mi hija; pero en usted...

—Estoy aturdido: habla usted de mi esposa...

—Basta de finjimiento,—replicó enérgicamente la viuda mientras fijaba en el señor Manso una mirada terrible.—Lo sé todo, porque hace muchos años que conozco á su esposa de usted, y con mucha facilidad averigué que era hija suya la niña que habian puesto á mi cuidado.

Frio sudor corrió por la frente de don Angel.

Sabemos ya que nunca habia sido muy escrupuloso en cuanto á la conducta de Luisa, porque mirando solamente su conciencia, pensando ante todo en hacer fortuna y en proporcionarse goces, habíase esforzado para hacerse la ilusion de que las apariencias engañaban, acabando por creer que ella era incapaz de cometer la falta más leve.

Empero hay gran diferencia entre las sospe-

chas y la realidad, y la realidad se presentaba repentinamente, desnuda, fría, espantable al señor Manso.

¡Su esposa había tenido un hijo antes de casarse!

Esto era horrible, y doblemente horrible, porque aquel hijo vivía por más que creyese su madre que había muerto.

Aunque Luisa no hubiese cometido ninguna falta durante su matrimonio, había manchado su honra antes de casarse.

El señor Manso había proclamado siempre aquel principio de «lo que no fué en mi año, no es en mi daño»; pero una cosa es aceptar teorías, y otra practicarlas.

No sufría lo que hubiera sufrido otro cualquier hombre, y de seguro había de consolarse muy pronto y quedar en buenas relaciones con su esposa, reconociendo que no tenía derecho á pedirle cuentas de su conducta durante la época anterior á su matrimonio.

En cuanto al triste papel que representaba siendo casi el esclavo de don Pedro de Morlan, del seductor de Luisa, no hay que decir que antes que aceptarlo hubiera preferido la muerte cualquier hombre por poca que fuese su dignidad, por poco que se estimase.

Sí, don Angel se consolaba bien pronto y por todo pasaría; pero la sorpresa lo había tras-

tornado, y aunque fuese por poco tiempo, ello es que sufría mucho.

Además pensaba en las consecuencias.

No era difícil que la viuda, en la situación apurada en que se veía, y viendo ya en la joven más bien un estorbo, revelase á esta el secreto.

En semejante caso Eloisa, ó María según quiera llamársela, exigiría que sus padres la reconociesen, ó que siquiera se hiciesen cargo de ella, porque sobre no tener otro amparo, había de serle insoportable la vida con la mujer que la había hecho objeto de una especulación, y á especulaciones más criminales la destinaba.

Todo le parecía bien á don Angel; pero no se avenía á trabajar para sostener aquella criatura fruto de los goces, de la debilidad y el estravío de otro.

Doña Juana, una vez que había principiado á dar explicaciones, quería concluir, y prosiguió diciendo:

—Su esposa de usted fué amiga íntima de Gabriela Guevara, á la que confió el secreto de su deshora, y como la infeliz Gabriela tampoco tenía secretos para mí...

—Comprendo, comprendo, — dijo el señor Manso, que apenas podía respirar.

—¿Por qué se admira usted? ¿Qué es lo que le ha sorprendido? ¿Por qué se turba? Bien terminantemente le aseguré que no me era desco-

nocida la madre de esa criatura, y por consiguiente...

—Sí; pero... ¡Oh!... ¡Mi esposa!... y yo su padre... y luego... no sé, no sé... ¡voy á volverme loco!

Púsose en pié don Angel y empezó á recorrer con desiguales pasos y en todos sentidos la habitacion.

—Reconocerá usted á su hija,—doña Juana.

—Jamás, jamás.

—Pues yo dispondré de su suerte.

Como don Angel sufria cada momento más, como cada momento estaba más aturdido, convencíase de que le era imposible continuar la conversacion sin cometer nuevas torpezas y sin comprometerse más de lo que se había comprometido.

Habia escapado de un peligro y caia en otro mayor.

¿Qué era lo que le convenia hacer?

Adoptó una resolucion desesperada, la de poner fin bruscamente á la conversacion.

El miserable tomó su sombrero, y antes de que la viuda pudiese estorbarlo, salió del aposento y de la casa.

—¡Es su padre!—murmuró doña Juana con sorda voz.—Ha conseguido engañarme; pero le pesará.

Entre tanto don Angel, con el rostro lívido

y descompuesto dejaba atrás calles y calles dirigiéndose á su casa y diciendo para sí:

—¡Y yo que la creía tan pura!.... ¡Oh!..... Ahora comprendo muchas cosas que antes me parecían inverosímiles... Por eso el hipócrita Morlan... Me vengaré, me vengaré, y todos sufrirán los efectos de mi cólera, todos menos Luisa, porque no puedo dejar de amarla, porque me hace feliz... ¿Y qué suerte me aguarda?... Los documentos que tiene en su poder Morlan... ¡No podré vengarme!

Quince minutos despues llegaba á su casa el señor Manso.

Tuvo que detenerse en el portal para recobrar el aliento.

Aún no se daba cuenta de la situación.

—Apuremos la copa de la amargura,— dijo.

Y empezó á subir la escalera.

CAPITULO XVI

Eloisa se acerca á su perdicion.

No pintaremos la escena que entre los dos esposos tuvo lugar, porque basta conocer sus resultados.

Luisa, aunque muy delicadamente hizo comprender á su esposo que no tenia razon para quejarse, pues si sufría alguna mortificacion de puro amor propio, habria recibido en cambio sobrada recompensa, y que no se gana sin exponerse á perder, ni en este mundo se consigue nada sin hacer algun sacrificio.

Con esto, con algunas protextas y juramentos de fidelidad y de amor, algunas lágrimas y frases de ternura, el buen esposo quedó convenido y prometió olvidar aquel desagradable asunto.

Ni una sola palabra dijo sobre la criminal sustitucion de la desdichada niña, y por consiguiente, Luisa siguió creyendo que su hija habia dejado de existir.

Tampoco quiso don Angel hablar de lo sucedido al señor de Morlan, pues en último caso no habia de conseguir más que provocar el enojo de este, enojo que para aquel era demasiado temible.

Entre tanto doña Juana, viendo que el señor Manso tenia propósito firme de desentenderse de su hija, decidió ocuparse otra vez y con mayor empeño en llevar á cabo el primer plan que habia concebido.

¿Y qué era de Eloisa?

Su espíritu no habia recobrado la tranquilidad, y su sufrimiento era mayor á medida que el tiempo pasaba.

Sobrehumanos esfuerzos habia hecho la infeliz para olvidar al hombre á quien amaba tanto; pero aquellos esfuerzos de la voluntad, no habian producido otro resultado que el de encender más y más su pasión.

¿Qué pensaba de Alberto?

Quiso condenarlo, creer que era un miserable perjurio; pero leyó muchas veces la carta que ya hemos dado á conocer, y contra las opiniones de la viuda, contra lo que su misma razon le decia, concluyó la infeliz jóven por hacer justicia á los

nobles sentimientos del hombre que habia destrozado su corazon.

Sin embargo, con frecuencia empeñábase en creer que ya no amaba á Alberto, que lo odiaba.

¡Vana ilusion!

De todas maneras el terrible desengaño habia producido sus naturales efectos en el alma de Eloisa, que empezaba á perder la fé, poniendo en duda la virtud, y mirando el mundo á través del prisma de la hiel que emponzoñaba su alma.

Así se facilitaba la realizacion de los proyectos criminales de la viuda, y así ganaba terreno el señor de Morlan, sin que pareciese que adelantaba nada.

Otros quince dias pasaron.

Acercábase el término del plazo concedido por el señor Ramirez.

Las dos mujeres habian agotado todos sus recursos y empezaban á vivir vendiendo ó empeñando las prendas de algun valor que tenían.

Muy pronto habrian de hacer lo mismo con el mobiliario de la casa.

Cada uno de aquellos sacrificios parecia añadenar á la viuda, cuya salud se quebrantaba más y más.

La jóven sufría silenciosamente y no exhalaba una queja, á pesar de que en el espacio de

una semana su salud se habia resentido mucho más que la de la mujer á quien llamaba madre.

Una tarde á las cuatro se presentó el señor de Morlan.

Eloisa se retiró á su gabinete, y don Pedro y la viuda conferenciaron por espacio de dos horas.

Se habian entendido perfectamente, y puede decirse que la suerte de la jóven estaba ya decidida.

Cuando don Pedro salió, doña Juana le dijo á Eloisa:

—Llegó el dia de la miseria.

—No lo olvido, madre mia.

—Vendiendo lo que nos queda podremos atender á nuestras necesidades algunas semanas más; pero esto no es la salvacion, es prolongar la agonía, y cuando al fin ha de morirse, se comete una torpeza dilatando el sufrimiento.

—Confio en el Omnipotente.

—Sí, confia cuando se trata de la eternidad; pero en este mundo no tiene la criatura más que aquello que busca y consigue en fuerza de trabajo ó de sacrificio, y si tú aceptas la miseria....

—¿Puedo hacer otra cosa?

—Yo quiero luchar.

—No comprendo más lucha que el trabajo y la constancia.

—¿Aún no estás convencida de lo que dá de sí el trabajo de la mujer?

—Sí lo estoy.

—Pues bien, á toda costa ganaré tiempo, y con el trascurso del tiempo nos favorecerán las circunstancias. Para encerrarnos en una bohardilla y morirnos de hambre y de desesperación....

—No me quejaré.

—Pero sufrirás mucho, y yo no quiero sufrir, ya lo he dicho.

—Si algun medio hay...

—He aceptado los ofrecimientos generosos de don Pedro de Morlan.

—¡Madre mia!—exclamó la jóven con tono de terror profundo.

—En la situacion en que nos encontramos, en la que hemos de vernos dentro de pocos dias, mi débil existencia...

—No, no.

—Moriré muy pronto, no lo dudes.

—¡Morir mi madre! ¡la única persona que puede endulzar mi triste vida!... No, y mil veces no,—dijo la jóven desesperadamente.

Y en tanto que un torrente de lágrimas se escapaba de sus ojos, abrazó y besó muchas veces y con inmensa ternura á doña Juana.

—¿Con qué me procurarás los cuidados que necesito? ¿Cómo he de tener la tranquilidad que

me es absolutamente indispensable para vivir?... Y tú, hija de mi alma, ¿cómo has de soportar las privaciones que te esperan? No te quejarás, ya lo sé; pero yo comprenderé tu sufrimiento y veré cómo se consume lentamente tu existencia. La alternativa no puede ser más horrible: ó muero y te dejo abandonada, desamparada en este mundo de maldades, ó te veo morir agoviada por el peso enorme de la miseria... ¡Oh! .. Antes todos los sacrificios. La Providencia nos envía un socorro: ¿por qué no hemos de aceptarlo? Ningun motivo tenemos para rechazar al amigo generoso que nos ofrece la salvacion, y aunque nuestro orgullo se sienta herido, en la tristísima situacion en que nos encontramos, debemos ser humildes, siquiera porque el orgullo es una ridiculez en los pobres.

Eloisa, trastornada por el dolor y dominada por el respeto que doña Juana le infundía, no se atrevió á replicar.

Se le exigía un sacrificio más en beneficio de su madre.

¡Infeliz criatura!

Como buena hija estaba obligada á sacrificarlo todo ménos la honra, y ésta no parecía que peligrase, puesto que ni la viuda ni el señor de Morlan habian dejado entrever sus criminales intenciones.

—Obedeceré, madre mia, —dijo la infeliz jó-

ven despues de algunos minutos,—aceptaré ese beneficio si así ha de ser usted dichosa.

—Gracias, hija mia, gracias.

—¿Y en qué forma ó de qué manera nos ofrece su proteccion el señor de Morlan?

—Pone á nuestra disposicion cuanto necesitamos para vivir con decoro y hasta con lujo, y tan vivo interés le inspira nuestra desgracia, que no ha olvidado ni un solo detalle.

—¿Acaso nos señala una renta?

—Por de pronto iremos á vivir á la hermosa quinta que tiene en las cercanias de Hortaleza, porque así mi salud ganará mucho, y además nos veremos libres de la curiosidad de amigos impertinentes y de ser objeto de la murmuracion.

—En su casa...

—Una casa que él no habita, y á la que no irá sino alguna vez para visitarnos, lo mismo que ahora sucede. El señor de Morlan me ha hablado con la más noble franqueza, y me ha dado todas las seguridades con respecto á nuestra libertad.

—Pero semejante situacion no puede ser definitiva.

—Claro es que no.

—Y más ó ménos tarde nos será preciso dejar la casa de don Pedro para ir á la boardilla que tanto nos espanta.

—Nuestro amigo ofrece buscar medios para arreglar nuestros asuntos y asegurar nuestro porvenir.

—Todo eso es muy vago.

—Hija mia, sigo creyendo que el señor de Morlan te ama, y si al fin tú decides corresponder á su ternura, todas las dificultades quedarán resueltas. Sobre este punto no quiero aconsejarte, y me concretaré á recordar lo que muchas veces he dicho. ¿Qué esperas en el mundo? Hace un mes tenias motivos para entregarte á ilusiones risueñas, pero los sucesos te han dado terribles lecciones que debes aprovechar. Ya empiezas á conocer el mundo; viendo estás que el amor, el desinterés y otras muchas virtudes, no son más que bellas teorías que halagan á los corazones juveniles. El amor no es más que un pretexto para justificar un negocio. ¿Por qué se casan las mujeres? Por que tienen necesidad de casarse para asegurar su porvenir. ¿Se casan todas por amor? Algunas, muy pocas, pero esto no es más que una casualidad. Lo que todas hacen es fingir que están enamoradas, y aunque se contrarian durante el primer año de su matrimonio, acaban por acostumbrarse y por aceptar aquella situacion que por mala que sea es mejor siempre que la que les esperaba quedándose solteras. Ante todo es menester pensar en vivir, y vivir bien, y esto es lo que todos hacen,

si bien no lo dicen, porque el mundo es hipócrita y exige que se cubran las apariencias. Medita y decide, en la inteligencia de que yo, segun te he dicho, te dejo en la más absoluta libertad.

No podian ser más desconsoladoras, más horribles las palabras de la viuda.

Creyó la jóven prudente no hacer ninguna observacion, y se concretó á decir:

—Desde el momento que yo acepte la proteccion del señor de Morlan, habré de considerarme obligada por la gratitud:

—Exajeras.

—Consumaré el sacrificio,—repuso Eloisa con breve acento y poniéndose en pié.

—Mañana abandonaremos esta casa para siempre, y el mayordomo del señor Morlan seguirá entendiéndose con el señor Ramirez, y se hará cargo de los muebles que han de quedar aquí.

—En ese caso debemos ocuparnos hoy en arreglar nuestro equipaje.

—Sí, porque el carruaje de don Pedro vendrá á las siete de la mañana, aunque nosotras partiremos á la hora que mejor nos parezca.

—Madre mia, le doy á Dios gracias porque nos ha proporcionado lo que necesita usted para vivir dichosa.

Así pusieron fin á la conversacion.

Lo que Eloisa sufría no puede explicarse ni comprenderse.

Sabía ya con certeza lo que le esperaba, y que para ella no podía ser más espantoso.

Hacia por su madre el sacrificio inmenso de casarse con el señor de Morlan.

Esto era lo que la joven creía.

¿Qué hubiera sentido si remotamente siquiera sospechase la horrorosa verdad?

No, don Pedro no deseaba que Eloisa hiciese el sacrificio de su corazón, sino el de su pureza, el de su honra.

A las diez de la noche se acostó doña Juana.

La joven se encontraba en su gabinete, y sentada cerca de un velador donde había algunos libros y papeles.

Inmóvil permaneció la infeliz por espacio de una hora.

Mortal palidez cubría su rostro.

Tomó uno de los papeles que había en el velador.

Era la última carta de Alberto.

La leyó con atención profunda.

—No, no me engaño,—dijo Eloisa al acabar de leer;—pero debo olvidarlo y él hará lo posible para olvidarme... ¡Oh!... ¿Cuándo podré penetrar este misterio?

Quedó otra vez silenciosa, y después de algunos minutos, dijo:

—Ha concluido todo... Moriré, pero ni me quejaré, ni me faltará valor.

Luego la desdichada niña tomó la pluma y y escribió lo siguiente:

«Alberto, quiero creer que no has mentido, quiero creer que tu alma es la más noble, tu corazón el más grande; pero si me has engañado, te perdono.

»En estos momentos solemnes debo decir la verdad: no he podido olvidarte, te amo como siempre, más que nunca, y conmigo irá al sepulcro mi desdichado amor.

»Guardas para mí un secreto... Me resigno.

»Ya ves que la fé de mi amor no se ha entibiado.

»No sé si soy digna de compasion.

»No te escribo para hacerte sufrir, y he ahí porqué no quiero darte á conocer mi horrible situación.

»Circunstancias que ignoro y cuyo secreto guardas cuidadosamente, te han obligado á faltar á tus juramentos: tambien á mí me obligan las circunstancias á hacer el más horrendo de los sacrificios, y muy pronto creo que seré esposa de un hombre á quien no amo ni amaré jamás.

»¿Qué importa una herida más ó ménos en mi pobre corazón?

»Quiero cumplir mis deberes filiales, y los cumpliré.

»Desde hoy nuestro amor es un crimen, y como no he de olvidarte, viviré con un remordimiento que hará de mi existencia la más espantosa de las agonías.

»A mí también me sonríe la muerte.

»Olvidame, Alberto: mujeres hay dignas de ti.

»Si algún día sé que eres dichoso, experimentaré el único consuelo que es posible para mí.

»Únicamente Dios puede apreciar mi sufrimiento.

»Vacilo para dirigirte la última palabra.

»¡Qué triste es la despedida eterna!

»Un abismo se abre entre nuestros corazones, un abismo que no podemos salvar ni con el tiempo ni con todos los sacrificios imaginables.

»No puedo más...

»¡Adios, Alberto, adios para siempre! Olvida á la desdichada,

ELOISA.»

La pluma se escapó de entre los dedos de la joven.

Sentíase la infeliz devorada por la fiebre.

CAPITULO XVII

La muerte y la vida.

Antes de la siete de la mañana fué despertado Alberto.

Entregarónle una carta.

Era la que habia escrito Eloisa la noche anterior.

Leyó el jóven.

Dudó si aun dormia.

Volvió á leer.

Como nunca se entabló en su alma lucha tenaz.

Arrojóse del lecho y se vistió apresuradamente.

No articulaba una sílaba.

¿Qué efecto le habia producido la carta?

Es imposible adivinarlo.

Violentamente contraído estababa su rostro.

Cada momento era más sombría su mirada. Sus manos temblaban convulsivamente.

—¡No, no vacilaré, no me detendré!—exclamó al fin,—perderá Eloisa una madre; pero tendrá un hermano, y sobre todo, la amargura no envenenará su alma, no se creará víctima de un engaño criminal, no la trastornará el dolor, ni mucho ménos la desesperacion la impulsará á casarse con un hombre á quien no ama. Las circunstancias de qué habla, las comprendo bien; se vé amenazada por la miseria, y se sacrifica para proporcionar á su madre bienestar. Cuando sepa que soy su hermano, aceptará sin reserva mi proteccion y yo trabajaré para ella, para ella viviré.

Hasta entonces no habia discurrido el jóven con acierto.

Tal vez ya era tarde.

Volvió á leer la carta de Eloisa, la guardó en uno de sus bolsillos, tomó su sombrero y salió.

Eran las ocho en punto cuando llegó á la vivienda de las dos mujeres.

—¿A dónde va usted, caballero?—le preguntó la portera, que lo conocia.

—Al cuarto principal, ya debe usted suponerlo.

—No se tome usted el trabajo de subir.

—¿Y porqué? ¿Acaso han salido tan temprano las señoras?

—Sí, salieron á las siete para no volver.

—Es decir que han mudado de habitacion.

—No puedo decirle á usted nada con seguridad. Segun he sabido por la criada, emprendian un viaje, y se fueron en un coche de lujo, llevándose su equipaje, y entregando las llaves del cuarto á la persona que debe entenderse con el nuevo dueño de la casa. Me parece que la señorita no iba contenta: estaba muy pálida y muy ojerosa, y parecia haber llorado mucho; pero esto es una presuncion mia.

Alberto fijó una mirada de estupor en la portera, haciéndole muchas preguntas á las que no pudo contestar la buena mujer.

¿A dónde habia ido Eloisa?

¿Debia casarse inmediatamente?

Toda suposicion era aventurada.

Alberto salió de la casa.

Sus pasos eran inseguros.

Parecia que estaba ébrio.

Quiso reflexionar; pero todas sus ideas eran confusas.

Maquinalmente se dirigió en busca de las personas que más íntima amistad tenian con las dos mujeres; pero nadie pudo explicar la repentina determinacion de estas, sino que por el contra-

rio todos se sorprendian y á su vez dirigian preguntas á Alberto.

Este perdió la última esperanza á las dos de la tarde.

Volvió á su morada.

Sus fuerzas se habian agotado.

No quiso tomar ningun alimento.

Completamente aturdido y devorado por la fiebre pasó el resto de aquel día.

Llegó la noche.

¡Noche horrible!

Le fué imposible al desdichado jóven conciliar el sueño.

Su razon empezaba á extraviarse.

Muchas veces se preguntó qué debia esperar.

Sufrimientos cada vez mayores.

Tal vez Eloisa se habia casado ya.

Alberto sintió por primera vez el tórmento de los celos.

La desesperacion se apoderó de su alma.

Bien puede decirse que en aquellos momentos estaba loco.

Apenas amaneció, el infeliz abandonó el lecho.

Su rostro estaba desfigurado y lívido como el de un cadáver.

En sus ojos se revelaba el extravío de su razon.

Y con la debilidad del cuerpo y la agitacion borrascosa del espíritu, la fiebre acrecentaba y el trastorno era cada vez más profundo.

Se sentó junto á la mesa, tomó la pluma y escribió:

Los primeros rayos del sol iluminaban el papel donde Alberto declaraba que la vida le era odiosa.

Luego, con una calma horrible, abrió un cajon y sacó un reвольver, examinándole muy atentamente.

—Para ella la última palabra, el último suspiro de un amor criminal,—exclamó con voz sorda el desdichado.

Volvió á tomar la pluma y escribió lo siguiente:

«María ó más bien Eloisa, porque este es el nombre que siempre te he dado, soy tu hermano, así lo ha querido la fatalidad, y te amo todavía, te amo con frenesí.

»Mi amor es un crimen, y ya que mi voluntad no es bastante para extinguir el fuego que me devora, pongo fin á mi existencia.

»Al morir mi cuerpo, acabará mi pasion.

»Tal vez en estos instantes te encuentres en brazos de otro hombre...

»¡Oh!...

»Tengo celos, hermana mia, celos, que tambien son criminales!

»No me olvidarás; pero dejarás de amarme como me has amado, como todavía me amas, porque no hay pasión posible cuando entre dos corazones se coloca la fría losa de la sepultura.

»Corrí buscándote para revelarte este secreto; pero llegué tarde.

»Adios, hermana mía, adios, Eloisa. me atormentan los celos, me mata mi amor!

ALBERTO.»

Cerró la carta, escribió en el sobre y después añadió en el otro papel algunas líneas suplicando al juez que había de entender en la causa que hiciese llegar la carta á manos de la desgraciada joven.

Nada le quedaba que hacer al pobre huérfano.

Se pasó las manos por la frente.

Miró el reloj.

Eran las ocho y media.

¿Para qué había de esperar?

Prolongar su existencia era prolongar la agonía.

Nadie había de interrumpirlo, y por consiguiente, ninguna precaución tenía que adoptar.

Tomó el revólver.

Lo contempló y desplegó una sonrisa desgarradoramente amarga.

—¡Eloisa!—exclamó con tono que revelaba exaltación febril.

Levantó el brazo para colocar el cañón del arma en una de sus sienes.

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta y asomó la criada, diciendo:

—Este caballero quiere verlo á usted.

El revolver se escapó de la diestra de Alberto, que se puso en pié impulsado por una sacudida nerviosa, volviéndose y encontrándose frente á un hombre obeso, de escasa estatura y que sonreía dulcemente.

Era don Anacleto Ramirez.

No acertó Alberto á pronunciar una palabra.

Quedó inmóvil.

El señor Ramirez fijó la mirada en la mesa, vió las cartas y el revolver y exclamó:

—¡Bendito sea Dios que me permite evitar un crimen!

—Caballero,—balbuceó el jóven,—no tengo el honor...

—Procure usted tranquilizarse, que vengo á traerle la dicha. Todo lo comprendo, porque conozco la situación de usted. Lo ví á usted nacer y...

—¡Ah!...

—No necesito explicaciones, sino que por el contrario, yo vengo á darlas, esperando que us-

ted corresponderá al inmenso benencio que yo he de hacerle.

Alberto se dejó caer en la silla.

Estaba tan aturdido como antes.

¿Quién era aquel hombre y qué significaban sus palabras?

—Un esfuerzo más,—añadió don Anacleto,—domínese usted.

—No comprendo.

—Concrétese usted á escucharme y entre tanto se desaturdirá y así le será posible apreciar la situación.

—Escucharé.

Quedó Alberto inmóvil y con la mirada fija en el señor Ramirez.

Este, con su inalterable calma, empezó á referir detalladamente la tristísima historia de Gabriela, y por consiguiente, cuanto al nacimiento de Alberto se referia, concluyendo por hablar de don Fernando y de la herencia, y diciendo con un cinismo horrible que presentaria las pruebas de todo si el jóven se comprometia á recompensarlo con la mitad de los bienes que le pertenecian.

La escena que entonces tuvo lugar no puede describirse.

Poco á poco fué recobrando Alberto la calma ó más bien desaturdiéndose y comprendiendo al fin su situación.

El llanto se escapó de sus ojos al hablar de su pobre madre.

Hizo á don Anacleto muchas preguntas, y luego se ocupó de doña Juana.

El avaro desplegó una sonrisa maliciosa y dijo entonces:

—Esa mujer es capaz de todo, y creo que efectivamente sustituyó una niña por otra, aprovechando ahora esa circunstancia para hacerle á usted creer que es hermano de la llamada Eloisa; pero ¿con qué fin ha combinado esta nueva intriga? Lo sospecho, aunque nada sé con seguridad.

—No,—replicó Alberto,—esa mujer no puede ser madre de la que yo adoro.

—Todo lo pondremos en claro.

—Pero como han desaparecido...

—Yo averiguaré muy pronto donde se encuentran.

—Y no con la mitad de mi fortuna, sino con mi vida le pagaré á usted.

Muy poco más hablaron,

Don Anacleto se despidió, prometiendo volver aquel mismo día.

Dos motivos habia tenido el señor de Ramirez para revelar el secreto al jóven: el primero habia sido la negativa de don Fernando, que no queria dar más de los quince mil duros, y el segundo el haber sabido que acababa de llegar á

Madrid el padre de Alberto y que se ocupaba de adquirir noticias de Gabriela y en averiguar si vivía su hijo, de cuyo nacimiento y existencia no pudo nunca tener noticia alguna.

Don Anacleto comprendió que se arriesgaba menos y ganaría más favoreciendo la justicia.

Asegurado ya el negocio con el joven, fué el avaro en busca del señor de Morlan, encontrándolo cuando se disponía á salir para ir á la quinta á visitar á las dos mujeres.

Lo que don Pedro se proponía, lo habia ya adivinado el señor de Ramirez, pero finjió que nada sospechaba y le habló de la intriga de la sustitucion de una niña por otra.

No pudo el señor de Morlan dominarse.

Padileció y se desfiguró su rostro.

—¡Es mi hija!—exclamó, no con el acento de la ternura paternal, sino horrorizado á la sola idea de que habia podido ser el amante de su hija.

—Sí su hija de usted.

Borrasca espantosa agitó el espíritu del anciano.

~~Necesitaba~~ poner en claro inmediatamente la verdad.

En compañía del señor Ramirez entró en el carruaje que lo esperaba, dirigiéndose á la vivienda de don Angel.

Despedíase este de su esposa para ir á su oficina cuando se presentaron los otros.

Don Pedro, dejándose arrebatado por la ira, asió por el cuello al señor Manso, lo sacudió rudamente y grito:

—¿Qué has hecho, miserable, traidor, que has hecho?

No pudo responder don Angel.

—¡Dios mio!—exclamó Luisa.—¿Qué significa esto?

—¡Mi hija!—gritaba don Pedro una y otra vez.—¡Mi hija!

Y añadió, dirigiéndose á Luisa:

—¡Nuestra hija, el fruto de nuestras antiguas debilidades!...

—¡Ah!...

—Yo confesaré la verdad... La niña vive, es la que todos creen hija de doña Juana...

—¡Traidor, miserable, todo me parecerá poco para satisfacer mi deseo de venganza!

El señor Manso se dejó caer de rodillas.

—¡Perdonadme!—exclamó.

El señor de Morlan se dirigió á la puerta.

Luisa quiso detenerlo.

—Déjame, voy por nuestra hija,—replicó don Pedro.

—Y yo también... ¡Hija de mi alma!

Y sin detenerse ni aún para cubrir su cabeza con un manto, ni tomar un abrigo, corrió

ras don Pedro y con este entró en el carruaje.

—¡A la quinta de Hortaleza!—gritó el señor de Morlan.—Corred, corred.

Crugió el látigo.

Los caballos partieron á galope.

Don Anacleto quedó con don Angel para pedirle más explicaciones y averiguar así cuanto le convenia.

No podia el señor Manso dar explicaciones de ninguna clase, porque estaba aturdido y poseido de terror desde que don Pedro le habia amenazado con la más terrible veeganza.

Lo que debia suceder no es menester que lo digamos, puesto que ya no era posible que doña Juana ocultase la verdad.

EPILOGO.

Con brevedad diremos cómo habia quedado la situacion para los unos y para los otros.

Alberto tuvo la dicha de abrazar á su padre, y antes de que trascurriese un mes se habia casado con Eloisa, ó más bien María, puesto que este era su verdadero nombre.

El testamento de Gabriela se habia encontrado; pero cuando las autoridades quisieron proceder contra don Fernando, dijo este:

—Ya nada tengo que hacer en el mundo.

Y con un pistoletazo puso fin á su existencia.

Tal fué el trastorno producido por el pavor en don Angel Manso, que murió á los tres dias de la última escena que hemos referido.

Don Pedro de Morlan, pensando entonces que ya no habia de vivir muchos años, quiso hacer algo bueno y se casó con Luisa, reconociendo á su hija.

Doña Juana, lo mismo que don Angel, no pudo soportar el terrible golpe, enfermó gravemente y murió pocos dias despues de haberse casado su noble víctima.

Fiel cumplidor de sus promesas, Alberto entregó la mitad de su herencia al señor Ramirez y al verse este dueño de tres millones, experimentó tal alegría que la conmocion le produjo un ataque cerebral, perdiendo la vida en pocas horas.

Así concluyó aquella intriga y aquellos miserables que aparecian tan honrados á los ojos del mundo.

FIN.

INDICE

	Págs.
CAP. I..... Un modelo de madres.....	5
— II..... Un trabajo de zapa.....	25
— III.... Cómo aquella honradísima madre dió principio á su obra de infamia.	57
— IV.... Quién era el hombre á quien ama- ba Eloisa.....	70
— V..... El acreedor.....	76
— VI.... Los dos amantes.....	89
— VII... Un secreto horrible.	97
— VIII.. Doña Juana prepara el animo de su hija.....	115
— IX.... El desengaño.....	129
— X.... Un esposo modelo.....	147
— XI.... Empieza á turbarse la felicidad de don Angel.....	159
— XII... Crecen los apuros del señor Manso..	172
— XIII.. Donde daremos noticias de los pa- dres de Alberto.....	191

	Págs.
CAP. XIV.. De cómo amenazó un nuevo peligro al infeliz Alberto.....	203
— XV... Don Angel huye de un peligro y cae en otro.....	215
— XVI.. Eloisa se acerca á su perdicion...	229
— XVII. La muerte y la vida.....	242
EPILOGO.....	255